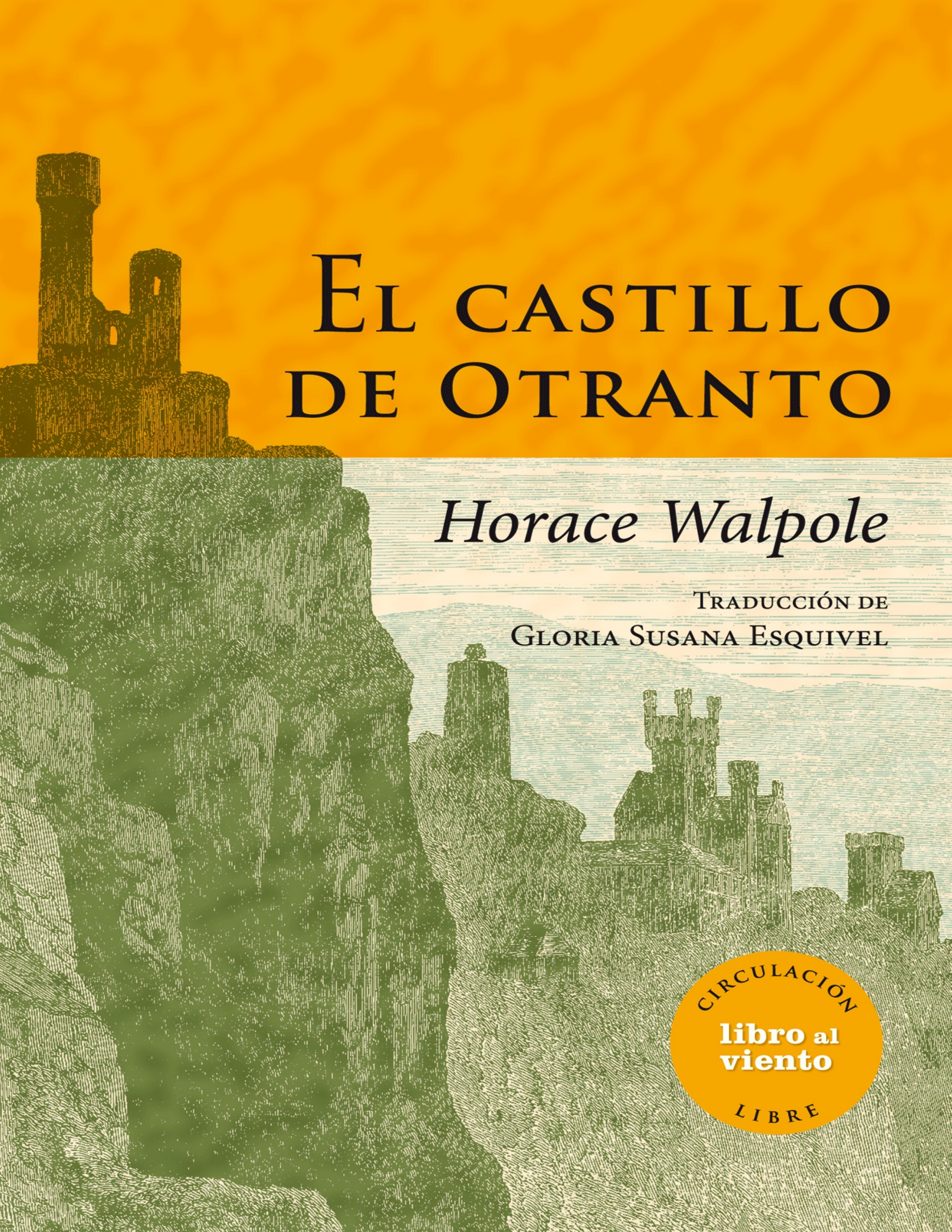

El castillo de Otranto
Horace Walpole
Traducción de
Gloria Susana Esquivel
Circulación
libro al viento
Libre



Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura, recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes



El castillo de Otranto

Horace Walpole

Traducción de
Gloria Susana Esquivel

Primera edición: Bogotá, noviembre de 2015

Imágenes: carátula: tomadas de http://etc.usf.edu; páginas 32-33: grabado del castillo real en Otranto, tomado de Las obras de Horacio Walpole, conde de Orford, en cinco volúmenes, Londres, GGand J. Robinson y J. Edwards, 1798.

www.idartes.gov.co

ISBN 978-958-8898-39-1 (impreso)
ISBN 978-958-8898-40-7 (epub)

Edición: Antonio García Ángel
Diseño + diagramación: Óscar Pinto Siabatto
Producción eBook: eLibros Editorial

Contenido



Horace Walpole por Sir Thomas Lawrence, *circa* 1795.

El comienzo de un género

En la literatura el horror ha existido desde que el hombre tuvo miedo y capacidad de expresarlo por escrito. *La Odisea* de Homero registra la confrontación de Odiseo con algunas hechiceras, incluida Circe. Además de todo el repertorio monstruoso de cíclopes, sirenas, Escila, Caribdis, los mitos griegos están plagados de monstruos como Kraken, Cerbero, Gorgona y las Amazonas, amén de personajes sombríos y taciturnos como Caronte y las Parcas. En la *Eneida* aparecen las Harpías, que son pájaros con cara de virgen, que tienen garras y mucha hambre. Herodoto en sus escritos nos presenta a una tribu de hombres-lobo y el capítulo XLII del *Satiricón*, de Petronio, cuenta la transformación de uno de ellos. No olvidemos el Catoblepas, que Plinio sitúa en Etiopía, y que por fortuna tiene la cabeza demasiado pesada para levantarla a menudo y petrificar a los humanos. También el Gorgo, animal libio cuya mirada mortal aniquiló a los soldados de Mario. Sumemos el Basilisco, que muere, al igual que la Gorgona, por ver su propio reflejo. Los escritos de los griegos contienen algunos recuentos de vampiros antiguos, llamados lamias o empusas. Flegón de Trales, quien escribió en el siglo II, recaba una historia acerca de Filinnion, una mujer que regresa de la tumba para dormir con un joven, Machates. La empusa también aparece en *Las ranas*, de Aristófanes (circa 450 a. C). En la *Vida de Apolonio de Tiana* (circa 200), de Flavio Filóstrato, se habla de la cuasi fatal relación entre Menipo y una «mujer fenicia» que confiesa ser una vampira. El narrador romano Lucio Apuleyo, en *El asno de oro*, reporta numerosos encuentros con brujas y hechiceras, así como una criatura vampírica. En la novena tablilla del *Poema de Gilgamesh*, su personaje epónimo se enfrenta a los hórridos hombres-escorpión. En *Les Religions de Babylonie et d'Assyrie* conocemos al Alu, «personaje informe, sin boca, sin labios, sin orejas, que vaga en la noche», y Lamashtu, «vampiro insaciable de carne humana, elige por víctimas a la parturienta y al niño que nace». La

Biblia (Samuel 28, 3-25) reporta la consulta que Saúl hace a la Bruja de Endor, una médium que llama a un espíritu que Saúl identifica como el profeta Samuel. El folclor marroquí teme a Aisha Kandisha, un demonio femenino que aparece en las noches y seduce a los hombres hasta volverlos locos. Así mismo, las sagas nórdicas y el *Beowulf* están llenos de criaturas monstruosas. Las imágenes del infierno en Dante y Milton, los espectros en *Hamlet*, las brujas en *Macbeth*…

Pero el terror contemporáneo comienza, se funda, con la publicación, en 1764, de *El castillo de Otranto*. El título completo de la primera edición es *The Castle of Otranto, A Story. Translated by William Marshal, Gent. From the Original Italian of Onuphrio Muralto, Canon of the Church of St. Nicholas at Otranto*. En el prefacio, la novela se presentaba como una traducción de Willliam Marshal –pseudónimo de Horace Walpole, su verdadero autor–, de un texto impreso en Nápoles en 1529 y recientemente redescubierto en la biblioteca de una antigua familia inglesa, el cual derivaba de una historia aún más antigua, supuestamente escrita en Italia entre los años 1095 y 1243, época de las cruzadas.

Esta primera edición tuvo éxito comercial y fue bien recibida por algunos reseñistas que creyeron en el artificio y alabaron al «ingenioso traductor». La segunda edición del libro traía tres cambios fundamentales: su subtítulo ya no era «*a story*» sino «*a gothic story*», aparecía firmado por Walpole y tenía un segundo prólogo en el que pedía excusas y además explicaba su intención al hacer esta «novela gótica»:

> Fue un intento por mezclar los dos tipos de relato, el antiguo y el moderno. En el primero, todo era imaginación e inverosimilitud; en el segundo, se ha pretendido siempre, y a veces se ha logrado con éxito, copiar a la naturaleza. […] El autor de estas páginas pensó que era posible reconciliar ambos estilos. Deseoso de dejar que los poderes de la fantasía se movieran libres a través del reino sin límites de la invención, y desde ahí crear situaciones más interesantes, quiso conducir los agentes mortales de su narración de acuerdo con las reglas de la verosimilitud. En pocas palabras, hacerlos pensar, hablar y actuar como lo harían simples hombres y mujeres puestos en situaciones extraordinarias.

Las intenciones de Walpole contradecían el espíritu del iluminismo que regía la vida intelectual y artística del momento, para el cual era inaceptable una novela que utilizara «documentación falsa» y en la cual estuviera ausente cualquier intención didáctica, y en eso Walpole se salió con la suya si juzgamos por el éxito de la propia novela y la larga estela de ficción ocurrida en castillos lejanos llenos de pasadizos secretos, con personajes asolados por misterios sobrenaturales y maldiciones ancestrales, caballeros

valientes, bellas y nobles heroínas a punto de desmayarse, y que tuvieron continuidad en un puñado de autores y obras, entre los que destacan Mary Shelley con *Frankenstein* (1818) y toda la estirpe de vampiros que vinieron de la mano de Le Fanu, Polidori y Stoker, quien llevaría estos elementos a cotas mucho más altas. *El castillo de Otranto* da las pautas para la existencia de otros castillos como el de Transilvania, donde vive el conde Drácula, y el de Estiria, adonde llega el carruaje desbocado de *Carmilla*; pero el texto de Walpole también marca las características de casa Usher, la vetusta mansión victoriana de *Una vuelta de tuerca*, las casas de campo en que mueren adolescentes del cine clase B, el lejano faro de *Vértigo*, la penumbrosa nave de *Alien, el octavo pasajero*, la Ciudad Gótica de Batman y los recovecos de Hogwarts. En nuestras letras, sin el *Castillo de Otranto* no existirían la Mansión de Araucaíma, donde ocurre el «relato gótico de tierra caliente» de Mutis, ni la casona de Donceles 815, donde viven Aura y la viuda de Montejo, en el relato de Carlos Fuentes, ni la casa tomada por gentes extrañas, fantasmales, de Cortázar, ni la Quinta de Triste Le Roy donde muere Lönnrot «entre el interminable olor de los eucaliptos». Todos son deudores de Horace Walpole, un anticuario, intelectual y político inglés que, además de su aporte literario, también inició una tendencia arquitectónica, pues en colaboración con un grupo de amigos aficionados estudió ejemplos de las grandes abadías y catedrales góticas en Inglaterra y otros países, y así se dedicó a modificar su casa de Strawberry Hills durante un lapso de treinta años, añadiendo caprichosamente elementos medievales a una edificación que no los tenía y convirtiéndose en el instaurador del llamado estilo neogótico, el cual sería ampliamente cultivado décadas después por sus sucesores victorianos.

Pero Walpole fue tan atinado respecto a las posibilidades de la novela gótica como ingenuo frente a su propia obra. Nada menos logrado que su intención de «conducir los agentes mortales de su narración de acuerdo con las reglas de la verosimilitud. En pocas palabras, hacerlos pensar, hablar y actuar como lo harían simples hombres y mujeres puestos en situaciones extraordinarias». Manfred se conmueve para al segundo desplegar toda su maldad, se avergüenza pero inmediatamente hace gala de todo el cinismo, y ante situaciones extraordinarias como el espectro que se sale de un cuadro actúa de lo más normal; las princesas caen rendidas a la primera vista del joven campesino Theodore; Frederic viene con un ejército a liberar a

Isabella, su hija cautiva, y termina aceptando entregársela como esposa a Manfred a cambio de él casarse con Matilda, la hija de Manfred, y así…

Mario Praz, en el prólogo para un volumen titulado *Three Gothic Novels*, que consta de *El castillo de Otranto*; *Vathek*, de William Beckford, y *Frankenstein*, de Mary Shelley, dice que de los tres, el primero es, sin duda, «el más flojo de todos». El maestro del horror H.P. Lovecraft, en su famoso ensayo sobre el género, dice que la historia es «tediosa, artificial, melodramática, acartonada», y que fuese «acogida con toda seriedad por los lectores más sesudos y puesta –pese a su intrínseca ineptitud– en un encumbrado pedestal dentro de la historia literaria» sólo es explicable por la «gran apetencia que en la época se sentía por estas pinceladas de extrañeza», y remata:

> lo que hizo por encima de todo lo demás fue crear un tipo de escenario, de personajes-marioneta y de incidentes enteramente nuevos, los cuales, manejados con habilidad por escritores más capacitados para la creación preternatural, estimularon una escuela imitadora de lo gótico que inspiró a su vez a los auténticos maestros del terror cósmico, como Poe.

Walpole hace más que eso: su obra produjo al lector ideal de la novela de terror. Al final, sin quererlo, Lovecraft se lo reconoce cuando afirma que, en general, «el atractivo de lo espectralmente macabro exige del lector cierto grado de imaginación, y capacidad para desasirse de la vida cotidiana». Los lectores de la primera edición, que no habían descubierto el artificio, recibieron a *El castillo de Otranto* con la indulgencia, la superioridad que se tiene frente a los antepasados, menos diestros en las artes y el pensamiento, o quizá con el aura de respeto que inspira lo antiguo. El hecho de que se presentara como un texto que a la sazón tenía cuatrocientos o seiscientos años de antigüedad hizo que todas las torpezas narrativas, las ingenuidades y absurdos fueran leídos con cierta condescendencia, sin un rigor que quizá habrían aplicado descarnadamente a su autor si hubieran sabido que era un contemporáneo. Y es que, como afirma Robert Donald Spector en su prólogo a *Seven Masterpieces of Gothic Horror*,

> más que otro género literario, la novela gótica depende para su éxito de lo que Coleridge llamó la «suspensión voluntaria de la incredulidad». Para ir seguros, sus autores –como todos los escritores de *fantasy*– no se recuestan tranquilamente en esa generosa aquiescencia. Ellos buscan hacer más fácil la credibilidad detallando el escenario, apelando a maneras y formas estéticas contemporáneas, o encontrando una explicación para esos acontecimientos sobrenaturales. Pero, al final, el mundo gótico de misteriosos castillos medievales –en cuyos subterráneos pasajes secretos doncellas son perseguidas por villanos inescrupulosos y salvadas por nobles héroes vengadores– necesita lectores que puedan ser

> indiferentes a sus absurdos superficiales y participar en un proceso de «co-creación», relacionando la ficción con sus propias «vidas imaginativas, emocionales y subconscientes».

Cuando Walpole reveló la autoría del manuscrito, la actitud de los críticos cambió y fueron reticentes a elogiar la obra, desdeñándola como ficción romántica, absurda y blanda; con un contemporáneo ya no se prodigaba la misma «suspensión de la incredulidad», la misma condescendencia, pero la actitud frente a la ficción gótica había quedado fijada, y desde entonces, gracias a las grandes dosis de indulgencia que se granjeó en su momento *El castillo de Otranto*, los lectores del género debieron hacer la vista gorda con sus sucesores. Por ejemplo, pese a las más patentes evidencias, entre ellas sus colmillos afilados, a nadie en *Carmilla* se le ocurre que la susodicha sea una vampira; o todos aceptamos que Mina Harker, en *Drácula*, siga a su prima Lucy Westenra en su caminata sonámbula, la vea en los brazos de alguien que no sabe «si es un hombre o una bestia», se acerque y la encuentre sola, la lleve de regreso a casa y se olvide de mencionarle la bestia a su prima, como si fuera un detalle insignificante… Todas las veces que no hemos abandonado el cine ni cambiado el canal ante la víctima que, pese a todos los malos indicios, baja a inspeccionar unos extraños ruidos en el sótano, estamos siguiendo esa tradición que instauró Walpole y que aún seguimos en mayor o menor medida frente a cada texto, cada película, cada historia de miedo que alguien cuenta para amenizar la oscuridad. No es un mal negocio cambiar credulidad por diversión y es lo que invitamos a hacer a nuestros lectores en este, nuestro Libro al Viento 113.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL

BIBLIOGRAFÍA

DONALD SPECTOR, Donald (ed.), *Seven Gothic Masterpieces*, Bantam Books, Nueva York, 1971.

DUVIGNAUD, Francoise, *El cuerpo del horror*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

KLINGER, Leslie S. *In The Shadow of Edgar Allan Poe: Classic Tales of Horror, 1816-1914*, en http://flavorwire.com/542150/the-horror-genre-is-older-than-you-think-a-new-history-from-homer-to-lovecraft

LOVECRAFT, H. P. *El horror en la literatura*, Alianza Editorial, Madrid, 2002.

MARTÍNEZ DE MINGO, Luis, *Miedo y literatura*, Edaf, Madrid, 2004.

PRAZ, Mario, prólogo a *Three Gothic Novels*, Suffolk, 1968.

WALPOLE, Horace, *El Castillo de Otranto*, Bruguera, Barcelona, 1982.

El castillo de Otranto: una historia gótica

Prefacio a la primera edición

La presente obra fue encontrada en la biblioteca de una antigua familia católica al norte de Inglaterra. Fue impresa en Nápoles, en caracteres góticos, en el año 1529. No hay mención alguna sobre cuándo fue escrita. Sus principales acontecimientos narran lo que se creía en la edad más oscura del cristianismo, pero el lenguaje y la conducta de los personajes no tienen nada que resuene con la barbarie. Su estilo es el italiano más puro. Si fue escrita cerca de la fecha en la que se supone suceden los hechos, pudo haber sido entre 1095, en tiempos de la primera Cruzada, y 1243, fecha de la última, o poco después. Ninguna otra circunstancia en la obra nos permite descubrir el periodo en el que se escribió: los nombres de los personajes son evidentemente ficticios y probablemente fueron disfrazados a propósito; aún así, los nombres españoles de los criados parecen indicar que fue escrita cuando los reyes aragoneses estaban establecidos en Nápoles, pues los apelativos españoles ya eran familiares en ese territorio. La belleza de la dicción y el fervor del autor (moderado, sin embargo, por un singular buen juicio) me llevan a pensar que la fecha de la composición es apenas poco antes de su publicación. En Italia, las letras estaban en su estado más próspero y contribuían a disipar el imperio de la superstición, atacado con fuerza por los reformadores. No es improbable que un astuto sacerdote se hubiera esforzado en volcar esas mismas armas contra los innovadores, y se hubiera valido de sus habilidades como escritor para confirmarle al vulgo sus antiguos errores y supersticiones. Si esta era su intención, ciertamente actuó con singular acierto. Un trabajo así podría esclavizar cientos de mentes vulgares con más vigor de lo que lo harían los libros controversiales escritos desde los días de Lutero hasta este momento.

Sin embargo, estos motivos del autor son ofrecidos como una mera conjetura. Cualquiera que hayan sido sus intenciones y los efectos de su

ejecución, la obra solo puede ser presentada ante el público como un divertimento. Aún así, son necesarias algunas apologías. Milagros, visiones, nigromancia, sueños y otros sucesos sobrenaturales, han sido desterrados hoy de los relatos y de los romances. Ese no es el caso de la época en la que nuestro autor lo escribió, mucho menos de la que, se supone, sucedió la historia. Las creencias en todo tipo de monstruos estaban tan arraigadas en esos tiempos oscuros, que si el autor omitiera toda mención de ellas no sería fiel a las costumbres de su época. Aunque él mismo no las creyera, era su deber representar a sus personajes como si lo hicieran.

Si esta atmósfera milagrosa puede excusarse, el lector no encontrará nada menos valioso de su atención. Permitamos la verosimilitud de los hechos y que los personajes se comporten como lo haría cualquier persona en su situación. No hay grandilocuencia, símiles, florituras, digresiones o descripciones innecesarias. Cada elemento tiende directamente a la catástrofe. La atención del lector no descansa. Las reglas del drama son observadas a lo largo de casi toda la obra. Los personajes están bien dibujados y mejor sostenidos. El terror, motor principal del autor, evita que la trama languidezca y es contrastado con bastante frecuencia con la piedad, así la mente queda presa de una constante vicisitud entre las pasiones.

Algunos podrían pensar que los personajes de los sirvientes son poco serios en relación con el reparto general de la historia, pero, además de su antagonismo con los personajes principales, es en el trato que el autor le da a los subalternos donde se hace visible su destreza. Son ellos quienes descubren muchos de los pasajes que son esenciales para el relato y que no podrían haber sido traídos a la luz de no ser por su ingenuidad y simpleza. En particular, el terror mujeril y los puntos débiles de Bianca, que en el último capítulo son esenciales para conducir el avance hacia la catástrofe.

Es natural que un traductor tenga simpatías frente a la obra que adopta. Los lectores más imparciales puede que no queden tan impresionados como yo con la belleza de esta pieza. Sin embargo, no estoy ciego a los defectos de mi autor. Habría preferido que hubiera centrado su plan en una moraleja más útil que: «los pecados de los padres caen sobre sus hijos hasta la tercera y cuarta generación». Dudo que en esa época, más que en el presente, el miedo a un castigo tan remoto pudiera contener la ambición y el apetito por la dominación. Esta moraleja, además, es debilitada por la insinuación menos que directa de que una maldición puede ser evitada gracias a la devoción a san Nicolás. Es ahí donde los intereses del monje le ganan a los

del autor. Sin embargo, con todas sus fallas, no tengo dudas de que el lector estará complacido con la visión de ese milagro. La piedad que reina a lo largo de la obra, las lecciones de virtud que inculca y la rígida pureza de sus sentimientos la eximen de la censura a la que los relatos y los romances son expuestos. Si logra el éxito que espero, estaría alentado a reimprimir el original en italiano, aunque eso iría en detrimento de mi propio trabajo. Nuestro idioma carece de los encantos del italiano, tanto en variedad como en armonía. Esto último es peculiarmente apropiado para la narrativa. En inglés es difícil relatar sin caer muy bajo o elevarse demasiado, una falla ocasionada por el poco cuidado que se tiene para hablar con una lengua pura en conversaciones corrientes. Italianos o franceses de cualquier rango se precian a sí mismos de hablar su propio idioma de manera correcta y con distinción. No puedo jactarme diciendo que le hice justicia al autor en este aspecto: su estilo es tan elegante como magistral a la hora de conducir las pasiones. Es una pena que no hubiera aplicado sus talentos a lo que evidentemente le venía mejor: el teatro.

No detendré más al lector, pero antes haré un comentario corto. A pesar de que la trama es un invento y que los nombres de los personajes son imaginarios, no me cabe duda de que esta historia se basa en la realidad. La acción es indisputablemente puesta en escena en un castillo auténtico. A menudo el autor parece describir, sin proponérselo, lugares en particular. «La cámara» dice «a la derecha»; «la puerta a la izquierda»; «la distancia entre la capilla y el aposento de Conrad»: estos y otros pasajes permiten suponer que el autor tenía cierta edificación en mente. Las personas curiosas, que pueden emplear su tiempo libre a esas investigaciones, podrían descubrir en autores italianos las bases sobre las cuales construyó nuestro autor. Si se cree que una catástrofe parecida a lo que describe pudo haber dado a luz este trabajo, contribuirá al interés del lector y eso hará del *Castillo de Otranto* una historia mucho más conmovedora.

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

El modo favorable con el que el público ha recibido esta pequeña pieza exige que el autor explique las bases sobre las cuales la compuso. Pero antes de que las revele, es justo que pida perdón a los lectores por haberles ofrecido su obra bajo el nombre prestado de un traductor. Como fue la timidez de sus propias habilidades y la novedad de este intento lo que lo

llevaron a asumir ese disfraz, presume que será perdonado. Ha sometido su desempeño al juicio imparcial del público, determinado a dejar que perezca en la oscuridad si lo desaprueban, y sin intención de admitir la creación de tal insignificancia, a menos que mejores jueces se pronuncien para que lo haga sin sonrojarse.

Fue un intento por mezclar los dos tipos de relato, el antiguo y el moderno. En el primero, todo era imaginación e inverosimilitud; en el segundo, se ha pretendido siempre, y a veces se ha logrado con éxito, copiar a la naturaleza. La invención no ha faltado; pero se ha maldecido el recurso de la fantasía debido a una adherencia estricta a la vida corriente. Pero si, en este último caso, la naturaleza no le ha dado espacio a la imaginación, ésta ha tomado venganza al haber sido excluida totalmente de los textos antiguos. Las acciones, sentimientos y conversaciones de los héroes y heroínas de los tiempos antiguos eran tan antinaturales como los mecanismos empleados para ponerlos en movimiento.

El autor de estas páginas pensó que era posible reconciliar ambos estilos. Deseoso de dejar que los poderes de la fantasía se movieran libres a través del reino sin límites de la invención, y desde ahí crear situaciones más interesantes, quiso conducir los agentes mortales de su narración de acuerdo con las reglas de la verosimilitud. En pocas palabras, hacerlos pensar, hablar y actuar como lo harían simples hombres y mujeres puestos en situaciones extraordinarias. Había observado que, en todas las escrituras inspiradas, los personajes que se encuentran bajo la exoneración de los milagros o que son testigos de los fenómenos más estupendos nunca pierden de vista su condición humana, mientras que en la producción de relatos y romances un evento inverosímil siempre es acompañado con un diálogo absurdo. Los personajes parecen perder el juicio en el momento en el que las leyes de la naturaleza pierden su tono. Puesto que el público aplaude este intento, el autor no puede decir que es completamente incapaz en la tarea que ha emprendido y si la nueva ruta que ha tomado puede entramar un camino para hombres con mayor talento, reconocerá con placer y modestia que la obra merecía adornos más grandiosos que los que su propia imaginación o el conocimiento de las pasiones podrían darle.

En consideración al comportamiento de los criados, a lo cual ya me he referido en el prefacio anterior, ruego que me dejen añadir unas pocas palabras. La simpleza de su comportamiento, que casi tiende a sacar sonrisas, al principio no parece consonante con el tono serio de la obra. Esto

no solo me parece impropio, sino que fue expresamente pensado de esa manera. Mi modelo fue la naturaleza. Por serios, importantes o melancólicos que sean los sentimientos de los príncipes y los héroes, no tienen por qué imponerlos a sus sirvientes pues estos no expresan ni deberían expresar sus pasiones con el mismo tono digno. En mi humilde opinión, el contraste entre lo sublime de unos y la ingenuidad de los otros realza el patetismo de los primeros con una luz más fuerte. La sola impaciencia que siente el lector por llegar a saber cuál es la catástrofe importante que aguarda, mientras es retrasado por las toscas bromas de los personajes vulgares, tal vez enaltezca y, sin duda, pruebe de manera astuta que ha estado interesado en el suceso. Sin embargo, he tenido en cuenta a una autoridad mayor que mi propia opinión para justificar este asunto.

Mi modelo fue Shakespeare, el gran maestro de la naturaleza. Déjenme preguntar si sus tragedias *Hamlet* y *Julio César* no perderían una parte considerable de su espíritu y de su belleza maravillosa si omitiéramos el humor de los sepultureros, las tonterías de Polonio y las bromas torpes de los ciudadanos romanos, o si los hiciéramos hablar como héroes. La elocuencia de Antonio, la noble oración sobresaltada y sencilla de Brutus, ¿no son destacadas gracias a las apariciones groseras y naturales que salen de las bocas de su auditorio? Estos detalles me recuerdan al escultor griego que, para mostrar la idea de un coloso en las reducidas dimensiones de un medallón, insertó a un pequeño niño del tamaño de su pulgar.

No, dice Voltaire en su edición de Corneille, esta mezcla de bufonería y solemnidad es intolerable. Voltaire es un genio[1] pero no de la magnitud de Shakespeare.

Sin disputar su autoridad, disiento de Voltaire apelando a él mismo. No haré uso de antiguos encomios hacia nuestro gran poeta, pues el crítico francés ha traducido dos veces el mismo discurso de Hamlet, algunos años atrás con admiración y luego con burla. Lamento encontrar que su juicio que se hace cada vez más débil, en lugar de madurar. Pero debo hacer uso de sus propias palabras sobre el teatro en general, cuando no pensaba ni ensalzar ni denigrar a Shakespeare, y que, en consecuencia, fueron pronunciadas en un momento en el que se manifiesta imparcial. En el prefacio a su *Hijo pródigo*, pieza exquisita por la que declaro toda mi admiración, confiando no intentar ridiculizarla mientras viva, Voltaire dice estas palabras, hablando de la comedia (pero igualmente aplicables a la tragedia si la tragedia es, como debe serlo sin duda, un retrato de la vida

humana, pues no puedo concebir por qué habría de desterrarse el chiste ocasional de las escenas trágicas y a la seriedad patética de la comedia):

> On y voit un mélange de sérieux et de plaisanterie, de comique et de touchant; souvent même une seule aventure produit tous ces contrastes. Rien n'est si commun qu'une maison dans laquelle un père gronde, une fille occupée de sa passion pleure; le fils se moque des deux, et quelques parents prennent différemment part à la scène etc. Nous n'inférons pas de là que toute comédie doive avoir des scènes de bouffonnerie et des scènes attendrissantes: il y *a beaucoup de très bonnes pièces où il ne règne que de* la gaieté; d'autres toutes sérieuses; d'autres mélangèes: d'autres où l'attendrissement va jusques aux larmes: *il ne faut donner l'exclusion à aucun genre; et si on me demandoit, quel genre est le meilleur, je répondrois, celui qui est le mieux traité*.[2]

De manera que si la comedia puede ser *toute sérieuse*, ¿no puede la tragedia permitirse, de vez en cuando y sobriamente, sacar algunas sonrisas? ¿Quién lo prohibe? ¿Puede el crítico que dice, en defensa propia, que ningún género debe excluirse de la comedia, dictarle leyes a Shakespeare?

Soy conciente de que el prefacio de donde he citado estos pasajes no lleva la firma de Monsieur de Voltaire, sino la de su editor, pero ¿quién duda que editor y autor no fueran la misma persona? ¿Dónde está el editor que felizmente fue poseído por el estilo del autor y por un sentido brillante de argumentación? Estos pasajes fueron, indudablemente, sentimientos genuinos de ese gran escritor. En la epístola publicada como prefacio al *Mérope* de Maffei, expresa casi la misma opinón, si bien con algo de ironía. Repetiré sus palabras y luego daré mis motivos para citarlas. Después de traducir un pasaje del *Mérope*, Monsieur de Voltaire añade:

> Tous ces traits sont naïfs; tout y est convenable à ceux que vous introduisez sur la scène, et aux moeurs que vous leur donnez. Ces familiarités naturelles eussent été, à ce que je crois, bien reçues dans Athènes; mais Paris et notre parterre veulent une autre espèce de simplicité.[3]

Dudo que no haya una pizca de burla en este y en otros pasajes de esa epístola, pero la fuerza de la verdad no se debilita al ser teñida con ironía. Maffei quería representar una historia griega y, por supuesto, los atenienses eran jueces tan competentes de sus costumbres como la platea de París. Al contrario, dice Voltaire (y no puedo sino admirar su razonamiento), no había sino diez mil ciudadanos en Atenas, mientras que París tenía casi ochocientos mil, entre los cuales podrían encontrarse treinta mil jueces de obras dramáticas. ¡Ciertamente! Pero permitir un tribunal tan numeroso

sería la única instancia en donde se pretende que treinta mil personas a dos mil años de distancia sean declarados, por simple estadística, mejores jueces que los mismos griegos de las costumbres griegas que se muestran en una tragedia escrita sobre un tema griego.

No entraré en una discusión sobre la *espèce de simplicité* que exige la platea de París ni sobre los grilletes que treinta mil jueces le han puesto a la poesía cuyo principal mérito, como deduzco de varios pasajes del Nuevo Comentario a Corneille, consiste en saltar por encima de esas cadenas. Mérito que, de ser cierto, reduciría a la poesía, de elevado esfuerzo de la imaginación, a una labor pueril y despreciable ¡Tonterías difíciles ante el público! Sin embargo, no puedo dejar de mencionar un par de versos que en mis oídos ingleses siempre han sonado como los más chatos y el ejemplo más ramplón de corrección circunstancial pero que Voltaire, que ha estudiado extensivamente nueve de las diez partes de la obra de Corneille, trae a colación para defender a Racine:

De son appartement cette porte est prochaine
Et cette autre conduit dans celui de la Reine.

¡Infeliz Shakespeare! Si hubieras hecho que Rosencrantz informara a su compadre Guilderstern sobre la topografía del palacio de Copenhague, en lugar de regalarnos un diálogo moral entre el príncipe de Dinamarca y el sepulturero, el iluminado foso parisino habría recomendado por segunda vez que se adorara tu talento.

Todo lo que he dicho pretende refugiar mi propio atrevimiento bajo la campana del genio más brillante que esta nación, al menos, ha producido. Podría haber pedido que, puesto que he creado una nueva especie de relato, estuviera en la libertad de inventar también las reglas que se acomodaran mejor. Pero me sentiría más orgulloso de haber imitado, aunque débil y vagamente y con distancia, un modelo tan magistral que de disfrutar del mérito entero de la invención, a menos que pudiera haber marcado mi obra con genialidad y originalidad. Así como es, el público la ha honrado lo suficiente, en cualquier rango en el que su aprobación la ponga.

Notas

[1] El presente comentario es ajeno a la pregunta en cuestión, aunque excusable en un inglés que está dispuesto a pensar que las severas críticas de un escritor tan magistral como Voltaire sobre nuestro compatriota inmortal pudieron haber sido causadas por la efusión precipitada del ingenio,

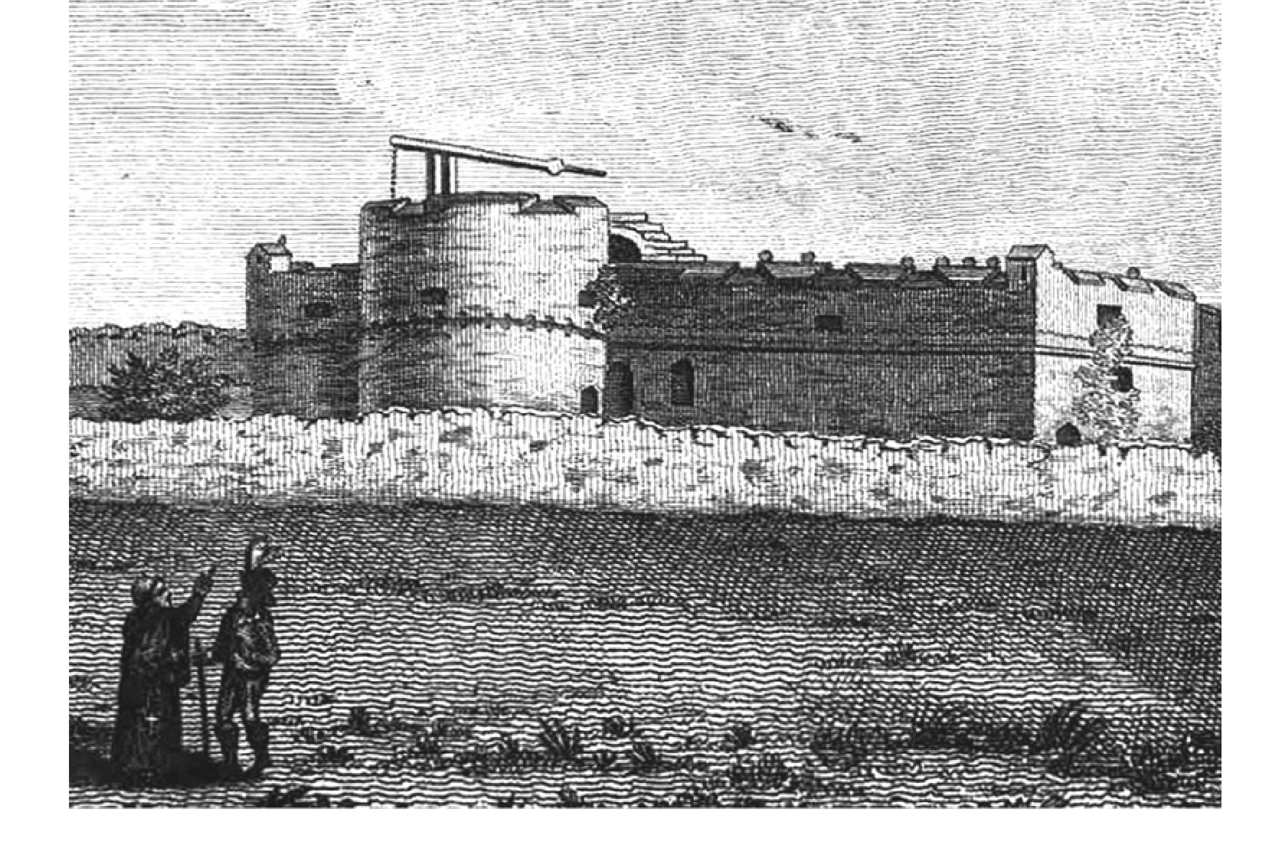
más que por el resultado de la atención y el buen juicio. Tal vez la habilidad del crítico en el dominio de nuestro lenguaje haya sido incompetente y su conocimiento de nuestra historia incorrecto. De lo último, su propia pluma ha dejado evidencia deslumbrante. En su prefacio al *Earl of Essex* de Thomas Corneille, Monsieur de Voltaire dice que la verdad histórica se ha pervertido bastante en esa pieza. Para excusarlo, dice que para la época en la que Corneille escribió esta obra la nobleza de Francia no era muy versada en historia inglesa; pero, añade el comentarista, ahora que lo ha estudiado, esas tergiversaciones resultarían intolerables. Aunque olvida que el periodo de ignorancia ya pasó y que no es necesario instruir a los conocedores, emprende, por medio de una lectura desbordada, la tarea de dar a la nobleza de su propia nación una relación de favoritos con la reina Isabel, de quienes dice, Robert Dudley fue el primero y el conde de Leicester el segundo. Podría uno creerlo, de no ser necesario tener que informarle a Monsieur de Voltaire que Robert Dudley y el conde de Leicester eran la misma persona.

[2] Vemos una mezcla de lo serio y de lo leve, de lo cómico y de lo trágico, a veces en una sola escena se producen estos contrastes. Nada es más frecuente que una casa en donde el padre regaña, la hija llora absorta en su pasión, el hijo se burla de los dos y varios parientes toman diferentes partes, etc. No inferimos de esto que toda comedia deba tener escenas de bufonería y de seriedad. En algunas hay alegría, en otras seriedad y en otras una mezcla. También en algunas la ternura conmueve hasta las lágrimas. No podemos excluir ningún género y si me preguntaran cuál es mejor, responderé: el que esté mejor tratado.

[3] Todos esos rasgos de carácter son ingenuos. Todo es conveniente para quienes son introducidos a escena y para los modales que se les da. Esta familiaridad natural podría, creo, ser bien recibida en Atenas, pero en París y en nuestra nación se prefiere otro tipo de simplicidad.

El castillo de Otranto

Horace Walpole



Sonnet to the Right Honourable Lady Mary Coke

The gentle maid, whose hapless tale
These melancholy pages speak;
Say, gracious lady, shall she fail
To draw the tear adown thy cheek?

No; never was thy pitying breast
Insensible to human woes;
Tender, tho' firm, it melts distrest
For weaknesses it never knows.

Oh! guard the marvels I relate
Of fell ambition scourg'd by fate,
From reason's peevish blame.

Blest with thy smile, my dauntless sail
I dare expand to Fancy's gale,
For sure thy smiles are Fame.

H. W.

SONETO A LA MUY HONORABLE LADY MARY COKE

Gentil doncella, de cuyas desgracias / hablan estás páginas donde la melancolía brilla; / dime, dama hermosa, si ves fallas / en mi intento por hacer lágrimas brotar de tu mejilla. // No, nunca fue tu piadoso pecho / ajeno a las congojas humanas; / tierno pero firme, se rinde al camino maltrecho / de debilidades aún lejanas. //

¡Oh! Cuida este relato fino / sobre ambición mermada por el flagelo del destino. / La mezquina razón y su severa victoria // bendicen con tu sonrisa mi valerosa barcaza: / La tormenta de la fantasía me abraza, / seguro de que en tu sonrisa está la gloria.

Capítulo I

Manfred, príncipe de Otranto, tenía un hijo y una hija. Ésta era una doncella muy hermosa de 18 años llamada Matilda. Conrad, el hijo, era tres años menor: un joven simplón, enfermizo y desalentado que, sin embargo, era el preferido de su padre, quien nunca dio muestra alguna de afecto por Matilda.

Manfred había concertado el matrimonio de su hijo con Isabella, la hija del Marqués de Vincenza, quien ya había sido entregada a las manos de Manfred por sus guardianes, pues el príncipe quería celebrar las nupcias tan pronto como el débil estado de salud de Conrad lo permitiera. La impaciencia de Manfred por llevar a cabo esta ceremonia era comentada por su familia y sus vecinos. Los primeros ciertamente temían la severidad del carácter del príncipe y no se atrevían a musitar sus conjeturas acerca de tal prisa. Su esposa Hippolita, una dama afable, algunas veces se arriesgaba a mencionar el peligro que podría representar casar a su único hijo tan pronto, teniendo en cuenta su abundante juventud y sus abundantes enfermedades; pero ella no recibía de él otra respuesta más que reparos sobre su esterilidad, pues no le había dado sino solo un heredero. Sus inquilinos y súbditos eran menos prudentes. Atribuían la apresurada boda al miedo que tenía el príncipe de que se cumpliera una antigua profecía en la que, según decían, se había declarado que *el señorío de Otranto y el castillo dejarían de pertenecer a la actual familia cuando su verdadero dueño creciera tanto que ya no pudiera habitarlo.* Era difícil encontrarle sentido a la profecía y, mucho más, concebir que algo tenía que ver con el matrimonio en cuestión. Sin embargo, estos misterios y contradicciones no parecían disuadir en su parecer, de ninguna manera, al vulgo.

El día del cumpleaños del joven Conrad fue elegido para celebrar la boda. Los asistentes fueron acomodados en la capilla del Castillo y todo estaba listo para el comienzo del oficio divino. Lo único que faltaba era el mismo Conrad. Manfred, impaciente hasta por el mínimo retraso, no había

visto a su hijo retirarse y despachó a uno de sus ayudantes para que llamara al joven príncipe. El sirviente, quien no había alcanzado siquiera a atravesar el patio para llegar hasta los aposentos del joven, regresó corriendo de manera frenética, sin aliento, con los ojos desorbitados y echando espuma por la boca. No dijo nada pero señaló hacia el patio. Los asistentes se quedaron paralizados con terror y asombro. La princesa Hippolita, sin saber lo que sucedía pero ansiosa por su hijo, se desmayó. Manfred, menos inquieto que enfurecido por la postergación de las nupcias y por la estupidez de su sirviente, preguntó despóticamente qué ocurría. El hombre no dio respuesta alguna pero continuó señalando hacia el patio y al fin, después de ser sometido a varios interrogantes, gritó:

—¡Oh, el yelmo! ¡El yelmo!

Mientras tanto, algunos de los asistentes habían corrido al patio donde se oían confusos alaridos de horror y sorpresa. Manfred, que había comenzado a alarmarse al no ver a su hijo, fue a buscar información sobre lo que causaba esta extraña conmoción. Matilda permaneció junto a su madre ayudándola e Isabella también lo hizo, evitando mostrar impaciencia alguna a causa del novio por quien, en honor a la verdad, había concebido poco afecto.

Lo primero que llamó la atención de Manfred fue ver a un grupo de sirvientes esforzándose por levantar algo que se asemejaba a una montaña de plumas azabache. Las observó sin creer lo que veía.

—¿Qué están haciendo? –preguntó Manfred lleno de ira–, ¿dónde está mi hijo?[4]

Un caudal de voces respondió:

—¡Oh, mi señor! ¡El príncipe! ¡El príncipe! ¡El yelmo! ¡El yelmo!

Estupefacto por estos sonidos lamentables y temeroso sin saber por qué, avanzó apresuradamente. Pero, ¡qué vista para los ojos de un padre! Contempló a su hijo despedazado y sepultado bajo un enorme yelmo cien veces más grande que cualquier casco hecho para un ser humano, ensombrecido por un penacho que tenía una cantidad proporcionalmente enorme de plumas negras.

El horror del espectáculo, el desconocimiento sobre cómo esta desgracia había ocurrido y, por encima de todo, la aparición tan tremenda que tenía ante él dejaron al Príncipe sin habla. Aún así, su silencio se prolongó mucho más de lo que cabría atribuirle al dolor. Fijó sus ojos en aquello que, en vano, deseó fuera una visión, y pareció menos afectado por la pérdida que

sumido en una meditación sobre el descomunal objeto que la había ocasionado. Tocó y examinó el fatal yelmo pero ni siquiera los restos aplastados y sangrantes del príncipe distrajeron los ojos de Manfred del presagio que tenía ante él. Quienes conocían su gran cariño por el joven Conrad estaban tan sorprendidos por la insensibilidad del príncipe como atónitos por el milagro del yelmo. Trasladaron el desfigurado cuerpo al salón, sin recibir la mínima instrucción de Manfred, quien tampoco prestó atención a las damas que permanecían en la capilla. Tanto así que dejó de mencionar a las desdichadas princesas, su esposa y su hija, en las primeras palabras que se escaparon de sus labios y que fueron:

—Cuiden de la señora Isabella.

Los criados, sin percatarse de la singularidad de esta orden y movidos por el afecto que sentían por su ama, creyeron entender que el mandato se refería a Hippolita y corrieron a asistirla. La condujeron a su aposento, más muerta que viva, indiferente a todas las extrañas circunstancias, salvo la muerte de su hijo. Matilda, quien llenaba de cuidados a su madre, ahogó su propia pena y asombro y no pensó en nada más que en ayudarla y consolarla. Isabella, a quien Hippolita consideraba como a una hija y quien correspondía a esa ternura con igual cariño y afecto, no era menos diligente con la princesa. También se empeñaba en compartir y aliviar el peso del dolor que Matilda se esforzaba en reprimir, pues había concebido hacia ella la más cálida simpatía y amistad. Sin embargo, no podía evitar que su propia situación se abriera lugar dentro de sus pensamientos. No sentía ninguna preocupación por la muerte del joven Conrad, aunque lo compadecía, y tampoco sentía pena alguna por haberse librado de un matrimonio que le prometía escasa felicidad, tanto por el consorte que se le había designado como por el temperamento severo de Manfred, quien, si bien la había distinguido con un trato bondadoso, la aterrorizaba por la crueldad sin razón con la que trataba a princesas tan afables como Hippolita y Matilda.

Mientras las damas conducían a la desdichada madre al lecho, Manfred se quedó en el patio observando el ominoso yelmo sin reparar en la multitud que el insólito evento había congregado alrededor de él. Las pocas palabras que articulaba se limitaban a preguntar si alguien sabía de dónde había podido salir aquello. Nadie pudo darle la menor información. Sin embargo, como el portento parecía ser el único objeto de su curiosidad, pronto también lo fue para el resto de los espectadores, cuyas conjeturas eran tan

absurdas como improbables, al igual que esta catástrofe sin precedentes. En medio de estas suposiciones sin sentido, un joven campesino, al que el rumor había traído desde una aldea vecina, observó que el yelmo milagroso era exacto al que tenía la escultura en mármol negro de Alfonso el Bueno, uno de los antiguos príncipes que se encontraba en la iglesia de San Nicolás.

—¿Qué dices?, villano –exclamó Manfred con ira tempestuosa al salir de su trance y agarrando al joven por el cuello–. ¿Cómo te atreves a proferir tal calumnia? ¡Pagarás por esto con tu vida!

Los espectadores, que comprendían tan poco de la causa de la furia del príncipe como del resto de lo que habían visto, no sabían cómo desentrañar esta nueva circunstancia. El joven campesino no estaba menos sorprendido, pues no entendía de qué manera había ofendido a Manfred. Sin embargo, al recordar sus acciones con una mezcla de gracia y humildad, se soltó del agarre del tirano. Haciendo una reverencia, que más buscaba demostrar su inocencia que expresar consternación, le preguntó con respeto de qué era culpable. Manfred, a quien la sumisión del joven no lo había apaciguado y que se encontraba fúrico por el vigor con que discretamente se había liberado de su brazo, ordenó a sus sirvientes que lo agarraran y, de no haber sido impedido por algunos de los invitados a la boda, hubiera apuñalado al campesino con sus propias manos.

Durante este altercado, algunos de los espectadores del pueblo habían corrido a la gran iglesia que quedaba cerca del castillo y habían vuelto boquiabiertos, declarando que a la estatua de Alfonso le faltaba el yelmo. Manfred, frente a estas noticias, se volvió frenético y, como si estuviera buscando un súbdito sobre el cual descargar la tempestad que se desataba dentro de él, se lanzó de nuevo sobre el joven campesino gritando:

—¡Villano! ¡Monstruo! ¡Hechicero! ¡Has hecho esto! ¡Has asesinado a mi hijo!

La turba, que buscaba dentro del rango de sus capacidades algo sobre lo que descargar sus confusos razonamientos, hizo suyas las palabras que salían de la boca de su señor y repitió en eco:

—¡Ay, ay, fue él! ¡Fue él! Robó el yelmo de la tumba del buen Alfonso y con él ha picado el cerebro de nuestro joven príncipe.

No se detuvieron a reparar la enorme desproporción entre el yelmo de mármol que había estado en la iglesia y el de acero que se encontraba frente

a sus ojos, ni en lo imposible que era para un joven de menos de veinte años blandir una pieza de armadura tan pesada.

La estupidez de esas imprecaciones hizo que Manfred volviera en sí, aun cuando él había provocado la observación del campesino sobre el parecido entre los dos yelmos y esto hubiera llevado al descubrimiento de la ausencia del que debía estar en la iglesia. Gravemente ofendido y deseoso de enterrar cualquier rumor causado por esa suposición impertinente, declaró que el joven era sin duda un nigromante y que, hasta que la Iglesia tuviera conocimiento del caso, mantendría al mago, a quien todos habían reconocido como tal, prisionero bajo el mismo yelmo. Ordenó a los sirvientes levantarlo y poner allí al joven hombre, advirtiendo que permanecería sin comida, pues él mismo sabría procurársela por medio de sus artes infernales.

En vano protestó el joven contra esta sentencia absurda, y en vano los amigos de Manfred intentaron disuadirlo de este castigo salvaje y sin fundamento. El pueblo estaba encantado con la decisión de su señor pues, a pesar de sus aprehensiones, aparentaba gran justicia: el mago sería castigado con el mismo instrumento con el que había causado la ofensa. Tampoco les inspiraba el menor escrúpulo la posibilidad de que el joven pasara hambre pues creían firmemente que, recurriendo a sus habilidades diabólicas, podría alimentarse fácilmente.

Manfred vio cómo sus órdenes eran obedecidas de manera alegre y, con mandatos estrictos, designó a un guardia para evitar que se le llevara comida alguna al prisionero. Despidió a sus amigos e invitados y se retiró a su recámara, después de cerrar las puertas del castillo en donde no dejó que nadie se quedara, salvo sus sirvientes.

Mientras tanto, el cariño y entusiasmo de las jóvenes damas habían hecho que la princesa Hippolita volviera en sí aunque, en medio del trance que le causaba su propia pena, frecuentemente pedía noticias de su señor. Despachó a sus sirvientes para que cuidaran de él y convenció a Matilda para que la dejara y fuera a visitar y a consolar a su padre. Matilda, quien no cesaba de proferir afecto por Manfred a pesar de que su severidad la hacía temblar, obedeció las órdenes de Hippolita y, con ternura, se la recomendó a Isabella. Preguntó por su padre a los criados y le informaron que se había retirado a su recámara y que había ordenado que nadie entrara en ella. La princesa supuso que estaba sumergido en el dolor por la muerte de su hijo y, temiendo revivir sus lágrimas ante la visión del único retoño

que le quedaba, dudó si debería inmiscuirse en el sufrimiento de su padre. Pero su preocupación por él, reforzada por las órdenes de su madre, la animaron a atreverse a desobedecer los mandatos que le habían dado; una falta en la que nunca había incurrido. La gentil timidez de su naturaleza hizo que se detuviera unos minutos antes de entrar por la puerta. Lo escuchó ir y venir con pasos desordenados por la recámara e intuyó que estaba en un ánimo que incrementó su temor. De repente, justo cuando se disponía a pedir permiso para entrar, Manfred abrió la puerta. Era la hora del crepúsculo y esto acompañado por la confusión en su mente hizo que no distinguiera a la persona que tenía al frente. Preguntó rabioso quién era y Matilda respondió temblando:

—Mi queridísimo padre, soy yo. Tu hija.

Manfred retrocedió de manera apresurada y dijo:

—¡Largo! Yo no quiero una hija. –Dándose vuelta de manera brusca, le tiró la puerta a la atemorizada Matilda.

Conocía muy bien el carácter impetuoso de su padre como para atreverse a una segunda intrusión. Cuando se recuperó del impacto de ese recibimiento tan amargo, se limpió las lágrimas para evitar que esto causara una nueva puñalada a Hippolita, quien le preguntó de manera ansiosa por la salud de Manfred y cómo estaba soportando su desgracia. Matilda le aseguró que todo estaba bien y que sobrellevaba el infortunio con viril fortaleza.

—Pero, ¿no me dejará verlo? –preguntó Hippolita con tristeza–, ¿no me permitirá mezclar mis lágrimas con las suyas y que las penas de una madre se derramen sobre el seno de su señor? ¿O me engañas, Matilda? Sé cómo Manfred amaba a su hijo, ¿no es este un golpe muy fuerte para él? ¿No lo ha hundido? No me respondes. ¡Ay! ¡Temo lo peor! Levántenme, mis doncellas, iré a ver a mi señor. Llévenme con él en este instante. Lo quiero más que a cualquier hijo.

Matilda le hizo señas a Isabella para evitar que Hippolita se levantara y las adorables jóvenes mujeres se valieron de una dulce violencia para detener y calmar a la princesa. Llegó un sirviente de Manfred y le dijo a Isabella que su señor exigía hablar con ella.

—¿Conmigo? –exclamó Isabella.

—Ve –dijo Hippolita, aliviada de escuchar un mensaje de su señor–. Manfred no puede soportar ver a su propia familia. Él cree que tú estás menos afectada que nosotros y teme al impacto de mi aflicción. Consuélalo,

querida Isabella, y dile que primero sofocaría mi propia angustia antes que acrecentar la suya.

Como había oscurecido, el sirviente que condujo a Isabella llevaba una antorcha que la precedía. Llegaron adonde Manfred, quien caminaba impacientemente por la galería. Le dijo apresuradamente:

—Llévate esa luz y lárgate.

Cerró la puerta impetuosamente. Se echó sobre una banca que estaba recostada contra la pared y le ofreció a Isabella que se sentara a su lado. Ella obedeció temblando.

—He mandado a buscarte, señora… –y quedó en silencio, presa de lo que parecía ser una gran confusión.

—¡Mi señor!

—Sí, te mandé a llamar por un asunto de gran importancia –continuó–. Sécate las lágrimas, joven dama. Has perdido a tu futuro esposo, ¡cruel destino!, y yo he perdido las esperanzas de mi estirpe. Pero Conrad no era digno de tu belleza.

—¡Cómo, mi señor! –respondió Isabella–. ¿Sospecha usted que no estoy tan afectada como debería? Mi deber y mi afecto siempre estarán…

—No pienses más en él –interrumpió Manfred–. Era un jovencito enfermizo y enclenque. Tal vez el cielo se lo ha llevado para que no le confiara los honores de mi casa a tan frágil cimiento. El linaje de Manfred amerita numerosos soportes. Mi tonto cariño por ese niño cegó los ojos de mi prudencia... Pero es mejor así. Dentro de unos pocos años espero tener buenas razones para regocijarme por la muerte de Conrad.

No podría esbozarse con palabras el asombro de Isabella. Al principio creyó que el dolor había trastornado el juicio de Manfred, luego pensó que este extraño discurso era una trampa. Temió que Manfred hubiera percibido la indiferencia que sentía por su hijo y consecuentemente respondió:

—Mi buen señor, no dude de mi ternura. Con mi mano habría entregado el corazón. Conrad habría cautivado todo mi cariño y, sea cual sea mi destino, siempre tendré estima por su recuerdo y los consideraré como padres a su alteza y a la virtuosa Hippolita.

—¡Maldigo a Hippolita! –exclamó Manfred–. Olvídate de ella en este momento, como lo hago yo. En pocas palabras, señora, te has perdido de un esposo que no merecía tus encantos. Ahora estás mejor sin él. En vez de un niño enfermo, tendrás un marido que está en la plenitud de la edad, que sabrá valorar tu belleza y que espera de ti una descendencia numerosa.

—¡Ay, mi señor! –se lamentó Isabella–. Mi mente está absorta en la catástrofe que acaba de suceder como para pensar en otro matrimonio. Si alguna vez mi padre regresa y eso le place, lo obedeceré como lo hice cuando accedí a dar mi mano a Conrad. Pero hasta su regreso, permítame quedarme bajo este acogedor techo y emplear las horas melancólicas en aliviar su aflicción, la de Hippolita y la de la hermosa Matilda.

—Hace un momento te pedí –dijo Manfred con rabia–, que no nombraras a esa mujer. Desde ahora ella será una extraña para ti, como lo es para mí. En pocas palabras, Isabella, como no puedo darte a mi hijo me ofrezco a mí mismo.

—¡Cielos! –exclamó Isabella, despertando de su engaño–. ¿Qué escucho? ¡Usted! ¡Mi señor! ¡Usted! ¡Mi suegro! ¡El padre de Conrad! ¡El esposo de la virtuosa y tierna Hippolita!

—Te digo –exclamó Manfred imperiosamente–, que Hippolita ya no es mi esposa, pues en este momento me divorcio de ella. Durante mucho tiempo me ha maldecido con su esterilidad. Mi destino depende de tener hijos y confío que esta noche me darás una nueva esperanza.

Con estas palabras agarró la fría mano de Isabella, que estaba medio muerta de miedo y horror. Ella chilló y se alejó de él. Manfred se levantó para perseguirla. Entonces la luna, que había salido y resplandecía sobre la ventana, iluminó las plumas del fatal yelmo que se alzaban hasta la altura de las ventanas y ondeaban para adelante y para atrás de modo tempestuoso, acompañadas de un sonido hueco y susurrante. Isabella, valiente frente a la situación, no temía nada más que a la insistencia de Manfred y a sus declaraciones, exclamó:

—¡Mire, mi Señor! ¡El cielo mismo se pronuncia en contra de sus intenciones impías!

—Ni el cielo ni el infierno se opondrán a mis designios –respondió Manfred, avanzando nuevamente para agarrar a la princesa.

En ese instante el retrato de su abuelo, que colgaba sobre el banco donde estaban sentados, exhaló un suspiro profundo e hinchó el pecho. Isabella, que estaba de espaldas al cuadro, no vio el movimiento ni supo de dónde provenía el sonido, pero se detuvo y dijo:

—¡Escuche, mi señor! ¿Qué sonido es ese? –mientras caminaba hacia la puerta.

Manfred, indeciso entre perseguir a Isabella, quien en su fuga ya había llegado hasta las escaleras, o apartar los ojos del cuadro que ahora se movía,

había avanzado algunos pasos tras ella mientras continuaba mirando hacia donde estaba el retrato. Vio cómo éste dejaba su panel y descendía al piso con un aire melancólico y serio.

—¿Estoy soñando? –exclamó Manfred, dándose la vuelta–. ¿O son los demonios mismos los que se han unido en contra mía? ¡Habla, espectro infernal! Si eres mi ancestro, ¿por qué conspiras contra tu miserable descendiente que tan alto precio está pagando por…?

Pero antes de que pudiera terminar la frase, la visión suspiró otra vez y le hizo una señal para que lo siguiera.

—¡Guíame! –exclamó Manfred–. Yo te seguiré hasta el abismo de la perdición.

El espectro avanzó hasta el final de la galería serio y abatido, y se dio vuelta para entrar en una recámara a la derecha. Manfred lo seguía de cerca lleno de ansiedad y horror, pero decidido. Cuando iba a entrar en la recámara, una mano invisible cerró la puerta con violencia. El príncipe, llenándose de valor, dio varios puntapiés para forzar la puerta pero se dio cuenta de que ésta se resistía a su máximo esfuerzo.

—Ya que el infierno no satisface mi curiosidad –dijo Manfred–, emplearé todos los medios humanos a mi alcance para conservar mi linaje. Isabella no se me escapará.

La joven, cuya determinación había dado paso al terror desde que abandonó a Manfred, continuaba su huida hasta la parte baja de la escalera principal. Allí paró sin saber hacia donde dirigir sus pasos o cómo escapar al ímpetu del príncipe. Sabía que las puertas del castillo estaban cerradas y que los guardias se encontraban en el patio. Su corazón le mandaba ir a donde Hippolita y advertirle sobre el cruel destino que la esperaba, pero no tenía duda de que Manfred la buscaría allá y que su violencia duplicaría la herida que le infligiría al darle rienda suelta a su impetuosa pasión. La demora podría darle tiempo al príncipe para reflexionar sobre las horrorosas medidas que había pensado o para crear alguna circunstancia a favor de Isabella. Si ella pudiera –por esa noche, al menos– evitar las odiosas intenciones de Manfred. Pero, ¿dónde podría esconderse? ¿Cómo evitaría la persecución que él infaliblemente haría por todo el castillo?

Mientras estos pensamientos pasaban con rapidez por su mente, recordó un pasaje subterráneo que iba desde las bóvedas del castillo hasta la iglesia de San Nicolás. Tal vez podría llegar al altar antes de que fuera capturada. Aunque conocía la brutalidad de Manfred, sabía que él no se atrevería a

profanar un lugar sacro y tuvo la determinación, si no encontraba otra forma de liberarse, de encerrarse por siempre junto a las santas vírgenes del convento que se encontraba al lado de la catedral. Con esta idea en mente, agarró una antorcha que iluminaba el pie de la escalera y se apuró hacia el pasadizo secreto.

La parte baja del castillo contaba con varios claustros intrincados y no resultaba fácil para nadie en ese estado de ansiedad encontrar la puerta que conducía a la caverna. Un silencio horrible reinaba en aquellas regiones subterráneas, salvo por algunas ráfagas de viento que sacudían las puertas que ella cerraba a su paso y que hacían chillar a las bisagras oxidadas en un eco que reverberaba por el largo laberinto de oscuridad. Cada murmullo la sacudía con nuevos terrores, aunque lo que más temía era escuchar la iracunda voz de Manfred ordenándole a sus sirvientes que la persiguieran. Pisaba tan suavemente como la impaciencia se lo permitía, aunque con frecuencia se detenía para aguzar el oído por si alguien la estaba siguiendo. En uno de esos momentos pensó que había escuchado un suspiro. Se estremeció y retrocedió unos pasos. Creyó oír a alguien caminar. La sangre se le heló pues supuso que se trataba de Manfred. Por su mente pasaron todas las sugestiones que el horror puede inspirar. Condenó su temeraria huida, pues la había expuesto a la ira del príncipe en un lugar en donde nadie socorrería sus gritos. Sin embargo, parecía que el sonido no venía de atrás. Si Manfred sabía donde estaba, era porque la estaba siguiendo. Aún se encontraba en uno de los claustros y los pasos que había escuchado eran bastante nítidos como para que procedieran de donde ella venía. Entusiasmada por esta reflexión, esperaba encontrar un amigo en quien quiera que no fuera el príncipe. Se dispuso a avanzar cuando una puerta que permanecía entreabierta a su izquierda se abrió suavemente. Pero antes de que la antorcha que ella sostenía pudiera descubrir quién le había abierto, la persona se retiró precipitadamente al ver la luz.

Isabella, consternada por cada nuevo incidente, dudó si debía proceder. Pero el temor que le inspiraba Manfred pronto superó cualquier otro terror. Alguien la evitaba y esta circunstancia misma la llenó de valentía. Pensó que sólo podría tratarse de un sirviente del castillo. Su gentileza nunca le había ganado enemigos y, consciente de su inocencia, tuvo la esperanza de que, a menos que tuvieran la orden de capturarla, los sirvientes la ayudarían y no impedirían su escape. Se llenó de fuerza con estas reflexiones. Por lo que podía observar, creyó que estaba cerca de la boca de la caverna

subterránea. Se acercó a la puerta pero, de repente, una ráfaga de viento hizo que se extinguiera su antorcha, dejándola en total oscuridad.

Las palabras no alcanzan a describir el horror de la situación en la que se encontraba la princesa. Sola en ese lugar tan lúgubre, con todos los eventos terribles del día impresos en su mente, sin esperanza de escapar, aguardando en cada momento la llegada de Manfred y muy intranquila al saberse al alcance de cualquiera, no sabía quien, que por alguna razón se escondía en ese lugar. Todos estos pensamientos se aglutinaron en su mente distraída y estaba lista para dejarse abrumar por estos temores. Se encomendó a todos los santos en el cielo y les imploró ayuda. Por un tiempo considerable sufrió la agonía de la desesperanza. Finalmente, con la mayor cautela posible, buscó la puerta con las manos y, habiéndola encontrado, entró temblando a la bóveda donde había oído la respiración y los pasos. Le produjo una especie de alegría momentánea percibir un nebuloso e imperfecto rayo de luz de luna que resplandecía desde el centro de la bóveda, que parecía haberse desprendido y desde donde colgaba un pedazo de tierra o de mampostería, ella no podía distinguir bien, que parecía estar aplastado hacia el interior. Avanzó con entusiasmo hacia esta grieta hasta que descubrió una figura humana de pie contra la pared.

Gritó pensando que se trataba del fantasma de Conrad, su prometido. La figura avanzó y le dijo en una voz sumisa:

—No se alarme, señora. No le haré daño.

Isabella, algo tranquilizada por las palabras y el tono de voz del extraño recordó que esta debía ser la persona que le había abierto la puerta. Recobró el suficiente aliento para responder:

—Señor, quien quiera que sea usted, tenga piedad de esta desdichada princesa al borde de la destrucción. Ayúdeme a escapar de este fatal castillo o, dentro de unos pocos momentos, seré miserable por siempre.

—¡Ay! –dijo el extraño–. ¿Qué puedo hacer para ayudarla? Moriré en su defensa, pero no estoy familiarizado con el castillo y quisiera…

—¡Oh! –exclamó Isabella, interrumpiéndolo de forma apresurada–. Ayúdeme a encontrar una trampilla secreta que debe de estar en algún lugar y ese será el mayor servicio que me pueda prestar, pues no tengo un minuto que perder.

Diciendo estas palabras, se tumbó sobre el suelo e hizo que el extraño la imitara para que así la ayudara a buscar una pequeña pieza de cobre incrustada dentro de una de las piedras del pavimento.

—Esa –dijo ella– es la cerradura que se abre con un resorte cuyo secreto conozco. Si podemos encontrarlo, podré escapar. Si no, ¡ay, cortés extraño, temo que lo habré involucrado en mi desgracia! Manfred sospechará que usted es cómplice de mi fuga y usted será víctima de su resentimiento.

—Mi vida no tiene valor –replicó el extraño– y encontraré un poco de consuelo si la pierdo tratando de salvarla a usted de ese tirano.

—Generoso joven –dijo Isabella–, ¿cómo podría agradecerle…?

Y mientras pronunciaba esas palabras, un rayo de luna entró por una ranura que estaba en la parte superior de la ruina e iluminó directamente la cerradura que buscaban.

—¡Oh júbilo! –exclamó Isabella–. ¡Acá está la trampilla!

Y, tomando la llave, tocó el resorte que se deslizó para descubrir un anillo de hierro.

—Levanta la puerta –pidió la princesa.

El extraño obedeció y debajo aparecieron unos peldaños de piedra que descendían hacia una bóveda completamente oscura.

—Debemos bajar por acá –dijo Isabella–. Sígueme. Por oscuro y lúgubre que sea, no podemos confundir el camino, pues lleva directamente a la iglesia de San Nicolás. Pero, tal vez –añadió la princesa modestamente– tú no tengas motivos para dejar el castillo, y yo no precisaré más de tus servicios. Dentro de pocos minutos estaré a salvo de la ira de Manfred. Solo déjame saber a quién le debo tanto agradecimiento.

—Nunca la abandonaré –dijo el extraño con entusiasmo–, hasta que usted esté a salvo. Ni me considere, princesa, más generoso de lo que soy. Aunque usted sea mi principal preocupación...

El extraño fue interrumpido por un súbito rumor de voces que parecían estar acercándose, y no tardaron en distinguir estas palabras:

—No me hablen de nigromantes. Les digo que ella debe de estar en el castillo y la encontraré a pesar de los hechizos.

—¡Oh, cielos! –exclamó Isabella–. ¡Es la voz de Manfred! ¡Apúrate o estaremos perdidos! Y cierra la trampilla secreta después de que salgas.

Diciendo esto, bajó por los peldaños de manera precipitada. Cuando el extraño se apresuraba para seguirla, dejó que la puerta se le zafara de las manos. Cayó y el resorte se cerró. Trató en vano de abrirla, pero no había observado cómo Isabella había accionado el resorte, ni tenía las suficientes oportunidades para ensayar cómo se hacía. El ruido de la trampilla al caer

fue escuchado por Manfred, quien guiado por ese sonido, se apresuró hacia allá, ayudado por sus sirvientes y sus antorchas.

—Debe de ser Isabella –exclamó Manfred, antes de entrar en la bóveda–. Se está escapando por el pasaje subterráneo, pero seguro no ha de estar lejos.

Cuál no sería la sorpresa del príncipe cuando, en lugar de encontrar a Isabella, las luces de las antorchas descubrieron al joven campesino que creía confinado bajo el fatal yelmo.

—¡Traidor! –exclamó Manfred–. ¿Cómo has llegado hasta acá? Te creía prisionero en cadena perpetua arriba, en el patio.

—No soy un traidor –replicó el joven de manera desafiante–, ni soy responsable de sus pensamientos.

—¡Villano presuntuoso! –exclamó Manfred–. ¿Quieres provocar mi ira? Dime, ¿cómo te has escapado? Has sobornado a los guardias y pagarán por esto con sus vidas.

—Mi pobreza –respondió el campesino con calma– los excusará. A pesar de que son los representantes de la ira de un tirano, le guardan fidelidad y de muy buena manera ejecutan sus injustas órdenes.

—¿Eres tan osado que te atreves a desafiar mi venganza? –dijo el príncipe–. Pero las torturas te obligarán a decir la verdad. Dime, ¿quiénes son tus cómplices?

—¡He ahí mi cómplice! –dijo el joven sonriendo y apuntando al techo.

Manfred ordenó que levantaran las antorchas y vio que una de las celadas del yelmo encantado se había incrustado en el pavimento del patio cuando los sirvientes lo dejaron caer sobre el campesino. Éste había roto la bóveda, dejando una brecha por la cual el joven se deslizó, minutos antes de que Isabella lo encontrara.

—¿Fue así cómo bajaste? –dijo Manfred.

—Así fue –dijo el joven.

—¿Y cuál fue el ruido que oí mientras entraba al claustro?

—Una puerta que se cerraba –respondió el campesino–. Yo también la oí.

—¿Qué puerta? –preguntó Manfred apurado.

—No estoy familiarizado con su castillo –respondió el campesino–, es la primera vez que entro y esta bóveda es la única parte en la que he estado.

—Pues te lo diré –dijo Manfred, tratando de saber si el joven había descubierto la trampilla–. Fue de este lado que escuché el ruido. Mis sirvientes también lo oyeron.

—Mi señor –interrumpió uno de ellos entrometiéndose–, seguro que era la trampilla y que él iba a escaparse.

—¡Calla, zopenco! –dijo el príncipe con rabia–. Si iba a escaparse, ¿cómo es que sigue aquí? Quiero saber cuál fue el ruido que escuchamos de su propia boca. Dime la verdad, tu vida depende de tu sinceridad.

—Mi sinceridad me es más querida que mi vida –dijo el campesino–. No compraré una para perder la otra.

—¡Vaya! ¡Un joven filósofo! –dijo Manfred despectivamente–. Dime pues, ¿cuál fue el ruido que escuché?

—Pregúnteme por lo que pueda responder y máteme al instante si le miento.

Manfred, impaciente frente al firme valor y la indiferencia del joven, exclamó:

—Bueno, entonces, hombre veraz, ¡respondedme!: ¿Lo que escuché fue la caída de la trampilla?

—Lo fue –respondió el joven.

—¡Lo fue! –repitió el príncipe–. ¿Y cómo llegaste a saber que había una trampilla acá?

—Vi la placa de cobre a la luz de un rayo de luna –respondió.

—Pero, ¿quién te dijo que eso era una cerradura? ¿Cómo descubriste el secreto para abrirla?

—La Providencia, que me libró del yelmo, me encaminó hacia el resorte de la cerradura.

—Pues la Providencia hubiera podido llevarte un poco más lejos y ponerte fuera del alcance de mi animadversión –dijo Manfred–. Cuando la Providencia te enseñó a abrir la cerradura, te abandonó como a un tonto que no supo cómo usar sus favores. ¿Por qué no habéis buscado una forma para escapar? ¿Por qué cerrasteis la trampilla antes de descender por los peldaños?

—Podría preguntarle, mi señor –respondió el campesino–, ¿cómo yo, que desconozco totalmente su castillo, debía suponer que esos peldaños conducían a una salida? Pero no quiero evadir sus preguntas. Tal vez debí haber explorado ese camino. A donde quiera que esos peldaños conduzcan, no sería una peor situación que en la que me encuentro. La verdad es que dejé que la trampilla cayera y, acto seguido, llegaron ustedes. Había dado la alarma. ¿Qué me importaba ser atrapado un minuto antes o un minuto después?

—Eres un villano demasiado resuelto para tu edad. Sospecho que estás jugando conmigo. Todavía no me has dicho como abriste la cerradura.

—Se lo mostraré, mi señor –dijo el campesino.

Tomando un fragmento de piedra que había caído de arriba, se tumbó sobre la trampilla y comenzó a golpear el pedazo de cobre que la cubría, intentando ganar tiempo para que la princesa escapara. Esta manera de comportarse, unida a su franqueza, desconcertó a Manfred. Incluso se sintió dispuesto a perdonar a quien había sido culpable de no cometer crimen alguno. Manfred no era uno de esos tiranos salvajes que disfrutaban siendo crueles por ningún motivo. Las circunstancias de su fortuna le habían dado aspereza a su carácter, que por naturaleza era humano y sus virtudes estaban siempre listas a manifestarse, a menos que sus pasiones oscurecieran su razón.

Mientras que el príncipe estaba sumergido en su indecisión, el eco hizo resonar por las bóvedas distantes un confuso rumor de voces. A medida que el sonido se acercaba, distinguió el clamor de algunos de sus sirvientes a los que había dispersado por el castillo para buscar a Isabella.

—¿Dónde está nuestro señor? ¿Dónde está el príncipe? –llamaban.

—Aquí estoy –respondió Manfred, a medida que se acercaban–, ¿han encontrado a la princesa?

El primero que había llegado, replicó:

—¡Oh, mi señor! Me alegra encontrarlo.

—¿Encontrarme? –preguntó Manfred–. Deberían mejor encontrar a la princesa.

—Pensamos que lo habíamos hecho, mi señor –respondió el hombre aterrorizado–, pero…

—Pero, ¡¿qué?! –exclamó el Príncipe–. ¡¿Se escapó?!

—Jaquez y yo, mi Señor…

—Sí, Diego y yo –interrumpió el segundo, que llegó aún más consternado.

—Hablen uno a la vez –ordenó Manfred–. Les pregunté: ¿dónde está la princesa?

—No lo sabemos –respondieron a coro–. Pero el miedo nos nubla el juicio.

—Así lo creo, zopencos –dijo Manfred–. ¿Qué los ha asustando así?

—¡Oh! Mi señor –respondió Jaquez–. ¡Diego ha visto algo horrible! Su alteza no creerá lo que hemos visto.

—¿Qué nuevo absurdo es este? –exclamó Manfred–. Denme una respuesta directa o, por el cielo…

—Mi señor –rogó el pobre hombre– si le complace a su alteza escucharme. Diego y yo…

—Sí, Jaquez y yo –completó su camarada.

—¿No les prohibí que hablaran al tiempo? –interrumpió el príncipe–. Tú, Jaquez, responde, pues el otro tonto parece estar más afectado que tú. ¿Qué es lo que sucede?

—Mi gentil señor –dijo Jaquez–, si le complace a su señoría escucharme, Diego y yo, según las órdenes de su alteza, fuimos a buscar a la joven señora. Pero considerando que tal vez nos encontraríamos con el fantasma de nuestro amo, el hijo de su alteza, a quien Dios tenga en su gloria, puesto que no ha recibido cristiana sepultura…

—¡Majadero! –exclamó Manfred lleno de ira–. ¿Solo fue un fantasma, entonces, lo que han visto?

—¡Oh! ¡Es peor! ¡Es peor mi señor! –exclamó Diego–. Preferiría haber visto diez fantasmas antes que eso.

—¡Dame paciencia! –replicó Manfred–. Estos cretinos me distraen. ¡Fuera de mi vista, Diego! Y tú, Jaquez, dime ¿Estás sobrio? ¿Estás delirando? Porque pareces estar en tus cinco sentidos. ¿El otro majadero te contagió el miedo? Habla, ¿qué son esos espectros que él dice que ha visto?

—Pero mi señor –respondió Jaquez temblando–, iba a explicarle a su alteza que desde la desgraciada calamidad de la que fue víctima mi joven amo, Dios lo tenga en su gloria, ninguno de nosotros, los fieles sirvientes de su alteza, que sin duda lo somos, mi señor, a pesar de ser pobres hombres… Digo, ninguno se ha atrevido a poner un pie en el castillo, salvo nosotros dos. Así que Diego y yo, creyendo que la joven señora podía estar en la galería subimos a buscarla para decirle que su alteza quería hablar con ella.

—¡Oh torpes idiotas! –exclamó Manfred–. ¡Y mientras tanto, ella se ha escapado porque ustedes le tienen miedo a espectros! ¡Bribón! Ella me dejó en la galería y yo vengo desde allá.

—Por lo que me respecta, ella podría seguir ahí –dijo Jaquez–. Pero que primero me lleve el diablo antes de volver a buscarla en ese lugar ¡Pobre Diego! No creo que él vaya a recuperarse.

—¿Recuperarse de qué? –preguntó Manfred– ¿Es que nunca sabré lo que asustó a estos canallas? Estoy perdiendo tiempo. ¡Sígueme, esclavo! Yo mismo comprobaré si ella sigue en la galería.

—Por todos los cielos, mi querido y buen señor –exclamó Jaquez–, no vaya a ese lugar. Creo que el mismísimo Satanás está en la gran habitación al lado de la galería.

Manfred, que hasta el momento había tratado el miedo de sus sirvientes como un pánico creado por el ocio, se sintió afectado por esta nueva observación. Recordó la aparición del retrato y el súbito portazo al final de la galería. Su voz flaqueó y, alterado, preguntó qué había en la gran habitación.

—Mi señor –respondió Jaquez–, cuando Diego y yo llegamos a la galería, él entró primero pues decía que era más valiente que yo. No encontramos a nadie. Miramos bajo cada banco y taburete y no encontramos a nadie.

—¿Estaban todos los retratos en su lugar? –preguntó Manfred.

—Sí, mi señor –respondió Jaquez–. Pero no se nos ocurrió mirar detrás de ellos.

—¡Bueno, bueno! Continúa.

—Cuando llegamos a la puerta de la gran habitación, la encontramos cerrada.

—¿Y no la pudieron abrir?

—¡Oh! Sí, mi señor, pero ojalá el cielo lo hubiera impedido. La abrió Diego, que estaba más obstinado en hacerlo y entró, aunque yo le aconsejé que no lo hiciera. Si alguna vez vuelvo a abrir una puerta cerrada…

—¡No andes con rodeos! –lo interrumpió Manfred, estremeciéndose–. Dime qué viste en la gran habitación cuando abriste la puerta.

—Yo, mi Señor, no vi nada pues estaba detrás de Diego. Yo escuché el ruido.

—Jaquez –señaló Manfred, con un tono de voz solemne–, dime, te lo suplico por el alma de mis ancestros, ¿qué fue lo que viste? ¿Qué fue lo que escuchaste?

—Fue Diego quien lo vio, mi Señor, no fui yo –respondió Jaquez–. Yo solo escuché el ruido. Apenas Diego abrió la puerta comenzó a gritar y echó a correr. Yo también lo hice y le pregunté si era el fantasma. «¡El fantasma! No, no –respondió Diego, y se le pusieron los pelos de punta–. Es un gigante, creo, ataviado con una armadura. Le vi un pie y parte de la pierna y son tan grandes como el yelmo que está abajo en el patio». Y mientras decía estas palabras, mi señor, escuchamos un movimiento violento y el crujir de la armadura, como si el gigante se estuviera levantando. Diego me había

dicho que creía que el gigante estaba acostado, porque el pie y la pierna estaban estirados sobre el piso. Antes de que pudiéramos llegar al final de la galería, escuchamos que la puerta de la gran habitación se cerraba detrás de nosotros, pero no nos atrevimos a darnos la vuelta para ver si el gigante nos estaba siguiendo. Ahora que lo pienso, si él nos hubiera perseguido lo hubiéramos oído. Pero por todos los cielos, mi buen señor, mande a llamar al capellán para que exorcice el castillo pues, sin duda, está embrujado.

—Le rogamos que lo haga –exclamaron los sirvientes en coro– o tendremos que dejar de servir a su majestad.

—¡Callen, mentecatos! –exclamó Manfred–. Síganme, voy a averiguar qué significa todo esto.

—Nosotros, mi señor –dijeron los sirvientes a una sola voz–, no subiremos a la galería, ni por todo el oro de su alteza.

El joven campesino, que se había quedado en silencio, habló:

—¿Me permitiría su alteza intentar esta aventura? Mi vida no se la debo a nadie, no temo a ningún ángel malo y no he ofendido a alguno bueno.

—Tu conducta vale más que tu aspecto –dijo Manfred, mirándolo con sorpresa y admiración–. Recompensaré tu valentía, pero ahora –continuó con un suspiro– estoy tan contrariado que no me atrevo a confiar en otros ojos que en los míos. Sin embargo, te doy permiso para que me acompañes.

Al seguir a Isabella desde la galería, Manfred había ido directamente a la recámara de su esposa pues sospechó que la princesa se había refugiado allí. Hippolita, que conocía sus pasos, se levantó con ansias y cariño para recibir a su señor, a quien no había visto desde la muerte de su hijo. Habría volado, transportada por una mezcla de alegría y pena, hasta su seno, pero él la empujó de manera brusca y preguntó:

—¿Dónde está Isabella?

—¿Isabella, mi señor? –exclamó Hippolita, asombrada.

—Sí, Isabella –respondió Manfred de manera autoritaria–. Quiero ver a Isabella.

—Mi señor –respondió Matilda, quien se había dado cuenta cómo esta conducta afectaba a su madre–, no ha estado con nosotras desde que su alteza la llamó a su habitación.

—Díganme dónde está, no dónde estuvo –ordenó el príncipe.

—Mi buen señor –dijo Hippolita–, su hija dice la verdad. Isabella nos dejó para acudir a su llamado y no ha vuelto desde entonces. Pero, mi buen

señor, compóngase. Retírese a descansar pues este día lúgubre lo ha alterado. Isabella seguirá sus órdenes en la mañana.

—¡Cómo! Entonces sabes dónde está –exclamó Manfred–. Dímelo sin rodeos, porque no puedo perder ni un instante. Y tú, mujer –dijo, dirigiéndose a su esposa– ordena al capellán que me atienda inmediatamente.

—Supongo que Isabella –replicó Hippolita con calma– se ha retirado a su habitación. Ella no está acostumbrada a quedarse hasta esta hora. Gentil señor –continuó– déjeme saber qué es lo que lo inquieta. ¿Lo ha ofendido Isabella?

—No me molestes con tus preguntas –dijo Manfred–. Dime dónde está.

—Matilda la llamará –dijo la princesa–. Siéntese, mi señor, y recupere su habitual fortaleza.

—¿Qué, estás celosa de Isabella y por eso quieres estar presente en nuestro encuentro?

—¡Por todos los cielos, mi señor! –respondió Hippolita–, ¿qué es lo que su alteza está queriendo decir?

—Lo sabrás a su momento –dijo el cruel príncipe–. Manda a llamar al capellán y espera acá mis órdenes.

Con estas palabras salió del cuarto a buscar a Isabella, dejando atónitas con sus palabras y su comportamiento frenético a las damas que, sorprendidas y perdidas, hacían vanas conjeturas sobre lo que él estaba pensando.

Ahora Manfred regresaba de la bóveda junto con el campesino y algunos pocos sirvientes que se vieron obligados a acompañarlo. Subió por la escalera sin detenerse hasta que llegó a la galería. En la puerta encontró a Hippolita y al capellán. Cuando Diego fue despachado por Manfred, él había ido directamente hacia la recámara de la princesa para alertarla sobre lo que había visto. La excelentísima señora, que no dudaba más que Manfred sobre lo real de la visión, trató las palabras de su sirviente como si fueran un delirio. Empeñada, sin embargo, en proteger a su señor de una conmoción adicional, y preparada por una serie de pesadumbres para no temblar por ninguna otra, estaba determinada a convertirse en el primer sacrificio si así lo marcaba el destino. Despachó a Matilda, que estaba reacia a descansar y que en vano pidió permiso para acompañar a su madre en el dormitorio, y salió acompañada del capellán. Hippolita recorrió la galería y la gran habitación. Ahora, con más serenidad en el alma que la que

había sentido en muchas horas, se encontró con su señor y le aseguró que la visión de la pierna y el pie gigantes solo eran una fabulación y que, sin duda, eran impresiones en la mente de sus sirvientes causadas por el miedo y la hora oscura y lúgubre de la noche. Ella y el capellán habían examinado la habitación y habían encontrado todo en orden.

Aunque Manfred estaba convencido, como su esposa, de que la visión no era un trabajo de la imaginación, se recuperó un poco de la tempestad a la que había sido arrojada su mente por todos los eventos extraños. Avergonzado también por su trato inhumano hacia una princesa que le devolvía cada afrenta con nuevas marcas de ternura y servicio, pensó en restablecer su amor forzándolo en sus ojos. Pero no estaba menos avergonzado por sentir remordimiento hacia la única mujer contra la cual estaba planeaba causarle amarga indignación. Detuvo los deseos de su corazón y no se inclinó ni un poco hacia la piedad. Su alma derivó hacia una maldad exquisita. Presumiendo de la sumisión impasible de Hippolita, se regocijaba porque ella asentiría con paciencia al divorcio y obedecería, si a él lo complacía, a ayudarlo a persuadir a Isabella para que le diera su mano. Pero antes de que pudiera permitirse esta horrorosa esperanza, recordó que no habían encontrado a Isabella. Volvió en sí y ordenó que las vías hacia el castillo fueran estrictamente custodiadas y encargó a sus sirvientes no darle el paso a nadie, así tuvieran que pagar con sus vidas. Al joven campesino, a quien le hablaba de manera favorable, le ordenó quedarse en una habitación pequeña en lo alto de las escaleras en donde había un catre. Le quitó la llave y le dijo que hablaría con él en la mañana. Luego despachó a sus sirvientes y, concediéndole un taciturno saludo a Hippolita, se retiró a su aposento.

Nota

[4] En el original, el trato de Manfred a sus súbditos, sirvientes y familiares oscila entre el uso del vos y el usted (a veces en la misma oración). En la traducción se buscó mantener las mismas convenciones de formalismo, reemplazando el voceo por tuteo.

Capítulo II

Matilda se había retirado a su habitación por orden de Hippolita, pero se sentía indispuesta y no quería descansar. El horrible destino de su hermano la había afectado profundamente. Estaba sorprendida al no encontrar a Isabella, pero las extrañas palabras de su padre y la oscura amenaza a la vida de su esposa, acompañado de su más violento comportamiento, habían llenado aquella gentil mente con terror y alarma. Esperaba ansiosamente el regreso de Bianca, la joven doncella que la servía, a quien había mandado a averiguar qué había pasado con Isabella. Bianca no tardó en aparecer y le informó a su señora lo que había escuchado de los sirvientes, que Isabella no se encontraba por ninguna parte. Le contó la aventura del joven campesino que había sido descubierto en la bóveda, aunque hizo muchas añadiduras al incoherente relato de los sirvientes, y se refirió principalmente a la pierna y al pie gigantescos que habían sido encontrados en la habitación de la galería. Este último evento había aterrorizado tanto a Bianca que se alegró cuando Matilda le dijo que no iría a descansar, sino que se quedaría en vela hasta que su madre se despertara.

La joven princesa consumía su mente con conjeturas sobre la huida de Isabella y las amenazas de Manfred hacia su madre.

—Pero, ¿qué asunto sería tan urgente para llamar al capellán? –preguntó Matilda–, ¿acaso pretende enterrar secretamente el cuerpo de mi hermano en la capilla?

—¡Oh, señora! Ya lo adivino –exclamó Bianca–, como usted se convirtió en la heredera, está impaciente por casarla. Él siempre ha deseado tener más hijos y ahora está impaciente por tener nietos. Señora, veo que por fin se convertirá en una novia, y estoy tan segura de eso como de que estoy viva. Buena señora, ¿no irá a despedir a su fiel Bianca para poner a doña Rosara por encima mío ahora que será la gran princesa?

—Mi pobre Bianca –respondió Matilda–, ¡qué rápido pasean tus pensamientos! ¿Yo, la gran princesa? ¿Qué has observado en el comportamiento de Manfred desde la muerte de mi hermano que muestre que su cariño hacia mí ha crecido? No, Bianca, su corazón sigue siéndome ajeno. Pero es mi padre y no debo quejarme. Si el cielo cierra el corazón de mi padre, la ternura de mi madre lo paga con creces. ¡Oh, esa madre querida! Sí Bianca, es ahí donde resiento el temperamento difícil de Manfred. Puedo soportar con paciencia su rudeza hacia mí, pero me hiere el alma cuando soy testigo de su injustificada severidad hacia ella.

—¡Oh, Señora! –exclamó Bianca–. Todos los hombres tratan así a su esposas cuando se cansan de ellas.

—¡Pero si me felicitaste ahora cuando imaginaste que mi padre quería desposarme!

—Creo que, pase lo que pase, usted será una gran dama –replicó Bianca–. No quiero verla encerrada en el convento, como pasaría si se cumplieran sus deseos y si mi Señora, su madre, no lo impidiera. Ella sabe que un mal marido es mejor que nada. ¡Bendito! ¿Qué es ese ruido? Perdóname, San Nicolás, solo estaba bromeando.

—Es el viento que sopla por las almenas de la torre de arriba –dijo Matilda–. Lo has escuchado mil veces.

—No –respondió Bianca–, lo que dije no tenía nada de malo. No es pecado hablar de matrimonio y eso, señora, era lo que estaba diciendo. Si mi señor Manfred la ofreciera como esposa a un guapo y joven príncipe, usted lo rechazaría con una venia y le diría que prefiere tomar el velo.

—¡Gracias al cielo no corro ese peligro! –exclamó Matilda–. Ya sabes cuántas propuestas él ha rechazado en mi nombre.

—Y usted le agradece como una hija obediente, ¿cierto, señora? Pero venga, imagine que mañana en la mañana su padre la mandara a llamar a la habitación del gran consejo y encontrara junto a él a un joven y agradable príncipe, con grandes ojos negros, una delicada frente blanca y viriles rizos azabaches. En pocas palabras, señora, un joven héroe parecido al retrato del buen Alfonso que está en la galería, el cual usted se sienta a contemplar por horas.

—No hables con ligereza de ese retrato –interrumpió Matilda suspirando–. Sé que la adoración con la que miro ese cuadro es insólita, pero no creas que estoy enamorada de un lienzo coloreado. El carácter de ese príncipe virtuoso, la veneración por su recuerdo que mi madre ha

inspirado en mí, las oraciones que no sé por qué razón me ha ordenado decir en su tumba, todo me ha convencido de que de alguna manera mi destino está vinculado a él.

—¡Dios, señora! ¿cómo sería eso? Siempre he escuchado que su familia no está emparentada de ninguna manera con la de él y no puedo concebir por qué mi señora, la princesa, la manda en frías mañanas o en noches húmedas a rezar a su tumba. Él no es un santo de almanaque. Si usted debe hacer sus oraciones, ¿por qué no hace que usted se encomiende a nuestro gran San Nicolás? Ése sería el santo al que yo le rezaría para conseguir marido.

—Tal vez mi mente estaría menos confundida –dijo Matilda–, si mi madre me explicara sus razones. Pero es el misterio con el que actúa que me inspira este… no sé cómo llamarlo. Ella nunca actúa por capricho, estoy segura de que hay algún fatal secreto en el fondo. No sé lo que es. En la agonía de su pena por la muerte de mi hermano, ella me dijo unas palabras muy sugestivas.

—¡Oh, querida señora! –exclamó Bianca–, ¿cuáles fueron?

—No –respondió Matilda–. Si un padre deja escapar palabras que desearía no haber dicho, no es asunto de los hijos repetirlas.

—¿Cómo? ¿Se arrepintió de lo que dijo? –preguntó Bianca–. Señora, sin duda usted puede confiar en mí…

—Cuando se trate de alguno de mis propios secretitos, si es que los tengo, lo haré –dijo Matilda–. Pero nunca con los de mi madre. Un hijo no debe tener ni orejas ni ojos más que para lo que su progenitor mande.

—¡Bueno! Desde luego, señora, usted nació para ser una santa –dijo Bianca– y nadie puede resistirse a la propia vocación. Al fin y al cabo acabará en un convento. Pero mi señora Isabella no se muestra tan reservada conmigo. Me deja hablarle de hombres jóvenes y cuando un guapo caballero vino al castillo ella me confió que desearía que su hermano Conrad se pareciera más a él.

—Bianca, no voy a permitirte que hables de mi amiga de manera irrespetuosa. Isabella tiene un carácter alegre, pero su alma es tan pura como la virtud misma. Ella conoce tu gusto por los balbuceos ociosos, y quizá alguna vez lo haya alimentado para distraer la melancolía y aliviar la soledad en la que mi padre nos mantiene.

—¡Virgen santa! –dijo Bianca levantándose– ¡Acá va otra vez! Querida señora, ¿no lo oye? ¡Sin duda este castillo está encantado!

—¡Silencio! –exclamó Matilda– ¡Escucha! Creo que oigo una voz… pero debe ser mi imaginación. Supongo que me he contagiado de tus miedos.

—¡De verdad! ¡De verdad, señora! –dijo Bianca, casi llorando de la angustia–. Estoy segura de haber oído una voz.

—¿Alguien descansa en la habitación de abajo? –preguntó la princesa.

—Nadie se ha atrevido a ir allá desde que el gran astrólogo, el tutor de su hermano, se ahorcó en ella –respondió Bianca–. Sin duda, señora, su fantasma y el del joven príncipe ahora se han encontrado en la habitación de abajo. ¡Por todos los cielos! ¡Huyamos al aposento de su madre!

—Te ordeno no crear revuelo –dijo Matilda–. Si se trata de almas en pena, podemos calmar su sufrimiento con nuestras preguntas. No van a hacernos daño, pues no las hemos ofendido. Y si lo hicieran, ¿estaríamos más seguras en una habitación que en otra? Pásame mi rosario, haremos una oración y luego les hablaremos.

—¡Oh, querida señora! Por nada del mundo hablaría yo con un fantasma.

Mientras decía esas palabras, oyeron cómo se abría la ventana de la pequeña habitación de abajo. Escucharon atentamente y, a los pocos minutos, creyeron oír a alguien cantar, pero no pudieron distinguir las palabras.

—No puede ser un espíritu malvado –dijo la princesa en voz baja–. Sin duda es alguien de la casa. Abre la ventana y reconoceremos su voz.

—No me atrevo, señora.

—Eres muy tonta –dijo Matilda abriendo la ventana de manera suave.

Sin embargo, algo debió oír la persona abajo pues cesó el canto.

—¿Hay alguien ahí? –preguntó la princesa–. Si es así, hable.

—Sí –respondió la voz desconocida.

—¿Quién es? –preguntó Matilda.

—Un forastero –respondió la voz.

—¿Qué forastero? –insistió ella–. ¿Cómo ha llegado a esta hora insólita cuando todas las puertas del castillo están cerradas?

—No estoy acá por voluntad –respondió la voz–. Pero perdóneme, señora, si he interrumpido su descanso. Ignoraba que alguien me oía. El sueño me ha abandonado. Dejé un lecho incómodo y vine a perder las tediosas horas contemplando la bella proximidad de la mañana, impaciente por ser despachado de este castillo.

—Sus palabras y tono son melancólicos. Si es infeliz, me compadezco –observó Matilda–. Si la pobreza lo aflige, déjame saberlo. Se lo diré a la

princesa Hippolita, cuya alma caritativa se derrite por los que están en apuros y ella podrá ayudarlo.

—Sí que soy infeliz –reconoció el forastero– y no sé lo que es la riqueza. Pero no me quejo de la suerte que el cielo me ha dado. Soy joven, estoy sano y no me avergüenzo de ganarme el sustento. No piense que soy orgulloso o que rechazo su generosa oferta. Siempre la recordaré en mis oraciones y rezaré para que caigan bendiciones sobre su cortés persona y su noble señora. Si suspiro es por otros, no por mí.

—Ya sé de quien se trata, señora –le susurró Bianca a la princesa–. Sin duda, éste es el joven campesino e intuyo en mis entrañas que está enamorado. ¡Bueno! ¡Qué encantadora aventura! Deje que lo interroguemos. Él no la conoce, pero la toma por una de las doncellas de la señora Hippolita.

—¿No te da vergüenza, Bianca? –recriminó la princesa–. ¿Qué derecho tenemos de entrometernos en los secretos del corazón de este joven? Parece virtuoso y sincero y nos dice que es infeliz. ¿Esas circunstancias nos autorizan a utilizarlo? ¿Qué derecho tenemos a su confianza?

—¡Dios mío, señora! ¡Qué poco sabe del amor! –contestó Bianca–. Los enamorados no encuentran placer mayor que el de hablar de sus amadas.

—¿Y pretendes hacer de *mí* la confidente de un campesino?

—Bueno, entonces déjeme hablarle –dijo Bianca–. Aunque tenga el honor de ser la dama de su alteza, no siempre he tenido una posición tan elevada. Además, si el amor nivela los rangos, también los eleva. Siento respeto por cualquier hombre joven enamorado.

—¡Silencio, bobalicona! –interrumpió la princesa–. Aunque dijo que era infeliz, eso no significa que esté enamorado. Piensa en todo lo que ha pasado hoy y dime si no hay otras desgracias diferentes a las causadas por amor.

»Forastero –continuó la princesa–, si el culpable de sus desgracias no es usted y la solución está dentro del poder de la princesa Hippolita, voy a encargarme de que ella sea su protectora. Cuando sea despachado del castillo, busca al santo padre Jerome en el convento cerca de la iglesia de San Nicolás y cuéntale tu historia tan pronto como se encuentren. Él no fallará en informarle a la princesa, que es como una madre para todos quienes buscan su ayuda. Hasta luego. No es correcto que continúe sosteniendo una conversación con un hombre en esta hora extraña.

—¡Qué los santos la protejan, gentil dama! –respondió el campesino–. Pero, ¡oh!, si un pobre forastero sin mérito alguno puede atreverse a rogarle un minuto más de audiencia. ¿Tan dichoso soy? ¡La ventana aún no se ha cerrado! Puedo aventurarme a preguntar…

—Habla rápido –dijo Matilda– los albores de la mañana se apresuran. Si los trabajadores llegan a los campos nos vieran… ¿Qué quiere preguntar?

—No sé cómo… no sé si me atrevo –titubeó el joven forastero–. Aún así la bondad con la que me has hablado me anima… ¡Señora! ¿puedo confiar en usted?

—¡Cielos! –exclamó Matilda–. ¿Qué quiere decir? ¿Qué pretende confiarme? Hable con valentía, si su secreto es digno de este corazón virtuoso.

—Quisiera saber –dijo el campesino, recordando– si lo que he oído de los sirvientes es cierto y la princesa ha desaparecido del castillo.

—¿Qué le importa? –respondió Matilda–. Sus primeras palabras eran prudentes y serias. ¿Ha venido hasta aquí a entrometerse en los secretos de Manfred? *Adieu*. Me he equivocado con usted.

Diciendo estas palabras, cerró la ventana con afán sin darle al joven tiempo para responder.

—Hubiera sido más sabia –le dijo la princesa a Bianca, con algo de agudeza– si hubiera dejado que conversaras con este campesino. Su curiosidad se parece a la tuya.

—No es mi lugar discutir con su alteza –respondió Bianca–, pero tal vez yo le hubiese formulado preguntas más adecuadas que las que usted se dignó a dirigirle.

—¡Oh, sin duda eres una persona muy discreta! –replicó Matilda– ¿Podría saber qué le hubieras preguntado?

—A menudo el espectador puede ver mejor el juego que aquellos que lo están jugando –respondió Bianca–. ¿Cree su alteza que esa pregunta sobre mi señora Isabella fue producto de la mera curiosidad? No, no, allí hay más de lo que ustedes, los grandes señores, se dan cuenta. López me contó que todos los sirvientes creen que este joven ayudó a escapar a mi señora Isabella. Ahora, le ruego que observe. Usted y yo sabemos que a Isabella nunca le gustó su hermano, el príncipe. ¡Bueno!, pues lo asesinaron justo en un minuto crítico… no acuso a nadie. Un yelmo cae de la luna, así lo dice mi señor, su padre, pero López y los otros sirvientes afirman que este avispado joven es un mago y que robó el yelmo de la tumba de Alfonso.

—Termina con esta rapsodia de impertinencias –dijo Matilda.
—Sí señora, como guste –replicó Bianca–. Pero es muy particular que mi señora Isabella desaparezca este mismo día y que a este joven hechicero lo hayan encontrado al pie de la trampilla. No acuso a nadie, pero si la muerte de mi joven señor hubiera sido natural…
—No te atrevas a albergar una sola duda sobre la pureza de la reputación de mi querida Isabella.
—Pura o no pura –dijo Bianca–, está desaparecida. Encuentran a un forastero que nadie conoce, usted misma lo interroga y él le dice que está enamorado o que está infeliz, que es la misma cosa. Admitió ser infeliz por causa ajena y ¿quién es infeliz por culpa de otros, a menos que esté enamorado? Y lo siguiente que hace es preguntar inocentemente, pobre alma, si mi señora Isabella ha desaparecido.
—Sin duda tus observaciones no carecen completamente de fundamento. La huida de Isabella me sorprende y la curiosidad del forastero es muy peculiar. Aún así, Isabella nunca me ha ocultado un pensamiento.
—Eso fue lo que ella le dijo para poder pescar sus secretos. Pero quien sabe, señora, si este forastero es un príncipe disfrazado. Déjeme abrir la ventana y hacerle unas pocas preguntas.
—No –respondió Matilda–. Se lo preguntaré yo misma. Si sabe algo de Isabella, no será digno de que converse más con él.
Cuando iba a abrir la ventana, escucharon el doblar de una campana en la puerta trasera del castillo, a la derecha de la torre donde Matilda descansaba. Esto impidió que la princesa renovara la conversación con el forastero. Después de pasar un tiempo en silencio le dijo a Bianca
—Estoy convencida de que cualquiera que sea la causa de la huida de Isabella, fue un motivo importante. Si este forastero fue su auxiliar, ella debe estar satisfecha con su fidelidad y valor. Noté que sus palabras estaban impregnadas con un inusual tono de piedad. ¿No te parece así, Bianca? No se trataba del discurso de un rufián. Sus frases eran las de un hombre de cuna noble.
—Se lo dije, señora –respondió Bianca–. Estoy segura de que es un príncipe disfrazado.
—Si estaba al tanto de su escape, ¿cómo puedes explicar que no la acompañó en su huida? ¿Por qué exponerse de manera innecesaria y precipitada a la animadversión de mi padre?

—Por lo que se refiere, si pudo salir de debajo del yelmo, encontrará la manera de eludir la ira de su padre. No dudo de que lleve consigo un talismán o algo así.

—Todo lo resuelves con magia –dijo Matilda–. Pero un hombre que tiene relaciones con espíritus infernales, no se atrevería a decirnos esas palabras extraordinarias y sagradas que pronunció. ¿No observaste con qué fervor prometió encomendarme al cielo en sus oraciones? Sí, sin duda Isabella estaba convencida de su piedad.

—¡Alaba la piedad de un joven y de una doncella que quieren fugarse para casarse! –exclamó Bianca–. No, no, mi señora Isabella es de un molde distinto al que usted cree. En su compañía, ciertamente, suspiraba y levantaba los ojos porque sabe que usted es una santa, pero cuando usted se daba vuelta…

—Te equivocas con ella –replicó Matilda–, Isabella no es una hipócrita. Tiene un verdadero sentido de la devoción y nunca ha fingido una vocación. Por el contrario, siempre combatió mi inclinación por el claustro y, aunque el misterio de su desaparición me confunde pues parece inconsistente con nuestra amistad, no puedo olvidar el cariño desinteresado con el que siempre se opuso a que tomara el velo. Ella quería verme casada, a pesar de que mi dote hubiera sido una pérdida para ella y para los hijos de mi hermano. Por su buen nombre pensaré bien de este joven campesino.

—Entonces sí cree que hay algo entre ellos –exclamó Bianca.

Mientras hablaba, un sirviente entró de manera apresurada en la habitación y le dijo a la princesa que habían encontrado a la señora Isabella.

—¿Dónde? –preguntó Matilda.

—Buscó asilo en la iglesia de San Nicolás –respondió el sirviente–. El padre Jerome ha traído las noticias él mismo. Está abajo con su alteza.

—¿Dónde está mi madre? –preguntó Matilda.

—Está en su habitación, señora, y está preguntando por usted.

Manfred se había levantado con el primer albor y había ido al aposento de Hippolita a preguntar si sabía algo de Isabella. Mientras la interrogaba, llegó la noticia de que Jerome solicitaba hablar con él. Manfred, sin sospechar la razón de la presencia del fraile y sabiendo que era empleado de las beneficencias de Hippolita, ordenó que pasara con el propósito de dejarlos solos mientras él continuaba la búsqueda de Isabella.

—¿Me necesita a mí o a la princesa? –preguntó Manfred.

—A los dos –respondió el hombre de Dios–. La señora Isabella…

—¿Qué pasa con ella? –interrumpió Manfred con entusiasmo.

—Está en el altar de San Nicolás –respondió Jerome.

—Ese no es asunto de Hippolita –dijo Manfred con confusión–. Retirémonos a mi habitación, padre, e infórmeme cómo llegó hasta allá.

—No, mi señor –respondió el buen hombre, con un aire de firmeza y autoridad que intimidó hasta al decidido Manfred, quien no pudo dejar de admirar las virtudes de santo que tenía Jerome–. Mi compromiso es con los dos y, con la aprobación de su alteza, en la presencia de ambos daré la noticia. Pero primero, mi señor, debo preguntarle a la princesa si ella conoce la causa del retiro de Isabella del castillo.

—No, por mi alma –dijo Hippolita–. ¿Acaso Isabella me acusa de estar al tanto?

—Padre –interrumpió Manfred–, con el debido respeto a su sagrada profesión, el soberano acá soy yo y no permitiré que un sacerdote entrometido interfiera en los asuntos de mi casa. Si usted tiene algo que decir, lo atenderé en mi habitación. No acostumbro a que mi esposa conozca los asuntos secretos de mi propiedad. Ésas no son cosas de mujeres.

—Mi señor –dijo el hombre de Dios– no me inmiscuyo en los secretos de las familias. Mi oficio es promover la paz, sanar las diferencias, predicar arrepentimiento y enseñar a los hombres a contener sus pasiones testarudas. Le perdono a su alteza el duro comentario, pero sé cuál es mi deber y soy ministro de un príncipe más poderoso que Manfred. Escuche a Aquel que está hablando a través de mi cuerpo.

Manfred temblaba de ira y vergüenza. El semblante de Hippolita mostraba sorpresa e impaciencia por saber dónde terminaría esto, sin embargo, su silencio era más fuerte y mostraba su obediencia a Manfred.

—La señora Isabella –continuó Jerome– se encomienda a sus altezas. Les agradece la amabilidad con la que ha sido tratada en el castillo, deplora la pérdida de su hijo y la desgracia de no convertirse en la hija de unos príncipes tan sabios y nobles, a quien respeta como si fueran «sus padres». Reza por una unión eterna y feliz entre ustedes –el color de Manfred cambió– pero para ella no es posible continuar con sus majestades. Les suplica la autorización para quedarse en la iglesia, hasta que tenga noticias de su padre. En caso de que haya muerto, busca la aprobación de sus guardianes para reclamar su libertad y entregarse a un matrimonio que le convenga.

—Yo no daré tal autorización –dijo el príncipe–. Insisto en su regreso al castillo sin retraso. Soy responsable por ella ante sus guardianes y no admitiré que esté en otras manos que no sean las mías.

—Su alteza entenderá que eso ya no es conveniente –respondió el fraile.

—No necesito amonestaciones –dijo Manfred, sonrojándose–. La conducta de Isabella deja campo para extrañas sospechas. Y ese joven villano cuando menos fue cómplice de su huida, si no la causa de ella…

—¡La causa! –interrumpió Jerome– ¿fue *un joven* la causa?

—¡Esto es intolerable! –exclamó Manfred–. ¿Un monje insolente me va a acusar en mi propio palacio? Aunque usted, supongo, debe estar al tanto de sus amoríos.

—Le pediré al cielo que despeje sus crueles conjeturas. Su alteza no es consciente de la manera tan injusta en la que me acusa. Le pido al cielo que perdone su crueldad y le imploro a su alteza que deje en paz a la princesa en ese lugar sagrado, donde no estará propensa a ser molestada por fantasías mundanas y tan vanas como lo son las palabras de amor de un hombre.

—No puede sino traer a la princesa para que cumpla con su deber –dijo Manfred.

—Y el mío es evitar que regrese –dijo Jerome–. Está en el lugar donde se protegen a los huérfanos y a las doncellas de las trampas y artimañas de este mundo y nada, salvo la autoridad de un padre, la sacará de allá.

—Yo soy su padre –exclamó Manfred– y exijo que esté acá.

—Ella quería tenerlo a usted como padre –dijo el fraile–, pero el cielo, que ha impedido ese parentesco, ha disuelto para siempre los vínculos que los unían, y le anuncio a su alteza…

—Deténgase, atrevido –exclamó Manfred– y tema mi disgusto.

—Santo padre –dijo Hippolita–, es condición de su oficio no temer a nadie. Ha de decir lo que su deber ordena, pero es el mío no escuchar nada que a mi señor no le plazca que yo oiga. Atienda al príncipe en su habitación. Me retiraré al oratorio y rezaré a la Santísima Virgen para que lo inspire con sagrados consejos para que restaure la paz y la amabilidad en el corazón de mi gentil señor.

—Excelentísima mujer –dijo el fraile–. Señor, espero sus órdenes.

Acompañado por el fraile, Manfred entró en su aposento y cerró la puerta.

—Percibo, padre, que Isabella lo ha puesto al tanto de mis intenciones. Ahora, escuche mi resolución y obedezca. Razones de estado, razones muy

urgentes de mi propia seguridad y de mi pueblo, exigen que tenga un hijo. Resulta en vano esperar un heredero de Hippolita y por eso he escogido a Isabella. Usted debe traerla y hacer algo más. Conozco la influencia que ejerce sobre Hippolita: su conciencia está en sus manos. Ella es, si se me permite decirlo, una mujer sin tacha. Su alma ya está en el cielo y desprecia el mezquino esplendor de este mundo. Usted podría retirarla completamente de él. Convénzala de que autorice la disolución de nuestro matrimonio para que se vaya al convento… podría fundar uno si así lo quisiera y tendría los medios para ser tan generosa con su orden como usted y ella lo deseen. Así apartará las calamidades que se suspenden sobre nuestras cabezas y tendrá el mérito de salvar de la destrucción al principado de Otranto. Usted es un hombre prudente y, a pesar de que el ardor de mi temperamento me ha traicionado con expresiones impropias, honro su virtud y deseo estarle en deuda por recuperar el sosiego en mi vida y la conservación de mi familia.

—¡Qué se haga la voluntad del cielo! –dijo el fraile–. No soy sino un instrumento inútil. Él usa mi lengua para señalar, príncipe, sus injustificables designios. Las ofensas a la virtuosa Hippolita han llegado hasta el trono de la piedad. Lo reprendo por su intención adúltera de repudiarla y le advierto que no persiga el incestuoso plan de casarse con su hija. El cielo la ha salvado de su furia, cuando las pruebas a las que ha sido sometida tan recientemente en esta casa deberían haberle inspirado otros pensamientos, y seguiré cuidándola. Aún yo, un pobre e insignificante fraile, soy capaz de protegerla de su violencia. Yo, pecador como soy, he sido cruelmente agraviado por su alteza como cómplice de no sé que amores. Desprecio los halagos con los que busca tentar mi honestidad. Amo mi orden, honro almas devotas, respeto la piedad de la princesa pero no traicionaré la confianza que ha puesto en mí, ni serviré la causa de la religión con complacencias bajas y pecaminosas. ¡De hecho, el bienestar del Estado depende de que su alteza tenga un hijo! El cielo se burla de la corta visión que tiene el hombre. Ayer no más, ¿cuál casa era más grandiosa y próspera que la de Manfred? ¿Dónde está el joven Conrad ahora? Mi señor, respeto sus lágrimas, pero no es mi intención verificarlas. ¡Déjelas salir, príncipe! Pesarán más ante el cielo para procurar el bienestar de sus súbditos, que lo que puede pesar un matrimonio fundamentado en la lujuria o la política y que no prosperará. El cetro, que pasó de la estirpe de Alfonso a la suya, no puede ser conservado por medio de una unión que la Iglesia nunca permitirá. Si es la voluntad del Altísimo que el nombre de Manfred

perezca debe resignarse, mi señor, a sus decretos. Usted merece una corona que no le podrán quitar de ninguna manera. Venga, mi señor, me complace esta pena. Volvamos donde la princesa. Ella no se ha enterado de sus crueles intenciones y no quiero alarmarla. Usted vio con qué gentil paciencia, con qué amoroso esfuerzo escuchó y rechazó saber el alcance de su culpa. Sé que ella desea tenerlo entre sus brazos y le garantizo su inalterable cariño.

—Padre –dijo el príncipe– se equivoca frente a mi pesadumbre. De verdad honro las virtudes de Hippolita. Creo que es una santa y desearía, por la salud de mi alma, estrechar el lazo que nos ha unido. Pero, ¡ay, padre, usted no conoce mis más amargas congojas! Hace algún tiempo tengo recelo sobre lo legítimo de nuestra unión. Hippolita es mi familiar en cuarto grado. Es cierto, tuvimos una exoneración, pero me han informado que ella fue prometida de otro. Esto me pesa en el corazón. ¡A este matrimonio ilegal atribuyo la desgracia que ha caído sobre mí con la muerte de Conrad! Libre mi conciencia de esta carga, disuelva nuestro matrimonio y cumpla la bondadosa tarea que sus divinas exhortaciones han comenzado a hacer en mi alma.

¡Qué mordaz fue la angustia que el buen hombre sintió cuando percibió este cambio en el astuto príncipe! Tembló por Hippolita, a cuya ruina lo veía decidido, y temió que si Manfred desistía de recuperar a Isabella su impaciencia por tener un hijo lo llevaría a otra que no se mostrara tan insensible a la tentación del rango del príncipe. Por unos momentos el hombre de Dios permaneció absorto en sus pensamientos. Al final, concluyó que el retraso le daría alguna esperanza y pensó que la conducta más sabia sería evitar que el príncipe se desesperara por recuperar a Isabella. El fraile sabía que podía contar con ella debido al cariño que sentía por Hippolita y la aversión a los llamados que Manfred le había manifestado. Secundaría, pues, sus propósitos hasta que la Iglesia fulminara con sus censuras el divorcio. Con esta intención, y como si lo impresionaran los escrúpulos del príncipe, finalmente dijo:

—Mi señor, he estado reflexionando sobre lo que su alteza ha dicho. Si en verdad la fragilidad de la conciencia es el motivo real de la repugnancia que siente hacia su virtuosa dama, estoy lejos de esforzarme en endurecer su corazón. La Iglesia es una madre indulgente. Despliegue sus penas hacia ella pues sólo ella puede administrar consuelo a su alma, ya sea complaciendo su conciencia o, tras examinar sus dudas, dejarlo libre para

permitir los medios legales que continúen su linaje. En este último caso, si Isabella accediera…

Manfred, que concluyó que había convencido al buen hombre o que su primer arranque había sido un tributo pagado a la apariencia, se regocijó con este cambio repentino y repitió las promesas más generosas si llegara a tener éxito gracias a la mediación del fraile. El bien intencionado sacerdote permitió que se engañara, determinado a interponerse en sus planes en vez de secundarlos.

—Como ahora nos entendemos –continuó el príncipe– espero, padre, que me complazca en un punto. ¿Quién es el joven que encontré en la bóveda? Estaba al tanto de la huida de Isabella. Dígame la verdad, ¿es su amante o el intermediario de otro amor? He sospechado de la indiferencia de Isabella hacia mi hijo, miles de circunstancias pasan por mi mente que confirman esa sospecha. Ella misma estaba tan consciente de esto que, mientras le hablaba en la galería, las anticipó y se esforzó en aducirle su frialdad a Conrad.

El fraile, que no sabía nada del joven salvo lo que por encima le había dicho la princesa, ignoraba lo que había sido de él. Sin reflexionar lo suficiente sobre el impetuoso temperamento de Manfred, pensó que no sería incorrecto plantar las semillas de los celos en su mente. Tal vez servirían de algo después, ya fuera si el príncipe persistía en esa unión, indisponiéndolo contra Isabella o distrayendo su atención al lugar equivocado. Empleó sus pensamientos en una ilusoria intriga que evitaría que se lanzara a una nueva búsqueda. Con esta desafortunada política, respondió de una manera que confirmó la idea de Manfred que había algún vínculo entre Isabella y el joven. El príncipe, cuyas pasiones necesitaban muy poco combustible para arder, entró en ira ante la idea sugerida por el fraile.

—Desentrañaré el fondo de esta intriga –exclamó Manfred.

Y dejó a Jerome abruptamente, ordenándole que se quedara ahí hasta que volviera. Se apuró hacia el gran salón del castillo y ordenó que trajeran al campesino ante él.

—¡Impostor despiadado! –dijo el príncipe, tan pronto como vio al joven–. ¿Qué pasó con la sinceridad de la que alardeabas? ¿Fueron la Providencia y la luz de la luna las que descubrieron el candado de la trampilla? Dime, niño atrevido, quién eres y cuánto tiempo llevas conociendo a la princesa. Y tómate el trabajo de responder con menos

engaños que los que me dijiste anoche, o haré que las torturas te expriman la verdad.

El joven comprendió que se había descubierto su participación en el escape de la princesa y, concluyendo que nada de lo que dijera podría beneficiarla o perjudicarla, respondió:

—No soy ningún impostor, mi señor, ni merezco ese lenguaje deshonroso. He respondido cada pregunta que su alteza me hizo anoche con la misma honestidad con la que hablaré ahora. Y no será por miedo a sus torturas, sino porque mi alma aborrece la falsedad. Le pido que repita sus preguntas, mi señor. Estoy listo para complacerlo como pueda.

—Ya conoces mis preguntas –replicó el príncipe– y sólo quieres tiempo para preparar evasivas. Habla con franqueza; ¿Quién eres? Y ¿desde hace cuánto tiempo conoces a la princesa?

—Soy un trabajador de la aldea vecina –dijo el campesino–. Mi nombre es Theodore y la princesa me encontró en la bóveda anoche. Antes de ese momento nunca la había visto.

—Puedo creerte tanto o tan poco como me plazca –dijo Manfred–, pero escucharé tu historia antes de examinar su veracidad. Dime, ¿qué razón te dio la princesa para su escape? Tu vida depende de esa respuesta.

—Me dijo que estaba al borde de la destrucción –respondió Theodore– y que si no podía escapar del castillo, estaba en peligro de ser miserable por siempre.

—¿Y con el escaso fundamento de la versión de una niña tonta corriste el riesgo de disgustarme?

—No temo al disgusto de ningún hombre –respondió Theodore– cuando una mujer en peligro busca mi protección.

Mientras ocurría el interrogatorio, Matilda iba al aposento de Hippolita. En el extremo superior del salón donde Manfred estaba sentado, se encontraba una galería con ventanas cubiertas con tablas por donde Matilda y Bianca pasaron. Escucharon la voz del padre y, viendo a los sirvientes reunidos a su alrededor, se detuvieron para ver qué pasaba. De repente el prisionero llamó su atención. Los modales calmados, la compostura con la que respondía y la galantería de su última respuesta, que fueron las primeras palabras que ella pudo distinguir, hicieron que se interesara por él. Era noble, apuesto e imponente, aún en esa situación. Sin embargo, fue su semblante el que pronto se llevó todo su cariño.

—¡Cielos, Bianca! –dijo la princesa suavemente–. ¿Estoy soñando o ese joven es la viva imagen del retrato de Alfonso que está en la galería?

No pudo seguir, pues la voz de su padre se hacía más fuerte con cada palabra.

—Esta bravuconería sobrepasa tus anteriores insolencias. Sentirás sobre ti la ira de quien se atreve a jugar conmigo. Atrápenlo y amárrenlo. Las primeras noticias que la princesa oirá sobre su héroe serán que perdió la cabeza por ella.

—La injusticia que cometes conmigo –dijo Theodore– me convence de que hice bien al salvar a la princesa de tu tiranía. ¡Ojalá sea feliz, sin importar lo que suceda conmigo!

—¡Eres su amante! –exclamó Manfred con ira–. Un campesino no es animado por esos sentimientos ante la muerte. Dime, niño temerario, quién eres o te retorceré hasta sacarte tu secreto a la fuerza.

—Ya me has amenazado de muerte, a pesar de haber dicho la verdad. Si ese es el estímulo que recibo por mi honestidad, no me siento tentado a complacer más tu curiosidad vana.

—Entonces ¿no vas a hablar? –preguntó Manfred.

—No lo haré –respondió Theodore.

—Llévenlo al patio –ordenó Manfred–, ahora quiero ver su cabeza separada de su cuerpo.

Matilda se desmayó al escuchar estas palabras. Bianca chilló y exclamó:

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡La princesa está muerta!

Sobresaltado por esta afirmación, Manfred exigió saber qué pasaba. El joven campesino, que también la escuchó, quedó horrorizado y preguntó impaciente lo mismo. Manfred ordenó que llevaran al prisionero al patio y que lo dejaran ahí hasta su ejecución, mientras él averiguaba las causas de los chillidos de Bianca. Cuando las supo, pensó que solo se trataba de pánico femenino y ordenó que Matilda fuera llevada a su aposento. Corrió hasta el patio y llamó a uno de sus guardias, empujó a Theodore y lo obligó a arrodillarse y prepararse a recibir el golpe mortal.

El impávido joven recibió la amarga sentencia con una resignación que conmovió todos los corazones salvo el de Manfred. Él deseaba sinceramente conocer el significado de las palabras que había oído sobre la princesa, pero tuvo miedo de exasperar más al tirano y desistió. El único beneficio que se dignó a pedir fue que se le permitiera tener un confesor y hacer las paces con el cielo. Manfred, que esperaba saber la historia del

joven por medio del confesor, rápidamente le concedió su deseo convencido de que el padre Jerome ahora seguía sus intereses y le ordenó que llamara y confesara al prisionero. El hombre de Dios, que no había previsto la catástrofe que su imprudencia había causado, cayó de rodillas ante el príncipe y le rogó de la manera más solemne que no derramara sangre inocente. Se acusó a sí mismo, en los términos más amargos, por su indiscreción y se esforzó en disculpar al joven. No escatimó en medios para suavizar la ira del tirano. Manfred, más enfurecido que aliviado por la intercesión de Jerome, cuyo arrepentimiento ahora lo hacía sospechar de que había sido engañado por ambos, ordenó al fraile hacer su trabajo, advirtiéndole que no le concedería mucho tiempo para la confesión del prisionero.

—No pido mucho, mi señor –dijo el desdichado joven–. Mis pecados, gracias al cielo, no son numerosos ni exceden lo que se atribuye a mi edad. Séquese las lágrimas, buen padre, y acabemos cuanto antes. Este mundo es malo y no tengo razones para arrepentirme de abandonarlo.

—¡Oh desdichado joven! –dijo Jerome–. ¿Cómo puedes tenerme frente a ti y soportar con paciencia verme? ¡Soy tu asesino! ¡Soy quien ha hecho que esta hora funesta caiga sobre ti!

—Te perdono con mi alma –dijo el joven– como espero que el cielo me perdone a mí. Escucha mi confesión, padre, y dame tu bendición.

—¿Cómo puedo prepararte para tu tránsito? –preguntó Jerome–. No puedes salvarte sin perdonar a tus enemigos. ¿Puedes perdonar a ese hombre impío?

—Puedo –respondió Theodore–. Lo perdono.

—¿Esto no te conmueve, príncipe cruel? –preguntó el fraile.

—Mandé a llamarte para que lo confesaras –dijo Manfred de manera severa–, no para que ruegues por él. Tú fuiste quien me predispuso en su contra. ¡Su sangre queda en tu conciencia!

—¡Quedará! ¡Quedará! –exclamó el buen hombre, con agonía por la pena–. ¡Tú y yo no esperaremos ir a donde irá este joven bendito!

—Despáchalo –dijo Manfred–. No me conmoverán los lloriqueos de un sacerdote ni los chillidos de una mujer.

—¡Cómo! –exclamó el joven–. ¿Es posible que mi destino haya ocasionado lo que oigo? ¿Está la princesa otra vez en tu poder?

—Solo me recuerdas la razón de mi ira –dijo Manfred–. Prepárate, pues este es tu último momento.

El joven sintió que su indignación crecía y se conmovió con el dolor que se infundía en los espectadores y en el fraile. Se sobrepuso a sus emociones y, quitándose la camisola y desabotonándose el cuello de la camisa, se arrodilló para orar. Al inclinarse, la camisa se deslizó por el hombro y descubrió la cicatriz de una flecha sanguinaria.

—¡Cielo santo! –exclamó el hombre de Dios, levantándose–. ¿Qué es lo que veo? ¡Es mi hijo! ¡Mi Theodore!

Las intensas emociones que siguieron deben ser imaginadas, pues no pueden ser descritas. Las lágrimas de los asistentes fueron interrumpidas por el asombro, más que por la alegría. Parecían preguntar a su señor, buscando la respuesta en sus ojos, lo que tenían que sentir. Sorpresa, duda, ternura, respeto, una a una pasaban por el rostro del joven, quien recibió con modesta sumisión la efusividad de las lágrimas y los abrazos del viejo. Temeroso de despertar esperanza, y sospechando que nada cambiaría la inflexibilidad del temperamento de Manfred, dio un vistazo hacia el príncipe como diciéndole, ¿acaso no te conmueve una escena como ésta?

El corazón de Manfred era capaz de conmoverse. La sorpresa lo hizo olvidarse de la ira, aunque su orgullo le prohibió admitir que estaba afectado. Incluso dudó si este descubrimiento era un ardid del fraile para salvar al joven.

—¿Qué significa esto? –preguntó–. ¿Cómo puede ser tu hijo? ¿Es propio de tu oficio o de tu santa reputación reconocer la prole de una campesina, fruto de amoríos pecaminosos?

—¡Dios mío! ¿Cómo puedes dudar que es mi hijo? ¿Podría sentir esta angustia si no fuera su padre? ¡Sálvelo, buen príncipe! ¡Sálvelo! Y haga conmigo lo que le plazca.

—¡Sálvelo! ¡Sálvelo! ¡Por el buen nombre de este hombre! –exclamaron los presentes.

—¡Callen! –dijo Manfred, con dureza–. Para estar dispuesto a perdonar debo saber más. El bastardo de un santo puede que no sea un santo.

—¡Señor ofensivo! –exclamó Theodore–. No le sume insultos a su crueldad. Si soy el hijo de este hombre venerable, aunque no sea un príncipe como lo es usted, la sangre que corre por mis venas…

—Sí –lo interrumpió el fraile– su sangre es noble y no es una cosa miserable, mi Señor, como usted dice. Es mi hijo legítimo y Sicilia puede jactarse de tener casas más antiguas que Falconara. Pero, ¡ay, mi señor! ¿Qué es la sangre? ¿Qué es la nobleza? Todos somos reptiles, criaturas

miserables y pecadoras. Solo la piedad puede diferenciarnos del polvo de donde venimos y en el cual nos convertiremos.

—Corta tu sermón –dijo Manfred–. Se te olvida que ya no eres el fraile Jerome, sino el Conde de Falconara. Hazme saber tu historia. Tendrás tiempo para hacer moralejas después, si no obtienes la gracia de ese recio criminal.

—¡Madre de Dios! –exclamó el fraile–. ¿Es posible que mi señor se niegue a proteger la vida de mi único hijo perdido? Pisotéeme, señor, desprécieme, aflíjame, acepte mi vida por la de él, pero ¡salve a mi hijo!

—¡Puede entender, entonces, lo que se siente perder al único hijo! –dijo Manfred–. Hace menos de una hora me predicaba sobre resignación. Si el destino así lo quería, mi casa debía perecer. Pero el conde de Falconara…

—¡Ay, mi señor! –dijo Jerome– confieso que lo he ofendido pero no insulte el sufrimiento de un hombre viejo. No me jacto de mi familia, ni pienso en esas vanidades… es la naturaleza que pide por este niño. Es el recuerdo de la querida mujer que lo llevó en sus entrañas. ¿Está muerta, Theodore?

—Su alma hace mucho tiempo descansa con los bienaventurados –dijo Theodore.

—¡Oh! ¿Cómo? –exclamó Jerome– dime… no… ¡ella es feliz! Estás bajo mi cuidado ahora… Temido señor, ¿podría usted concederme la vida de mi pobre hijo?

—Regresa al convento –respondió Manfred– conduce a la princesa hasta acá, obedéceme en lo que ya sabes y te prometo salvar la vida de tu hijo.

—¡Oh, mi señor! –respondió Jerome–, ¿es mi honestidad el precio que debo pagar para que este querido joven esté a salvo?

—Por mí, déjame morir mil muertes antes de manchar tu conciencia –exclamó Theodore–. ¿Qué es lo que el tirano quiere? ¿Está la princesa a salvo de su poder? Protégela, hombre venerable, y deja que todo el peso de su ira caiga sobre mí.

Jerome se esforzó en contener la impetuosidad del joven y, antes de que Manfred pudiera responder, se oyó el galopar de los caballos y sonó, de repente, el toque de la trompeta de bronce que colgaba en la puerta del castillo. En ese mismo instante, las plumas azabaches del yelmo encantado, que todavía permanecían en el otro extremo del patio, se agitaron tempestuosamente y asintieron tres veces, como si un invisible portador hiciera reverencias.

Capítulo III

El corazón de Manfred dio un vuelco cuando contempló el penacho del yelmo milagroso que se agitaba al compás de la trompeta de bronce.

—¡Padre! –le dijo a Jerome, a quien dejó de tratar como el Conde de Falconara–, ¿qué significan estos presagios? Si he ofendido… –las plumas se sacudieron con mayor violencia–. Soy un príncipe desdichado. ¡Padre santo!, ¿no me ayudará con sus oraciones?

—Mi señor –respondió Jerome– sin duda el cielo está disgustado con su burla hacia sus sirvientes. Entréguese a la Iglesia y deje de perseguir a sus ministros. Deje a este joven inocente y aprenda a respetar mi ministerio. Con el cielo no se juega.

La trompeta sonó otra vez.

—Reconozco que me he apresurado –dijo Manfred–. Padre, vaya hasta la reja y pregunte quién está en la puerta.

—¿Me concede la vida de Theodore? –preguntó el fraile.

—Sí –respondió Manfred–. Pero pregunte quién está afuera.

Jerome se echó sobre el cuello de su hijo y dejó salir un torrente de lágrimas que expresó el gozo en su alma.

—Prometió ir a la puerta –dijo Manfred.

—Pensé que su alteza me permitiría primero mostrarle gratitud con este impulso de mi corazón –respondió el fraile.

—Vaya, queridísimo señor –dijo Theodore–, obedezca al príncipe. Yo no merezco que retrase sus deseos.

Jerome preguntó en la puerta quién era.

—Un heraldo –obtuvo como respuesta.

—¿De quién?

—Del caballero del sable gigante –respondió el heraldo–. Debo hablar con el usurpador de Otranto.

Jerome volvió a donde el príncipe y repitió el mensaje con las mismas palabras que habían sido pronunciadas. La primera frase aterrorizó a

Manfred, pero cuando escuchó que lo llamaban usurpador su rabia se avivó y renació todo su coraje.

—¡Usurpador! ¡Villano insolente! –exclamó–. ¿Quién se atreve a poner en duda mi título? Retírese, padre, éste no es asunto de monjes. Yo mismo veré a ese hombre presuntuoso. Vaya al convento y prepare el regreso de la princesa. Su hijo servirá como rehén para probar su lealtad. Su vida depende de su obediencia.

—¡Cielo santo, mi señor! –exclamó Jerome–. Hace un instante su alteza perdonó a mi hijo sin condiciones. ¿Se olvidó tan pronto de la intercesión del cielo?

—El cielo no manda heraldos para discutir títulos nobiliarios legítimos –respondió Manfred–. Dudo también que dé a conocer su voluntad a través de frailes, pero ese es su asunto, no mío. Ahora mismo ya sabe cómo complacerme y no será un insolente heraldo el que salve a su hijo si usted no regresa con la princesa.

Cualquier respuesta del hombre de Dios fue en vano. Manfred ordenó que lo llevaran a la puerta trasera y que lo retiraran del castillo. Mandó a algunos de sus sirvientes a que condujeran a Theodore hasta la cima de la torre negra y que lo vigilaran estrictamente. A duras penas permitió que padre e hijo intercambiaran un abrazo apurado al despedirse. Luego se retiró al salón y se sentó en su trono de príncipe, y ordenó que hicieran pasar al Heraldo.

—¡Bueno, insolente! –dijo Manfred–. ¿Qué quieres de mí?

—Me presento ante usted, Manfred, usurpador del principado de Otranto, en nombre del reconocido e invencible caballero del sable gigante. En nombre de su señor, Frederic, Marqués de Vincenza, quien exige a la señora Isabella, hija de ese príncipe, a quien usted de manera traicionera y vil tomó en su poder sobornando a sus falsos guardianes durante su ausencia. Solicita también que usted renuncie al principado de Otranto, que ha usurpado al señor Frederic, el pariente más cercano al último señor legítimo, Alfonso el Bueno. Si usted no cumple con estas exigencias justas, lo desafía en único combate hasta las últimas consecuencias.

Y al decir esto, el heraldo dejó caer su bastón.

—¿Y dónde está el charlatán que te envía? –preguntó Manfred.

—A una legua de distancia –respondió el heraldo–. Viene a reclamar lo que le ha quitado a su señor, pues es un caballero de verdad, mientras que usted es un usurpador y un corrupto.

A pesar de la injuria, Manfred consideró que no le convenía provocar al marqués. Sabía que el reclamo de Frederic estaba fundamentado y no era la primera vez que lo oía. Los ancestros de Frederic habían asumido el título de príncipes de Otranto, pero su descendencia se había extinguido con la muerte de Alfonso el Bueno. Manfred, su padre y su abuelo, eran muy poderosos en la casa de Vincenza como para ser despachados. Frederic, un joven príncipe amoroso y guerrero, se había casado con una bella dama de quien estaba enamorado y quien había muerto al dar a luz a Isabella. Esta muerte lo había afectado tanto que tomó la cruz y partió a Tierra Santa, donde fue herido en una batalla contra los infieles, apresado y reportado como muerto. Cuando las noticias llegaron a los oídos de Manfred, él sobornó a los custodios de Isabella para que se la entregaran como esposa para Conrad y así poder unir los intereses de las dos casas. Fue ese plan el que, al morir su hijo, lo hizo decidir de repente casarse él mismo con la joven. Una idea similar lo hacía esforzarse por obtener el consentimiento de Frederic para su matrimonio. Esta política también hizo que le surgiera la idea de invitar al soldado de Frederic al castillo, antes de que fuera informado de la huida de Isabella. Por eso prohibió estrictamente a sus sirvientes que revelaran algo al séquito del caballero.

—Heraldo –dijo Manfred, tan pronto como digirió estos pensamientos–, regresa con tu amo y dile que antes de resolver nuestras diferencias por la espada, quiero conversar con él. Dile que es bienvenido en mi castillo donde, por mi fe de caballero, tendrá una recepción cortés y contará con seguridad plena para él y su séquito. Si no podemos arreglar la disputa por medios amistosos, juro que podrá marchase con garantías y que será complacido según las leyes de armas. ¡Pongo como testigo a Dios y a la Santa Trinidad!

El heraldo hizo tres reverencias y se retiró.

Mientras sucedía esta entrevista, la mente de Jerome se agitaba con miles de sentimientos contradictorios. Temía por la vida de su hijo y su primer impulso fue intentar persuadir a Isabella para que regresara al castillo, aunque no estaba menos alarmado por el pensamiento de su matrimonio con Manfred. Tenía miedo de la ilimitada sumisión de Hippolita frente a la voluntad de su señor, aunque no dudaba de que podría apelar a su fe para que no consintiera al divorcio, si lograra hablar con ella. Aún así, si Manfred descubría que él había impedido sus planes, podría ser igualmente fatal para Theodore. Estaba impaciente por saber de dónde venía el heraldo

que con tanta audacia había cuestionado el título de Manfred, pero no se atrevía a ausentarse del convento pues Isabella podría abandonarlo y el príncipe le imputaría su huida. Regresó desconsolado al monasterio, sin saber qué hacer para encontrar una solución. Un monje, que lo encontró en el porche, notó su aire melancólico y le preguntó:

—¡Ay, hermano! ¿Es verdad que hemos perdido a nuestra excelentísima princesa Hippolita?

El hombre de Dios se sorprendió y exclamó:

—¿Qué quieres decir, hermano? Vengo del castillo y la dejé en perfecto estado.

—Martelli pasó por el convento hace un cuarto de hora rumbo al castillo y reportó que su alteza estaba muerta –respondió el otro fraile–. Todos nuestros hermanos han ido a la capilla a rezar por su venturoso paso a una mejor vida, y me han pedido que espere tu llegada. Ellos saben del apego sagrado que tenías con la buena señora y están preocupados por la aflicción que te causará su muerte. Sin duda tenemos razones para llorar, era una madre para nuestra casa. Pero esta vida no es más que una peregrinación y no debemos farfullar, sino seguirla. ¡Ojalá nuestro final sea como el suyo!

—Buen hermano, estás soñando –replicó Jerome–. Te digo que vengo del castillo y dejé bien a la princesa. ¿Dónde está la señora Isabella?

—¡Pobre dama! –respondió el fraile–. Le conté las tristes noticias y le ofrecí consuelo espiritual. Le recordé lo transitorio de nuestra condición mortal y le aconsejé que tomara el velo. Cité el ejemplo de la santa princesa Sancha de Aragón.

—Tu fervor es loable pero innecesario en este momento –dijo Jerome, impaciente– Hippolita está viva. Al menos, Dios mediante, espero que así sea. No he oído nada distinto. Aunque yo creo que pueden ser cosas del príncipe. Buen hermano, ¿dónde está la señora Isabella?

—No lo sé. Lloró mucho y dijo que se retiraría a su habitación.

Jerome dejó a su camarada abruptamente y se apresuró hacia la princesa, pero ella no estaba en su habitación. Preguntó a los sirvientes del convento, pero no tuvo noticias de ella. Buscó en vano por el monasterio y la iglesia, y mandó mensajeros por el vecindario para preguntar si alguien la había visto, pero sin resultado. Nada se igualaba a la perplejidad del buen hombre. Consideró que Isabella, sospechando que Manfred había precipitado la muerte de su esposa, se había alarmado y se había escondido en un lugar aun más secreto. Esta nueva huida probablemente llevaría al extremo la

furia del príncipe. La noticia de la muerte de Hippolita, aunque parecía casi increíble, aumentó su consternación y, si bien el escape de Isabella hablaba de su aversión hacia Manfred como esposo, Jerome no encontraba consuelo en esto pues hacía que la vida de su hijo corriera peligro. Estaba decidido a volver al castillo y hacer que varios de sus hermanos de congregación lo acompañaran para atestiguar su inocencia ante el príncipe y para que intercedieran a favor de Theodore, si era necesario.

Mientras tanto, Manfred había salido al patio y había ordenado que se abrieran de par en par las puertas del castillo para recibir al extraño caballero y a su séquito. A los pocos minutos llegó la procesión. Primero aparecieron dos heraldos con varas. Luego otro, seguido por dos pajes y dos trompetas. Lo siguieron cien guardias de a pie que eran acompañados por el mismo número de caballos. Después cincuenta lacayos, vestidos de rojo y negro, los colores del caballero. A continuación un caballo de carga. Seguían dos heraldos a cada lado de un caballero montado que llevaba un estandarte con el escudo de armas de Vincenza y Otranto en cada cuarto de la insignia, detalle que ofendió a Manfred, aunque reprimió su indignación. Dos pajes más. El confesor del caballero rezando el rosario. Otros cincuenta lacayos ataviados como los anteriores. Dos caballeros vestidos con armadura completa, con los visores abajo, camaradas del caballero principal. Los escuderos de los dos caballeros, que cargaban escudos y artefactos. El escudero del caballero. Un centenar de caballeros que llevaban una espada enorme y que parecían desfallecer ante su peso. Seguía el caballero principal montado sobre un corcel castaño, con armadura completa, la lanza en posición de descanso y el rostro completamente tapado por el visor que en la parte de arriba tenía un largo penacho de plumas rojas y negras. Cincuenta guardias de a pie con tambores y trompetas cerraban la procesión, que se distribuyó hacia la derecha y hacia la izquierda para abrirle campo al caballero principal.

Tan pronto como llegó a la puerta, se detuvo. Se adelantó el heraldo que leyó nuevamente las condiciones del duelo. Los ojos de Manfred estaban fijos en la espada gigante y apenas podía prestar atención a la lectura. Pronto se distrajo por una ráfaga de viento que se levantó detrás de su espalda. Se dio la vuelta y observó cómo las plumas del yelmo encantado se agitaban de la misma manera extraordinaria como lo habían hecho anteriormente. Se precisaba de un valor como el de Manfred para no hundirse bajo este cúmulo de circunstancias que parecía anunciar su

destino. Aún así, hizo gala ante aquellos forasteros de su coraje y dijo valientemente:

—Señor caballero, quien quiera que sea, le doy la bienvenida. Si usted es mortal, su valor encontrará a un igual, y si es un verdadero caballero usted despreciará el uso de hechicería para triunfar en su propósito. Sean estos presagios del cielo o del infierno, Manfred confía en la rectitud de su causa y en la ayuda de San Nicolás, que siempre ha protegido esta casa. Desmonte, señor caballero, y descanse. Mañana usted tendrá ocasión de combatir y el cielo estará del lado más justo.

El caballero no respondió, pero desmontó y fue llevado por Manfred al gran salón del castillo. Cuando atravesaban el patio, el caballero se detuvo a contemplar el yelmo milagroso y, arrodillándose, pareció orar en silencio por algunos minutos. Se levantó e hizo una seña al príncipe para proseguir. Tan pronto como entraron al castillo, Manfred le propuso al forastero que se desarmara, pero el caballero negó con la cabeza.

—Señor caballero –dijo Manfred– esto no es cortés. Por mi buena fe no lo voy a traicionar, ni va a tener queja alguna del príncipe de Otranto. No he diseñado ninguna traición y espero lo mismo de usted. Tome mi prenda (le dio su anillo) y dígale a sus amigos que acá disfrutarán de las leyes de hospitalidad. Descanse hasta que traigan los refrescos. Daré las órdenes para la acomodación de su séquito y regresaré con usted.

Los tres caballeros hicieron una reverencia como señal de que aceptaban su cortesía. Manfred ordenó que el séquito del caballero fuera llevado a un hospicio cercano, fundado por la princesa Hippolita para acoger peregrinos. Cuando daban la vuelta al patio para regresar hacia la puerta, la espada gigantesca se escapó de las manos de quienes la llevaban y cayó en el suelo al lado del yelmo, donde quedó inamovible. Manfred, casi habituado a las apariciones sobrenaturales, superó la conmoción de este nuevo fenómeno y regresó al salón en donde, para entonces, el banquete estaba listo. Invitó a sus silenciosos huéspedes a tomar sus lugares. A pesar de estar indispuesto, Manfred tenía el corazón tranquilo y se esforzó en entretener a la compañía con júbilo. Les hizo varias preguntas, pero solo le respondieron con señas. Alzaron sus visores, pero solo lo suficiente para alimentarse, y eso lo hicieron con moderación.

—Señores –dijo el príncipe–, son los primeros huéspedes que he alojado en estas paredes que desdeñan de tener cualquier conversación conmigo. No es costumbre, supongo, para los príncipes poner en peligro su propiedad y

su dignidad con forasteros mudos. Dicen venir en nombre de Frederic de Vincenza, siempre he oído decir que fue un caballero galante y cortés. Me atrevo a pensar que no consideraría por debajo de su nivel conversar con un príncipe que es su igual, ni desconocer sus hechos con las armas. Aún así, son silenciosos. ¡Bien! ¡Qué así sea! Por las leyes de la hospitalidad y caballería son amos de este techo y harán lo que les plazca. Pero, bueno, sírvanme un cáliz con vino. No se negarán a brindar conmigo por la salud de sus bellas amadas.

El caballero principal suspiró, se persignó y se dispuso a levantarse de la mesa.

—Señor caballero –exclamó Manfred–, lo que dije fue en broma. No lo detendré. Use su mejor juicio. Ya que no está en ánimo de chistes, permanezcamos tristes. Tal vez otros asuntos le caigan mejor. Retirémonos y escuche lo que tengo que decir. Esto lo deleitará más que el esfuerzo vano que he hecho para entretenerlo.

Manfred condujo a los tres caballeros a una habitación interior, cerró la puerta, los invitó a sentarse y comenzó a hablarle al personaje principal:

—Viene, señor caballero, como entiendo, en nombre del marqués de Vincenza para pedir que le entregue a Isabella, su hija, que fue prometida a mi hijo ante la Santa Iglesia bajo el consentimiento de sus custodios legales. Y también para pedirme que renuncie a mis dominios a favor de su señor, quien dice estar emparentado con el príncipe Alfonso, ¡alma bendita! Hablaré de su última petición primero. Debe saber, su señor debe saber, que heredé el principado de Otranto de mi padre, don Manuel, quien lo recibió de su padre, don Ricardo. Alfonso, su predecesor, murió sin hijos en Tierra Santa y dejó su propiedad a mi abuelo, Don Ricardo, en consideración por su lealtad.

El forastero negó con su cabeza.

—Señores caballeros –dijo Manfred, con afecto–, Ricardo era un hombre valiente, recto y piadoso. Así lo atestigua la generosa fundación de la iglesia y los dos conventos. Profesaba especial devoción por San Nicolás. Mi abuelo era incapaz… digo, señores, don Ricardo era incapaz… discúlpeme, su interrupción me ha confundido. Venero la memoria de mi abuelo. Bueno, señores, él mantuvo esta propiedad con buena espada y protegida gracias al favor que profesaba a San Nicolás. Así también lo hizo mi padre y así, señores, lo haré yo, pase lo que pase. Pero Frederic es el más cercano en parentesco. Yo he accedido a poner mi título sobre lo que decida

la espada. ¿Eso implica que es un título ilegítimo? Podría haber preguntado dónde está Frederic, su señor. Las noticias dicen que murió en cautiverio. Dicen, y sus acciones lo confirman, que él vive. No lo discuto, pero podría señores, podría… pero no lo hago. Otros príncipes desafiarían a Frederic para que tomara su herencia a la fuerza. No pondrían su dignidad en un único combate. ¡No dejarían esa decisión a unos mudos desconocidos! Perdonen, caballeros, estoy muy agitado. Pero supongan que estuvieran en mi situación, puesto que son caballeros, ¿no encendería su cólera si alguien cuestionara su honor y el de sus ancestros? Pero vayamos al grano. Me piden que entregue a Isabella. Señores, debo preguntarles si están autorizados para recibirla.

Los caballeros asintieron.

—Recíbanla, pues, están autorizados para ello –continúo–. Gentil caballero, ¿puedo preguntarle si tiene plenos poderes?

El caballero asintió.

—Muy bien –dijo Manfred–, escuchen entonces lo que tengo que ofrecer. Como pueden ver, caballeros, ante ustedes está un hombre infeliz –Rompió en sollozos–. Concédanme su compasión pues ciertamente la merezco. Sepan que he perdido mi única esperanza, mi alegría, lo que sostenía esta casa. Mi hijo Conrad murió ayer.

Los caballeros hicieron una seña de sorpresa.

—Sí, señores, el destino ha dispuesto de mi hijo. Isabella es libre.

—¿La devuelves? –exclamó el caballero jefe, rompiendo el silencio.

—Tengan paciencia –respondió Manfred–. Me alegra saber, por este testimonio de buena fe, que este asunto puede ser arreglado sin sangre. Lo poco que me queda por decir no me lo dicta el interés. Tienen ante ustedes a un hombre enojado con el mundo. La pérdida de mi hijo me ha separado de las preocupaciones terrenales. El poder y la grandeza ya no tienen ningún encanto frente a mi ojos. Quería transmitir a Conrad el cetro que recibí de manera honrosa de mis ancestros, ¡pero eso se acabó! La vida misma me es tan indiferente que he aceptado su desafío con alegría. Un buen caballero no puede ir a la tumba con una mayor satisfacción que la de caer sirviendo a su vocación. Me rindo ante la voluntad del cielo. ¡Ay, señores!, soy un hombre de muchas penas. Manfred no es digno de envidia y me imagino que ya saben mi historia.

El caballero hizo señas de desconocimiento y parecía curioso de que Manfred procediera.

—¿Es posible que mi historia sea un secreto para ustedes? ¿No han escuchado nada sobre mí y la princesa Hippolita?

Negaron con las cabezas.

—¡No! Así es, señores. Ustedes piensan que soy ambicioso, pero la ambición, ¡ay!, está hecha de materiales más fuertes. Si yo fuera ambicioso, no habría sido presa por tantos años del infierno de las dudas. Pero agoto su paciencia, seré breve. Sepan, entonces, que por un largo tiempo me ha preocupado mi unión con la princesa Hippolita. ¡Oh, señores, si conocieran a esa excelente mujer! Si supieran que la adoro como una amante y que la aprecio como una amiga. Pero, ¡el hombre no nació para la felicidad perfecta! Ella comparte mis dudas y, con su consentimiento, he traído este asunto ante la Iglesia pues estamos emparentados en grados prohibidos. Espero impaciente la sentencia definitiva que nos separará para siempre. Estoy seguro de que se compadecen de mí. Veo que lo hacen. ¡Perdonen estas lágrimas!

Los caballeros se miraron los unos a los otros, preguntándose dónde iría a parar todo esto.

Manfred continuó:

—La muerte de mi hijo acaeció mientras mi alma se hallaba bajo esta ansiedad. Pensé en renunciar a mis dominios y retirarme por siempre de la vista de los hombres. Mi única dificultad era encontrar un sucesor que fuera dulce con mi gente y que desposara a Isabella, quien es tan querida por mí como si fuera mi propia sangre. Estaba dispuesto a restaurar el linaje de Alfonso, aún a través de su más distante parentela. Y creo, y les pido disculpas por ello, que su voluntad estaría satisfecha si la estirpe de Ricardo se uniera a su parentela. Pero, ¿dónde iría yo a buscarlos? No conozco a nadie, salvo a Frederic, su señor, y él estaba preso por los infieles, o muerto. Y si estuviera vivo y en casa, ¿renunciaría al próspero estado de Vicenza por el insignificante principado de Otranto? Si lo hiciera, ¿podría yo soportar la visión de un duro e insensible virrey gobernando a mi pobre y fiel pueblo? Señores, yo amo a mi pueblo y gracias al cielo ellos me corresponden. Pero ustedes se preguntarán adónde va este largo discurso. En breve, a lo siguiente, señores. Parece que con su llegada el cielo señala un remedio para estas dificultades y desgracias. Isabella está libre, yo también lo estaré pronto. Me entregaré a cualquier cosa por el bien de mi pueblo. ¿No sería lo mejor, para parar la enemistad entre nuestras familias, que tome a Isabella como esposa? Ustedes dirán. Pero a pesar de las

virtudes de Hippolita, a las que siempre les tendré cariño, un príncipe no puede pensar sólo en sí mismo. Ha nacido para su pueblo.

Un sirviente en la puerta de la habitación le notificó a Manfred que Jerome y varios miembros de su congregación pedían verlo inmediatamente.

El príncipe, molesto por esta interrupción y temiendo que el Fraile revelara a los forasteros que Isabella se había refugiado en el convento, iba a prohibir su entrada. Pero recordó que estaba esperando que le avisara cuando regresara la princesa. Manfred comenzó a excusarse frente a los caballeros por tener que ausentarse unos momentos, cuando se vio sorprendido por la llegada de los frailes. Los reprendió de manera rabiosa por interrumpirlo y se dispuso a obligarlos a salir de la habitación, pero Jerome estaba muy agitado para aceptar este rechazo. Informó en voz alta la huida de Isabella, asegurando su propia inocencia.

Manfred, perturbado por las noticias y porque los forasteros se enteraran de ellas, no pronunció nada más que frases incoherentes ora reprimiendo al fraile, ora pidiendo disculpas a los caballeros, ansioso por saber qué había pasado con Isabella y no menos asustado por saber la respuesta; impaciente por salir a perseguirla, pero temeroso de que se unieran en la búsqueda. Se ofreció a despachar mensajeros para que salieran en su búsqueda, pero el caballero principal rompió su silencio y reprochó a Manfred con palabras amargas por su proceder oscuro y ambiguo, y ordenó saber la causa de la primera huida de Isabella. Manfred, dirigiendo una mirada severa a Jerome que implicaba un mandato de silencio, fingió que después de la muerte de Conrad él mismo la había dejado en el convento hasta que pudiera determinar qué hacer con ella. Jerome, que temía por la vida de su hijo, no se atrevió a desmentirlo. Pero uno de sus hermanos de congregación, que no compartía su miedo, declaró que ella había huido hacia la iglesia la noche anterior. El príncipe se esforzó en vano por ocultar la verdad, que lo abrumaba con vergüenza y confusión. El jefe de los forasteros, sorprendido por las contradicciones que oía y casi totalmente convencido de que Manfred había escondido a la princesa a pesar de la preocupación que manifestaba por su huida, se apresuró a la puerta y dijo:

—¡Príncipe traidor! Debemos encontrar a Isabella.

Manfred trató de detenerlo, pero los otros caballeros ayudaron a su camarada, quien se escapó del príncipe y se apresuró hacia el patio. Manfred, considerando que era en vano disuadirlo de su búsqueda, se

ofreció a acompañarlo y también mandó a llamar a sus sirvientes e hizo que Jerome y otros frailes los guiaran. Mientras salían del castillo, el príncipe en secreto dio órdenes para que se retuviera al séquito del caballero, pero le dijo a éste que estaba despachando a un mensajero para ayudar a sus hombres.

Tan pronto el séquito dejó el castillo, Matilda, quien estaba profundamente interesada por el joven campesino desde que había presenciado su condena a muerte en el salón y quien se había dedicado a idear soluciones para salvarlo, fue informada por algunas sirvientas de que Manfred había despachado a sus hombres en búsqueda de Isabella. En su prisa dio esta orden con carácter general, olvidando eximir de ella al guardia que estaba cuidando a Theodore. El sirviente, apresurado por obedecer al autoritario príncipe y urgido por su propia curiosidad y amor por las novedades, se unió precipitadamente a la búsqueda y dejó al hombre en el castillo. Matilda se deshizo de sus doncellas, subió la torre negra y, abriendo la puerta, se presentó a sí misma ante el sorprendido Theodore.

—Joven, aunque el deber filial y la modestia femenina condenan el paso que estoy a punto de dar, la santa caridad sobrepasa cualquier otro vínculo y justifica este acto. Huya. Las puertas de la prisión están abiertas: mi padre y sus sirvientes no están, pero pronto regresarán. ¡Vaya con cuidado y que los ángeles del cielo guíen su camino!

—Sin duda usted es uno de esos ángeles –dijo el cautivo Theodore–. Nadie salvo una santa bendita podría hablar, podría actuar, podría verse como usted. ¿Puedo saber el nombre de mi divina protectora? Creo que nombró a su padre. ¿Es posible? ¿Puede la sangre de Manfred sentir sagrada piedad? No me responde, dama amorosa. ¿Cómo está acá? ¿Por qué desdeña su seguridad y desperdicia sus pensamiento en un desgraciado como Theodore? Huyamos juntos, la vida que me devuelve la dedicaré a defenderla.

—¡Ay, se equivoca! –dijo Matilda suspirando–. Soy la hija de Manfred, pero no corro ningún peligro.

—Me sorprende –dijo Theodore–, pero la noche pasada me bendecía a mí mismo por haberle prestado el servicio que su graciosa compasión y su espíritu caritativo ahora me devuelven.

—Sigue equivocado –dijo la princesa– pero no hay tiempo para explicaciones. Huya, joven virtuoso, mientras está en mi poder salvarlo. Hasta que mi padre regrese, usted y yo no tenemos razones para temer.

—¡Cómo! –exclamó Theodore–. ¿Piensa usted, encantadora dama, que aceptaré salvar mi vida con el riesgo de que usted sufra calamidades? Prefiero soportar mil muertes.

—No corro ningún peligro –dijo Matilda– más que por su retraso. Huya, será imposible saber quién lo ayudó a escapar.

—Júrelo por los santos en el cielo –dijo Theodore– que nadie sospechará de usted. De otro modo me quedaré acá esperando mi destino.

—¡Oh! Es muy generoso –replicó Matilda–, pero tenga seguridad de que las sospechas no caerán sobre mí.

—Deme su hermosa mano como garantía de que no me engaña –dijo Theodore– y deje que la bañe con tibias lágrimas de gratitud.

—Olvídelo –exclamó la princesa–. Eso no es posible.

—¡Ay! –dijo Theodore–, hasta ahora no he conocido nada más que calamidades y tal vez nunca conozca otra suerte. Sufro los castos impulsos de la santa gratitud. Por eso mi alma quisiera imprimir sus efusiones sobre sus manos.

—Conténgase y váyase –dijo Matilda–. ¿Qué diría Isabella si lo viera a mis pies?

—¿Quién es Isabella? –preguntó el joven sorprendido.

—¡Ay de mí! Me temo que estoy ayudando a un mentiroso. ¿Se le olvidó la curiosidad que sintió esta mañana?

—Su apariencia, sus acciones, toda su hermosura son la emanación de la divinidad –dijo Theodore–. Pero sus palabras son oscuras y misteriosas. Hable, dama. Hable para que este sirviente la entienda.

—¡Lo entiendes muy bien! –exclamó Matilda–. Pero una vez más ordeno que se vaya. Su sangre, que protejo, quedará en mi conciencia si pierdo el tiempo en discursos vanos.

—Me voy, señora, porque es su voluntad y porque no quiero que mi anciano padre muera de pena. Dígame que cuento con su gentil piedad, dama adorada.

—Vamos. Lo conduciré a la bóveda subterránea por la cual Isabella escapó –dijo Matilda–. Lo llevará a la iglesia de San Nicolás donde podrá refugiarse.

—¿Cómo? –preguntó Theodore–. ¿Fue a otra y no a usted, adorable dama, a quien ayudé a encontrar el pasaje subterráneo?

—Fue a otra –respondió Matilda–, pero no pregunte más. Tiemblo al pensar que permanecerá acá. Huya al convento.

—¡Al convento! No, no lo haré princesa. Los conventos son para damiselas en desgracia o para criminales. El alma de Theodore está libre de culpa y así debe parecerlo. Deme una espada, señora, y su padre sabrá que Theodore rechaza una huida vergonzosa.

—¡Joven imprudente! –exclamó Matilda–. ¿Cómo osa levantar su presuntuoso brazo sobre el príncipe de Otranto?

—No lo alzo sobre su padre. A eso no me atrevería –dijo Theodore–. Perdone, señora, lo he olvidado. No puedo mirarla a usted y recordar que ha nacido de Manfred. Él es su padre y desde este momento mis insultos quedarán enterrados en el olvido.

Un gruñido profundo y hueco, que parecía venir de arriba, estremeció a la princesa y a Theodore.

—¡Cielo santo, nos han oído! –exclamó la princesa. Escucharon pero no percibieron otro ruido y ambos concluyeron que había sido una corriente de aire. La princesa, precediendo con sigilo a Theodore, lo llevó al depósito de armas de su padre donde lo equipó con una armadura completa. Luego lo condujo hasta la puerta trasera.

—Evite el pueblo y toda la parte occidental del castillo. Allá es donde deben estar Manfred y los forasteros, apresúrese al lado opuesto. Allá atrás del bosque, hacia el este, hay una cadena de rocas perforadas por un laberinto de cavernas que llegan hasta la costa. Allá podrá esconderse y hacer señales para que algún barco atraque en la orilla y lo lleve. ¡Marche! ¡Que el cielo sea su guía! De vez en cuando recuerde en sus oraciones a Matilda.

Theodore se tiró a sus pies y tomó su mano de azucena, que ella pugnó para impedirle que la besara, y le prometió que a la primera oportunidad que tuviera se haría caballero. Con fervor le rogó por el permiso de poder ser su caballero eterno. Antes de que la princesa pudiera responder, un trueno se escuchó que sacudió los cimientos. Theodore, ignorando la tempestad, hubiera seguido en su súplica pero la princesa consternada se retiró con prisa hacia el castillo y ordenó al joven que se marchara con un tono imposible de desobedecer. Suspiró y se retiró, pero mantuvo los ojos fijos en la puerta hasta que Matilda, cerrándola, puso fin al encuentro en donde los corazones de ambos quedaron ebrios de una pasión tan profunda que por primera vez probaban.

El joven entró pensativo al convento para darle la noticia a su padre de su liberación. Allá supo de la ausencia de Jerome y la búsqueda de la que era

objeto Isabella, cuya historia conoció con más detalles. La galantería generosa de su naturaleza impulsó su deseo de ayudarla, pero los monjes no le dieron luces para adivinar la ruta que había tomado. No estaba tentado a caminar lejos para buscarla, pues la imagen de Matilda se había impreso tan fuerte en su corazón que no podía soportar estar lejos de ella. La ternura que Jerome había expresado por él confirmaba su reticencia y hasta lo convencía de que era el afecto filial la causa principal para quedarse merodeando entre el castillo y el monasterio. Theodore decidió acudir al bosque que Matilda le había señalado y ocultarse allí hasta que Jerome regresara en la noche. Al llegar a este lugar buscó las sombras más lúgubres, pues eran las más acordes a la melancolía que reinaba en su mente. Con este ánimo vagó por las cavernas que anteriormente habían servido como retiro a ermitaños y que ahora, según decían, estaban habitadas por espíritus malévolos. Recordaba haber escuchado esta leyenda y, como tenía un carácter valiente y aventurero, voluntariamente satisfizo su curiosidad y se dispuso a explorar los recreos secretos de este laberinto. No se había internado mucho cuando creyó escuchar los pasos de alguien que parecía precederle. Theodore, firmemente aferrado a todo lo que nuestra sagrada fe ordena, no creía que los hombres buenos fueran abandonados sin razón a la merced de la maldad de los poderes oscuros. Pensó que era más probable que ese lugar estuviera infestado con ladrones que con los agentes infernales que, según se rumora, acosan y confunden a los viajeros. Llevaba largo tiempo ardiendo con el deseo impaciente de demostrar su valor. Desenvainó su sable y marchó hacia delante, guiando sus pasos por el imperfecto sonido de los crujidos. La armadura que vestía era como un aviso para que la persona que estaba adelante lo evitara. Theodore, ahora convencido de que no se equivocaba, afanó su paso y acortó la distancia entre él y la persona que huía. Alcanzó a una mujer que cayó ante él sin aliento. Se apuró para levantarla, pero su miedo era tan grande que el joven comprendió que ella iba a desmayarse en sus brazos. Usó todas las palabras gentiles para disipar sus alertas y le aseguró que, antes de hacerle daño, lo que quería era defenderla de los peligros de la vida. La dama recuperó su aliento gracias a esta conducta cortés y, mirando a su protector, dijo:

—Estoy segura de haber escuchado esa voz antes.

—No que yo sepa –respondió Theodore–. A menos que, como sospecho, usted sea la señora Isabella.

—¡Cielo misericordioso! –exclamó–. ¿No te habrán mandado a buscarme?

Y al decir esas palabras se arrojó a sus pies y le suplicó que no la entregara a Manfred.

—¡A Manfred! –replicó Theodore–. No, señora, ya una vez la liberé de su tiranía y por mucho que me cueste ahora, la pondré fuera del alcance de ese atrevido.

—¿Es posible que usted sea el generoso desconocido que me he encontrado anoche en la bóveda del castillo? Estoy segura de que usted no es un mortal, sino un ángel guardián. Déjeme agradecerle de rodillas.

—¡Levántese, gentil princesa! No se rebaje ante un joven pobre y sin amigos. Si el cielo me ha escogido como su salvador, cumpliré esta labor y fortaleceré mis brazos en esta causa. Pero venga, señora, estamos muy cerca de la boca de la caverna. Busquemos un recoveco interno. No estaré tranquilo hasta que la haya puesto fuera de peligro.

—¡Oh! ¿Qué quiere decir, señor? Aunque sus acciones son nobles y sus sentimientos hablan de la pureza de su alma, no sé si sea correcto que lo acompañe sola a ese lugar retirado. Si nos encuentran juntos, ¿no censuraría el mundo mi conducta?

—Respeto su virtuosa delicadeza, pero no aloje ninguna sospecha pues hiere mi honor –respondió Theodore–. Me proponía conducirla al lugar más privado de esas rocas y luego, arriesgando mi vida, cuidar la entrada de cualquier ser vivo. Además, señora –continuó con un suspiro profundo–, aunque usted es hermosa y perfecta y no podría culpar un deseo de pretenderla, sepa que mi alma está entregada a otra y aunque…

Un ruido súbito impidió que Theodore procediera. Pronto distinguieron una voz que llamaba:

—¡Isabella! ¡Eh, Isabella!

La temblorosa princesa recayó en el miedo angustioso que antes padecía. Theodore se esforzó por alentarla, pero fue en vano. Le aseguró que moriría antes de dejar que ella volviera a caer en manos de Manfred y le rogó que permaneciera escondida. Se adelantó para impedir que aquel que la buscaba se le acercara.

En la boca de la caverna se encontró un caballero armado, que hablaba con un campesino que aseguraba haber visto a una dama entrar por los pasadizos de la roca. El caballero se disponía a buscarla cuando Theodore

se interpuso en su camino con la espada desenvainada y enérgicamente le prohibió el paso.

—¿Y quién eres tú que te atreves a cruzar mi camino? –preguntó el caballero de manera altanera.

—Uno que no se atreve a más de lo que está dispuesto a hacer –respondió Theodore.

—Busco a la señora Isabella –dijo el caballero–. Entiendo que ella ha tomado refugio en estas piedras. No me lo impidas o te arrepentirás de haber provocado mi rabia.

—Su propósito es tan odioso como su rabia es despreciable –replicó Theodore–. Vuelva por donde llegó o sabrá cual ira es más terrible.

El extraño, que no era otro sino el caballero principal de parte del marqués de Vincenza, se había alejado al galope de Manfred mientras éste se ocupaba en obtener información sobre la princesa y daba varias órdenes para evitar que cayera en el poder de los tres caballeros. Dudaba de que Manfred no tuviera nada que ver con la fuga de la princesa y, al sentirse insultado por un hombre que, pensaba, había sido puesto allí para custodiar a Isabella, creyó confirmadas sus sospechas. No respondió, pero descargó un golpe con su sable sobre Theodore, quien tomó al recién llegado por uno de los capitanes de Manfred. Pronto hubiera tenido el caballero el paso despejado si el joven, que no lanzó un golpe sin prepararse para soportar otro, no hubiera interpuesto su escudo. La valentía que desde hace tanto tiempo estaba sofocada en su pecho se manifestó en seguida. Se lanzó impetuosamente sobre el caballero, cuyo orgullo e ira no eran incentivos menos poderosos para hacer más duro el enfrentamiento. El combate fue feroz pero breve. Theodore hirió al caballero en tres lugares graves y al final lo desarmó mientras se desmayaba a causa de la pérdida de sangre. El campesino, que había huido en el primer asalto, había alertado a algunos de los sirvientes de Manfred que bajo sus órdenes se dispersaron por el bosque para buscar a Isabella. Llegaron en el momento en que el caballero caía y no tardaron en descubrir que era un noble forastero. Theodore, a pesar de su odio por Manfred, no podía soportar la victoria que había obtenido sin sentir piedad y generosidad. Pero quedó aún más conmovido cuando supo la verdadera identidad de su adversario y se le informó que no era un secuaz, sino un enemigo de Manfred. Ayudó a los sirvientes del último a desarmar al caballero y se esforzó en contener la sangre que corría por sus heridas. El caballero, recobrando el habla, dijo en una voz débil y quebrada:

—Generoso adversario, ambos nos hemos equivocado. Te tomé por un instrumento del tirano y percibo que has cometido el mismo error. Es muy tarde para excusas… Me desmayo… Si Isabella está cerca… llámala… tengo secretos importantes que…

—¡Está muriendo! –exclamó uno de los sirvientes–. ¿Nadie tiene un crucifijo consigo? Andrea, reza por él.

—Trae agua –ordenó Theodore– y viértela por su garganta mientras me apresuro a buscar a la princesa.

Dicho esto fue adonde Isabella. En pocas palabras y modestamente le explicó que había tenido el infortunio de herir a un caballero de la corte de su padre y que antes de morir él deseaba comunicarle algo importante. La princesa, gozosa de oír la voz de Theodore que la llamaba, estaba atónita por lo que escuchaba. Se dejó guiar por el joven, cuya nueva prueba de valor reconfortó su atribulado espíritu, y llegó hasta donde estaba el caballero tirado sobre el suelo, sangrando y sin decir nada. Pero sus miedos regresaron cuando vio a los criados de Manfred. Hubiera huido otra vez si Theodore no le hubiera hecho ver que estaban desarmados y que él los había amenazado de muerte instantánea si se atrevían a atraparla.

El forastero abrió los ojos y al ver a la mujer preguntó:

—¿Eres tú? Ruego que me digas la verdad, ¿eres tú Isabella de Vincenza?

—Lo soy —respondió— ¡Permita el cielo que te recuperes!

—Entonces tú… entonces tú… —prosiguió el caballero, luchando por poder pronunciar las palabras— estás viendo a tu padre. Dame…

—¡Oh! ¡Sorpresa! ¡Horror! ¿Qué escucho? ¿Qué veo? —exclamó Isabella— ¡Mi padre! ¡Eres mi padre! ¿Cómo has llegado hasta acá, señor? ¡Por todos los cielos, habla! ¡Oh! ¡Corran en busca de ayuda o morirá!

—Es verdad –confirmó el caballero herido, usando todas sus fuerzas–, soy Frederic, tu padre. Sí, vine a liberarte pero no sucederá. Dame un beso de despedida y toma…

—Señor –dijo Theodore–, no se fatigue. Déjenos llevarlo al castillo.

—¡Al castillo! –exclamó Isabella–. ¿No hay un lugar más cercano donde pueda recibir ayuda? ¿Quiere exponer a mi padre al tirano? Si va hacia allá, no podría acompañarlo y no puedo abandonarlo.

—Hija mía, no importa a dónde me lleven. En pocos minutos estaré fuera del peligro. Pero mientras tenga ojos para mirarte, ¡no me abandones,

querida Isabella! Este caballero valiente, me consta que lo es, protegerá tu inocencia. Señor, usted no abandonará a mi hija, ¿verdad?

Theodore, llorando sobre su víctima, juró proteger a la princesa a todo costo. Convenció a Frederic de que se dejara conducir al castillo. Los criados lo pusieron sobre un caballo después de vendarle las heridas tan bien como pudieron. Theodore marchó a su lado y la afligida Isabella, que no soportaba tener que dejarlo, los siguió atribulada.

Capítulo IV

Hippolita y Matilda recibieron al afligido grupo, pues Isabella había mandado a una de las criadas para que les advirtieran de su llegada al castillo. Las damas dispusieron que Frederic fuera llevado a la habitación más cercana y se retiraron, mientras los cirujanos examinaron sus heridas. Matilda se sonrojó al ver juntos a Theodore e Isabella, pero se esforzó en disimular sus emociones abrazando a su amiga y lamentándose por la desgracia de su padre. Los cirujanos no tardaron en informar a Hippolita que ninguna de las heridas del marqués eran peligrosas y que estaba deseoso de ver a su hija. Theodore, bajo el pretexto de expresar su alegría porque el desenlace del combate no había sido fatal para Frederic, no resistió el impulso de seguir a Matilda. Muchas veces los ojos de la princesa evitaban los del joven por lo que Isabella, que los miraba atentamente, no tardó en intuir quién era el objeto de su afecto que había mencionado en la caverna.

Mientras transcurría esta escena muda, Hippolita le preguntó a Frederic la razón de haber escogido ese misterioso camino para reclamar a su hija y le dio también varias disculpas que buscaban excusar a su señor por la iniciativa de concertar el matrimonio de sus hijos. Frederic, aunque estaba indignado con Manfred, no era insensible a la cortesía y benevolencia de Hippolita, y estaba aún más sorprendido con la belleza de Matilda. Con el deseo de retenerlas en la cabecera de su cama, le narró a Hippolita su historia.

Le contó que mientras era prisionero de los infieles había soñado que su hija, de quien no tenía noticias desde su captura, estaba retenida en un castillo donde corría el peligro de ser víctima de las más horribles desgracias y que si obtenía su libertad y acudía a un bosque cerca de Joppa, averiguaría más detalles. Alarmado por este sueño, e incapaz de seguir estas instrucciones, sus cadenas se hicieron más pesadas que nunca. Pero mientras sus pensamientos estaban ocupados en los medios para obtener la

libertad, recibió la buena noticia de que un príncipe aliado que luchaba en Palestina había pagado su rescate. Tan pronto como pudo se fue al bosque que había sido señalado en el sueño. Durante tres días él y sus sirvientes deambularon por allí sin ver a un solo ser humano, pero en la tarde del tercer día llegaron a una celda en donde encontraron a un venerable ermitaño que agonizaba. Con cordialidad, hicieron que el débil hombre les hablara.

—Mis hijos –dijo–, agradezco su caridad, pero es en vano. Voy hacia el descanso eterno. Aun así muero con la satisfacción de que estoy acatando la voluntad del cielo. Cuando llegué a este lugar solitario, después de ver cómo mi país se convertía en presa de los paganos, ¡ay, ya casi van a ser cincuenta años desde que fui testigo de esa escena horrible! San Nicolás se me apareció y me reveló un secreto que me ordenó nunca decir a un mortal, salvo en mi lecho de muerte. Ha llegado esa hora temida y sin duda son ustedes los guerreros elegidos para contarles el secreto. Tan pronto como hayan dado sepultura a este horrible cuerpo, caven bajo el séptimo árbol a la izquierda de esta pobre caverna y sus dolores serán… ¡Oh, cielo santo, recibe mi alma!

Con esas palabras el devoto hombre exhaló su último aliento.

—Al día siguiente –continuó Frederic–, cuando dimos sepultura a los sagrados restos, cavamos según sus instrucciones. Cuál sería nuestro asombro cuando a la profundidad de seis pies descubrimos un sable enorme, la misma arma que se encuentra ahora en el patio. En la hoja, que sobresalía parcialmente de la funda, pero que por nuestros esfuerzos por sacarla volvía a ocultarse, estaban escritas las siguientes frases… No… discúlpeme señora –añadió el marqués, dirigiéndose a Hippolita–, si me prohíbo repetirlas. Respeto su género y rango y no quisiera ser culpable de ofender sus oídos con palabras injuriosas hacia alguien que es tan querido para usted.

Hizo una pausa. Hippolita temblaba. No dudaba de que Frederic estaba destinado por el cielo para consumar el destino que parecía amenazar su casa. Mirando con cariño y ansiedad a Matilda, una silenciosa lágrima bajó por su mejilla. Incorporándose, dijo:

—Proceda, mi señor. El cielo no hace nada en vano; los mortales deben recibir su divino mandato con humildad y sumisión. A nosotros nos corresponde aplacar su ira u obedecer sus decretos. Mi señor, repita esas palabras y escucharemos resignadas.

Frederic se lamentaba haber ido tan lejos. La dignidad y la firme paciencia de Hippolita le inspiraron respeto, y el tierno afecto silencioso con el que la princesa y su hija se trataban lo conmovieron casi hasta las lágrimas. Pero temeroso de que su negativa suscitara más desazón, repitió en voz baja y vacilante las siguientes frases:

Cuando encuentres el yelmo para esta espada,
sabrás que tu hija está rodeada de peligro
solo la sangre de Alfonso puede salvar a la doncella
y la sombra del príncipe, que largo tiempo ha estado sin reposo,
descansará aliviada.

—¿Qué hay en esas frases que afecten a las princesas? –preguntó Theodore, impaciente–. ¿Por qué deberían escandalizarnos estos misterios sin fundamento?

—Sus palabras son groseras, joven –replicó el marqués–, y aunque la fortuna ya lo ha favorecido una vez…

—Mi honorable señor –interrumpió Isabella, que percibía que el ardor de Theodore era dictado por sus sentimientos hacia Matilda–, no se altere por las palabras del hijo de un campesino. Él olvida la reverencia que le debe, no está acostumbrado…

Hippolita, preocupada por la discusión subida de tono, reprendió a Theodore por su atrevimiento, pero le dio a entender que reconocía su cuidado. Cambiando la conversación, preguntó a Frederic dónde había dejado a su señor.

Cuando el marqués iba a responder, escucharon un ruido y se levantaron a buscar la causa. Manfred, Jerome y parte del séquito, que habían oído rumores vagos sobre lo que había pasado, entraron en la habitación.

Manfred se apuró hacia el lecho de Frederic para darle las condolencias de su desgracia y para conocer las circunstancias del combate. De repente, se detuvo aterrorizado y sorprendido y exclamó:

—¡Ah! ¿Eres tú, fantasma horrible? ¿ha llegado mi hora?

—Mi querido y gentil señor –exclamó Hippolita, arrojándose a sus brazos–. ¿Qué es lo que ve? ¿Por qué tiene los ojos desorbitados?

—¿Qué? –exclamó Manfred sin aliento–, ¿acaso no ves nada, Hippolita? ¿Es que este horripilante espectro solo fue enviado para mí? ¿Sólo yo debo compadecerme de quien no…?

—Tenga piedad, mi señor –dijo Hippolita–, vuelva a su alma y ordene su razón. No hay nadie acá, solo nosotros, sus amigos.

—¿Cómo? ¿No es este Alfonso? –exclamó Manfred–. ¿Acaso no lo ven? ¿Será un delirio de mi cerebro?

—¡Mi señor, este es Theodore –dijo Hippolita–, el joven que ha sido tan desafortunado.

—¡Theodore! –exclamó Manfred apesadumbrado, arrugando la frente–. Sea Theodore o un fantasma, ha trastornado el alma de Manfred. Pero, ¿cómo es que está acá? ¿Por qué lleva una armadura?

—Creo que fue a buscar a Isabella –respondió Hippolita.

—¿A Isabella? –preguntó Manfred, volviendo a sentir rabia–. Sí, sí, de eso no hay duda. Pero, ¿cómo escapó de la cadena perpetua en que lo dejé? ¿Fueron Isabella o este fraile hipócrita quienes lo liberaron?

—¿Y sería considerado criminal un padre, mi señor, si liberara a su hijo? –preguntó Theodore.

Jerome, sorprendido por escuchar cómo su hijo lo inculpaba sin fundamento, no supo qué decir. No comprendía cómo Theodore había escapado, cómo obtuvo la armadura y cómo había encontrado a Frederic. Aún así no se aventuró a preguntar nada que pudiera encender la ira de Manfred contra su hijo. El silencio de Jerome convenció a Manfred de que había planeado la liberación de Theodore.

—¿Así pagas mi generosidad y la de Hippolita, viejo desagradecido? –dijo el Príncipe dirigiéndose hacia el fraile–. ¡Y no contento con traicionar los deseos de mi corazón, armas a tu bastardo y lo traes a mi castillo para que me insulte!

—Mi señor, se equivoca con mi padre –interrumpió Theodore–, ni él ni yo somos capaces de albergar un pensamiento en contra suya. ¿Acaso es insolencia rendirme ante su alteza? –añadió mientras tendía su espada a los pies de Manfred, de manera respetuosa–. Mire mi pecho. Hiéralo, mi señor, si sospecha que un pensamiento desleal se hospeda acá. No hay un solo sentimiento diferente a la veneración de usted y los suyos grabado en mi corazón.

La gracia y el fervor con el que Theodore pronunció estas palabras puso de su parte a todos los presentes. Incluso Manfred se conmovió, aunque el parecido con Alfonso arruinaba su admiración con un horror secreto.

—Levántate –dijo–, por el momento tu vida no me interesa. Pero cuéntame tu historia y cómo llegaste a estar conectado con este viejo

traidor.

—¡Mi señor! –protestó Jerome.

—¡Silencio, impostor! –exclamó Manfred–. No lo interrumpas.

—Mi señor –dijo Theodore–, no necesito ayuda porque mi historia es muy breve. A los cinco años fui llevado con mi madre a Argel, después de que unos corsarios nos raptaron de la costa de Sicilia. Ella murió de pena en menos de un año.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Jerome, cuyo semblante expresaba miles de sentimientos dolorosos.

—Antes de morir –continuó Theodore– amarró un escrito a mi brazo y lo escondió bajo mis ropas y me dijo que era el hijo del Conde de Falconara.

—Eso es cierto –dijo Jerome–. Yo soy ese desdichado padre.

—Una vez más, guarda silencio –ordenó Manfred–. Procede.

—Permanecí como esclavo hasta hace dos años –dijo Theodore–, cuando ayudaba en la embarcación de mi amo y fui rescatado por un barco cristiano que venció al pirata. Revelé mi identidad al capitán, quien generosamente me condujo hasta la costa de Sicilia. Pero, ¡ay!, en lugar de encontrar a mi padre, me enteré de que sus tierras, que se extendían por la costa, habían sido devastadas por el pirata que nos había capturado a mi madre y a mí. Su castillo había sido quemado y, a su regreso, mi padre había vendido lo que le quedaba y se había entregado a la religión en el reino de Nápoles. Pero nadie podía darme razón de él. Desposeído y sin amigos, sin esperanzas de conseguir el abrazo de mi padre, aproveché la primera oportunidad de embarcarme hacia Nápoles. De allí vengo caminando, hasta hace seis días que deambulé por esta provincia, siempre dándome el sustento con el trabajo de mis manos. Hasta ayer por la mañana creía que el cielo no había reservado mucho para mí, salvo la tranquilidad y la contención de la pobreza. Esta, mi señor, es la historia de Theodore. Se han colmado mis esperanzas de encontrar a mi padre, pero me siento desdichado por haber molestado a su alteza.

Calló, y un murmullo de aprobación gentilmente se levantó entre la audiencia.

—Esto no es todo –dijo Frederic–. El honor me obliga a añadir lo que él omite. A pesar de que es modesto, debo ser generoso y reconocer que es uno de los jóvenes más valientes que hay en suelo cristiano. También es intrépido y, aunque poco lo conozco, respondo por su honestidad: nunca diría algo que no es cierto. Joven, honro la franqueza con la que hablas

sobre tu nacimiento. Me ofendiste, pero la sangre noble que fluye por tus venas puede permitirse hervir, cuando tan recientemente ha trazado su origen. Venga, mi señor –dijo dirigiéndose a Manfred–, si yo pude perdonarlo, con seguridad usted también. No es culpa de este joven que usted lo haya confundido con un fantasma.

Esta broma amarga irritó el alma de Manfred.

—Los seres de otro mundo tienen el poder de pasmar mi mente con terror, pero eso no lo puede hacer un hombre vivo, y menos el brazo de un muchacho –respondió con arrogancia.

—Mi señor –interrumpió Hippolita–, su huésped necesita reposo. Deberíamos dejarlo descansar.

Al decir esto, tomó a Manfred por la mano, se despidió de Frederic y guió al grupo hacia afuera. El príncipe, sin arrepentirse de abandonar una conversación que podría descubrir sus sentimientos más secretos, fue conducido hacia su propio aposento. Le permitió a Theodore retirarse con su padre hacia el convento, bajo el compromiso de regresar al castillo en la mañana (condición que el joven aceptó fácilmente). Matilda e Isabella estaban demasiado ocupadas con sus propios pensamientos y descontentas la una con la otra como para desear conversar más esa noche. Se separaron, cada una a su habitación, con expresiones más protocolarias que afectuosas, a pesar de todo lo que había pasado entre ellas desde su infancia.

Si esa noche se despidieron con poca cordialidad, se reunieron con gran impaciencia en cuanto salió el sol. Sus mentes se hallaban en una situación que no les permitía dormir y se les ocurrieron miles de preguntas que deseaban haber hecho la noche anterior. Matilda pensaba que Isabella había sido rescatada dos veces por Theodore en situaciones muy críticas y no podía creer que esto fuera accidental. Los ojos del joven, era verdad, se habían fijado en los suyos en la habitación de Frederic, pero eso pudo haber sido para disimular ante sus padres el amor que sentía por Isabella. Era mejor aclarar esto. Deseaba saber la verdad y no hacerle daño a su amiga entreteniendo el deseo por su amado. Los celos se asomaban y, al mismo tiempo, buscaba una excusa en su amistad para satisfacer su curiosidad.

Isabella, no menos inquieta, hallaba pocos fundamentos para sus sospechas. Tanto la lengua como los ojos de Theodore le decían que su corazón estaba comprometido, era verdad, pero tal vez Matilda no correspondía a su amor. Siempre le había parecido insensible a este sentimiento, todos sus pensamientos estaban puestos en el cielo. «¿Por qué

habría de disuadirla? –se preguntaba Isabella–. Se me castiga por mi generosidad. Pero, ¿dónde se conocieron? ¿Cuándo? No puede ser, me he engañado a mí misma, tal vez anoche fue la primera vez que se vieron. Otra debe ser el objeto de su afecto. Si así es, no soy tan infeliz como lo pensé, pero si Matilda no es mi amiga… ¡Cómo! ¿Puedo desear el afecto de un hombre que me ha dado a conocer su indiferencia de manera grosera e innecesaria? ¡Y en momentos en que el civismo exige palabras de simple cortesía! Iré a ver a mi querida Matilda, quien me confirmará en este natural orgullo. El hombre es falso. Le aconsejaré que tome el velo, ella se alegrará de esta opinión y le haré saber que ya no me opongo a su inclinación por el monasterio».

Con estos pensamientos y con la determinación de abrir su corazón enteramente a Matilda, acudió a la habitación de la princesa, a quien encontró vestida y recostada pensativamente. Esta actitud correspondía también a como ella se sentía y revivió las sospechas de Isabella, lo que destruyó la confianza que se había propuesto depositar en su amiga.

Se sonrojaron al encontrarse, pues eran demasiado novatas para disfrazar sus sentimientos. Después de varias preguntas y respuestas irrelevantes, Matilda le preguntó a Isabella la causa de su huida.

La joven, que casi se había olvidado la pasión de Manfred, pues estaba intensamente preocupada con sus asuntos, creyó que Matilda se refería a su último escape del convento que había ocasionado los acontecimientos de la noche anterior.

—Martelli llegó al convento diciendo que tu madre había muerto…

—¡Oh! –interrumpió Matilda–. Bianca me ha explicado esa equivocación. Al verme desmayada gritó: «La princesa está muerta», y Martelli, que venía por su diezmo al castillo…

—¿Qué hizo que te desmayaras? –preguntó Isabella, indiferente a lo demás.

Matilda se sonrojó y tartamudeó

—Mi padre… estaba juzgando a un criminal.

—¿Qué criminal? –preguntó Isabella impaciente.

—Un joven –respondió Matilda–. Creo… que era ese joven que…

—¿Quién, Theodore? –preguntó Isabella.

—Sí –respondió–, nunca lo había visto antes. No sé por qué ofendió a mi padre pero, como está a tu servicio, estoy contenta de que mi señor lo haya perdonado.

—¿A mi servicio? –respondió Isabella–, ¿te parece que está a mi servicio después de herir a mi padre y casi matarlo? Aunque solo desde ayer tengo la bendición de encontrarme nuevamente con mi padre, espero que no me creas tan ajena al cariño filial como para no lamentar el atrevimiento de ese joven. Es imposible para mí sentir afecto por cualquiera que levante su brazo contra mi progenitor. No, Matilda, mi corazón lo aborrece y si tú todavía conservas algo de cariño por esta amistad, detestarás a ese hombre que ha estado a punto de hacerme miserable por siempre.

Matilda bajó la cabeza y respondió:

—Espero, mi querida Isabella, que no dudes de mi amistad. Nunca había visto a ese joven hasta ayer y es casi un extraño para mí. Pero dado que los cirujanos pronunciaron que tu padre estaba fuera de peligro, no debes alojar sentimientos crueles hacia quien ignoraba que el marqués era de tu familia.

—A pesar de ser un extraño, defiendes su causa con mucho fervor. Me equivoco o él te corresponde esos sentimientos caritativos.

—¿Qué quieres decir? –preguntó Matilda.

—Nada –respondió Isabella, arrepentida de haberle dado a Matilda un indicio del gusto que Theodore sentía por ella.

Cambiando de tema, le preguntó qué había ocasionado que Manfred confundiera a Theodore con un fantasma.

—¡Bendita sea! –dijo Matilda–. ¿No observaste su enorme parecido con el retrato de Alfonso que está en la galería? Me di cuenta de esto y se lo dije a Bianca antes de verlo con la armadura puesta, pero con el yelmo es la viva imagen de ese cuadro.

—No suelo fijarme mucho en las pinturas –dijo Isabella–. Mucho menos he observado a ese joven con la atención con la que tú pareces haberlo hecho. ¡Ah, Matilda, tu corazón está en peligro! Pero déjame aconsejarte como amiga. Él me ha confiado que está enamorado, aunque no puede ser de ti porque ayer fue la primera vez que se vieron, ¿verdad?

—Así es –respondió Matilda–. ¿Por qué, mi querida Isabella, deduces esto de lo que he dicho? –Hizo una pausa y luego continuó–. Él te vio primero y estoy lejos de ser tan vanidosa como para creer que mis pocos encantos pueden comprometer a un corazón que está devoto a ti. ¡Espero que seas feliz, Isabella, cualquiera que sea el destino reservado para Matilda!

—Mi querida amiga –dijo Isabella, cuyo corazón era demasiado honesto como para resistirse a un gesto de bondad–, es a ti a quien Theodore

admira. Lo vi. Estoy convencida de esto y nunca me interpondría a tu felicidad, ni siquiera para defender la mía.

Esta franqueza hizo llorar a la gentil Matilda y los celos, que por un momento habían creado frialdad entre estas afables doncellas, pronto se transformaron en la sinceridad natural y el candor de sus almas. Cada una confesó a la otra la impresión que Theodore le había dado y esa confesión fue seguida por una lucha de generosidad, cada una insistiendo en favorecer las aspiraciones de su amiga. Al final, la virtuosa dignidad de Isabella le recordó la preferencia que Theodore había manifestado por su rival, y esto le hizo reprimir su pasión y ceder el objeto de deseo a su amiga.

Durante esta cordial disputa, Hippolita entró en la habitación de su hija.

—Señora –le dijo a Isabella–, tiene usted mucho cariño por Matilda y se interesa de manera muy amable en todo lo que afecta a nuestra desdichada casa. Por esta razón no puedo tener secretos con mi hija de los que usted no pueda participar.

Las princesas atendieron con ansiedad.

—Sepa, señora –continuó Hippolita–, y tú, mi querida Matilda, que los acontecimientos de estos dos días ominosos me han convencido de que el cielo dispone que el cetro de Otranto pase de las manos de Manfred a las del marqués Frederic. Esto me ha suscitado la idea de evitar nuestra destrucción total uniendo nuestras casas rivales. Con este designio, le he propuesto a Manfred, mi señor, que entregue a su amada hija a Frederic, su padre.

—¡Entregarme a Frederic! –exclamó Matilda–. ¡Por todos los cielos, gentil madre! ¿Ya se lo has dicho a mi padre?

—Sí –respondió Hippolita–, y escuchó bondadosamente mi propuesta y ha ido a planteársela al marqués.

—¡Ay, desgraciada princesa! –exclamó Isabella–. ¿Qué has hecho? ¡En tu bondad no te has dado cuenta de que has traído la ruina para ti, para Matilda y para mí.

—¿La ruina para mí, para Matilda y para ti? –repitió Hippolita–. ¿Qué significa eso?

—¡Ay! –respondió Isabella–. La pureza de tu corazón impide que veas la maldad en otros. Manfred, tu señor, ese hombre impío…

—Calla –dijo Hippolita–, no puedes hablar así en mi presencia, jovencita. Irrespetas a Manfred que es mi señor y mi esposo y …

—No lo será dentro de poco –interrumpió Isabella–, si consigue llevar a cabo sus malvadas intenciones…

—Este lenguaje me sorprende –dijo Hippolita–. Tu temperamento es apasionado, Isabella, pero nunca creí que te traicionaría hasta la impertinencia. ¿Qué ha hecho Manfred que te autorice a tratarlo como un criminal, como un asesino?

—¡Oh, eres virtuosa y demasiado crédula! –respondió Isabella–. Él no pretende quitarte la vida, sino separarse de ti, divorciarse de ti…

—¿Divorciarse?

—¡Divorciarse de mi madre! –exclamó Matilda.

—Sí. Y para completar su crimen, planea… ¡no puedo decirlo!

—¿Qué puede sobrepasar en horror lo que ya has enunciado? –preguntó Matilda.

Hippolita estaba en silencio. La pena ahogaba sus palabras, pero el recuerdo de las últimas palabras ambiguas de Manfred confirmaban lo que había oído.

—¡Excelentísima y querida señora! ¡Dama! ¡Madre! –exclamó Isabella arrojándose a los pies de Hippolita en un arrebato de emoción–. Créame, moriría mil muertes antes de consentir que la hieran, que ceder a tan odioso… ¡Oh!

—¡Esto es demasiado! –exclamó Hippolita–. ¡Cuántos crímenes puede arrastrar un solo crimen! Levántate, querida Isabella, no dudo de tu virtud. ¡Oh, Matilda, este golpe es muy fuerte para ti! No sufras, hija mía, y no digas una palabra, te lo pido. Recuerda, él sigue siendo tu padre.

—Pero tú también eres mi madre –replicó Matilda con fervor–. ¡Y eres virtuosa e inocente! ¿Cómo no puedo quejarme?

—No puedes –respondió Hippolita–. Vengan, todo estará bien. Manfred estaba trastornado y en agonía por la pérdida de su hijo y no sabía lo que decía. Tal vez Isabella no lo malinterpretó. Su corazón es bueno y tú, hija mía, no lo sabes todo. El destino pende sobre nosotros. La mano de la Providencia nos señala. ¡Oh! Si yo pudiera salvarnos del desastre –continuó en un tono más firme–. Sí, tal vez mi sacrificio nos expíe a todos: yo misma me ofreceré al divorcio… no sé qué será de mí. Me retiraré al monasterio y pasaré lo que me queda de vida orando y derramando lágrimas por mi hija y por el príncipe.

—Eres demasiado buena para este mundo –dijo Isabella– y Manfred es abominable. Pero no creas, señora, que tu debilidad decidirá por mí. Lo

juro, y pongo a los ángeles como testigo…

—Detente, te lo pido –exclamó Hippolita–, recuerda que no dependes de ti misma, tienes un padre.

—Mi padre es demasiado piadoso, demasiado noble, para ordenar un acto impío. Nunca lo haría. ¿Puede un padre impulsar un acto maldito? Yo estaba desposada al hijo, ¿puedo casarme con el padre? No señora, no. Ninguna fuerza me arrastrará al odioso lecho de Manfred. Lo detesto, lo aborrezco. Lo que se propone lo prohíben las leyes divinas y humanas. ¡Y mi amiga, mi querida Matilda! ¿Heriría su alma tierna al injuriar a su adorada madre? A mi propia madre, puesto que nunca he conocido otra.

—¡Oh! Ella es nuestra madre –exclamó Matilda– y la adoramos.

—Mis hijas amorosas –dijo Hippolita, conmovida–, su cariño me abruma, pero no puedo ceder ante él. No nos corresponde tomar esta decisión: el cielo y nuestros padres y esposos deben decidir por nosotras. Tengan paciencia hasta que sepan lo que han decidido Manfred y Frederic. Si el marqués acepta la mano de Matilda, sé que ella obedecerá. Que el cielo se interponga para evitar el resto. ¿Qué quiere decir esto hija mía? –preguntó mientras veía a Matilda caer a sus pies con un torrente de lágrimas–. Pero no, no me respondas, hija mía, no debo oír una palabra contra la voluntad de tu padre.

—¡Oh! No dudes de mi obediencia, de mi ciega obediencia hacia él y hacia ti –exclamó Matilda–. Pero, ¿cómo puedo ocultar un pensamiento a la mujer que más respeto, de la que no he recibido sino cariño y toda la bondad del mundo, a la mejor de las madres?

—¿Qué vas a decir? –preguntó Isabella temblando–. Compórtate, Matilda.

—No, Isabella. No sería digna de esta madre incomparable, si en lo más recóndito de mi alma alojara un pensamiento sin su permiso. No, la he ofendido. He permitido que un amor entrara en mi corazón sin su permiso. Pero lo confieso y me rindo al cielo y a ella…

—¡Hija mía! –exclamó Hippolita con sorpresa–. ¡Qué palabras son estas! ¿Qué nuevas calamidades nos ha reservado el destino? ¿Tú, un amor? En esta hora de destrucción…

—¡Oh! Comprendo la magnitud de mi culpa –dijo Matilda–. Me aborrezco si esto le causa dolor a mi madre. Ella es la cosa más querida que tengo en la tierra. ¡Oh! Nunca, nunca pensaré en él.

—Isabella –dijo Hippolita–. ¿Tenías noticia de este infeliz secreto, sea cual sea? ¡Habla!

—¿Cómo? –exclamó Matilda–. ¿He perdido el amor de mi madre hasta el punto que ella no me permite confesar mi propia culpa? ¡Oh desdichada, desdichada, Matilda!

—Eres demasiado cruel –le recriminó Isabella a Hippolita–. ¿No puedes concebir la angustia de esa mente virtuosa y compadecerte?

—¡Cómo no voy a compadecer a mi hija! –dijo Hippolita, tomando a Matilda en sus brazos–. ¡Oh! Sé que ella es buena. Ella es solo virtud, cariño y deber. ¡Te perdono, hija excelente, mi única esperanza!

Entonces las princesas le revelaron a Hippolita que ambas sentían atracción por Theodore y las intenciones de Isabella de renunciar a él y entregarlo a Matilda. Hippolita les recriminó su imprudencia y les mostró lo improbable de que sus respectivos padres consintieran entregar en matrimonio a sus herederas a un hombre tan pobre, aunque de cuna noble. Algo le tranquilizó saber que su amor era reciente y que Theodore tenía pocos motivos para sospechar que era correspondido. Les ordenó estrictamente evitar toda correspondencia con él, lo que Matilda prometió con fervor. Pero Isabella, empeñada en promover la unión del joven con su amiga, no quiso tomar la decisión de evitarlo y no dio respuesta.

—Iré al convento –dijo Hippolita–, y pagaré más misas para librarnos de estas calamidades.

—¡Oh, madre mía! –se lamentó Matilda–. Quieres abandonarnos, quieres tomar los hábitos y darle a mi padre la oportunidad de seguir sus fatales intenciones. ¡Ay! De rodillas te pido que no lo hagas, ¿me dejarías a merced de Frederic? Te seguiré al convento.

—Tranquilízate, hija mía –respondió Hippolita–, volveré en un instante. Nunca te abandonaré, a menos que esa sea la voluntad del cielo y sea por tu bien.

—No me engañes. No me casaré con Frederic hasta que lo ordenes. ¡Ay! ¿Qué será de mí?

—¿Por qué haces esa pregunta? He prometido regresar.

—¡Ah, madre mía! –exclamó Matilda– quédate y sálvame de mí misma. Un enfado tuyo podrá hacer más que toda la dureza de mi padre. He entregado mi corazón y sólo tú me lo puedes devolver.

—Basta –dijo Hippolita–, no puedes recaer, Matilda.

—Puedo renunciar a Theodore –dijo–, pero ¿debo casarme con otro? Déjame ir al convento y apartarme del mundo para siempre.

—Tu destino depende de tu padre –dijo Hippolita–. De nada habrá servido el cariño que te he otorgado si reverencias a alguien más que a él. ¡*Adieu*, hija mía! Iré a rezar por ti.

La verdadera intención de Hippolita era preguntarle a Jerome si ella podría negarse al divorcio. En ocasiones anteriores le había pedido a Manfred que renunciara al principado porque constituía una carga excesiva para su delicada conciencia, y estos escrúpulos hacían que la separación de su marido pareciera menos dolorosa que en otra circunstancia.

Cuando Jerome salió del castillo por la noche, interrogó con severidad a Theodore sobre por qué lo había acusado de ser cómplice de su escape ante Manfred. El joven confesó que lo hizo con la intención de evitar que el tirano sospechara de Matilda y añadió que la condición de santidad de Jerome lo protegía de su ira. El monje se lamentó al descubrir la atracción de su hijo por la princesa y lo dejó ir a descansar, no sin antes prometerle que en la mañana le haría saber algunas razones que lo harían abandonar su pasión.

Theodore, al igual que Isabella, no estaba acostumbrado a la autoridad paterna y no podía someter a ella los impulsos de su corazón. Tenía poca curiosidad de saber las razones del fraile, y mucho menos disposición para obedecerlo. La hermosa Matilda había dejado en él una impresión más fuerte que el afecto filial. Toda la noche se complació con fantasías amorosas y solo después del oficio de la mañana recordó las órdenes del fraile de verlo en la tumba de Alfonso.

—Joven –dijo Jerome cuando lo vio–, esta tardanza me disgusta, ¿tan poco pesan las órdenes de un padre?

Theodore dio excusas torpes y atribuyó su retraso a haberse quedado dormido.

—¿Y con quién soñabas? –preguntó el fraile con severidad.

Su hijo se ruborizó.

—Ven, ven, joven desconsiderado –continuó–. Esto no puede ser. Saca esa pasión culposa de tu pecho.

—¡Pasión culposa! –exclamó Theodore–. ¿Puede la culpa habitar junto a la inocente belleza y la virtuosa modestia?

—Es pecaminoso adorar a quienes al cielo ha condenado a la destrucción. Una raza de tiranos debe ser eliminada de la tierra hasta la

tercera y cuarta generación.

—¿Castigará el cielo a los inocentes por los crímenes de los culpables? –preguntó Theodore–. La bella Matilda tiene virtudes suficientes…

—Para destrozarte –interrumpió Jerome–. ¿Tan rápido has olvidado que dos veces el salvaje Manfred ha decretado tu muerte?

—Tampoco he olvidado, señor –respondió Theodore–, que la caridad de su hija me liberó de su poder. Puedo olvidar los insultos pero nunca los favores.

—Los insultos que has recibido de la estirpe de Manfred –dijo el fraile– van más allá de lo que puedas concebir. No respondas y mira esta imagen sagrada. Bajo este monumento de mármol descansan las cenizas del buen Alfonso, un príncipe adornado con todas las virtudes. ¡El padre de su pueblo! ¡El deleite de la humanidad! Arrodíllate, niño testarudo, y escucha mientras tu padre cuenta una historia de horror que expulsará todo sentimiento de tu alma, salvo el de sagrada venganza… ¡Alfonso! ¡Un príncipe injuriado! Que tu sombra insatisfecha permanezca en el aire afligido mientras estos labios temblorosos… ¡Ah! ¿Quién viene ahí?

—La mujer más desdichada –respondió Hippolita entrando al coro–. Buen padre, ¿estás en descanso? ¿Por qué este joven se arrodilla? ¿Qué significa el horror en sus rostros? ¿Por qué están en esta venerable tumba? ¡Ay! ¿Han visto lo suficiente?

—Estamos elevando nuestras oraciones al cielo –respondió el fraile con algo de confusión– para poner fin a las aflicciones de esta provincia deplorable. ¡Únase a nosotros, señora! Su alma inmaculada puede librarla de los augurios de estos días que elocuentemente se levantan sobre su casa.

—Le rezo con fervor al cielo para alejarlos –dijo la piadosa princesa–. Usted sabe que he ocupado mi vida implorando una bendición sobre mi señor y mis hijos inocentes. ¡Uno, ay, me ha sido arrebatado! ¡Que el cielo me escuche y salve a mi pobre Matilda! ¡Padre, interceda por ella!

—Todos los corazones la bendecirán –exclamó Theodore en éxtasis.

—No seas tonto, joven imprudente –le recriminó Jerome–. Y tú, querida princesa, no pelees con los poderes del cielo. El Señor da y el Señor quita. Bendice su santo nombre y ríndete a sus decretos.

—Lo hago de manera devota –dijo Hippolita– pero, ¿Él me quitará mi único consuelo? ¿Debe también morir Matilda? Ay, Padre, he venido… pero despida a su hijo. Ningún oído salvo el suyo debe escuchar lo que vengo a decir.

—¡Que el cielo le conceda todos sus deseos, excelente princesa! –exclamó Theodore retirándose. Jerome frunció el ceño.

Hippolita entonces le dio a conocer al fraile la propuesta que le había sugerido a Manfred, su aprobación y el ofrecimiento que iban a hacerle a Frederic de la mano de Matilda. Jerome no pudo ocultar su disgusto por esta iniciativa, pero lo escondió con el pretexto de que era improbable que Frederic, el pariente más cercano a Alfonso y quien venía a reclamar su sucesión, cediera a una alianza con el usurpador de sus derechos. Pero nada pudo equipararse a la perplejidad del fraile cuando Hippolita confesó su intención de no oponerse a la separación, y le preguntó por su opinión sobre la legalidad de su consentimiento. El fraile respondió ansiosamente su petición de consejo y, sin explicar su aversión hacia el matrimonio de Manfred e Isabella, le pintó con los colores más alarmantes lo pecaminoso que resultaba su consentimiento, advirtiéndole los juicios que habría en su contra si accedía, y le ordenó en los términos más severos tratar con indignación y rechazo cualquier propuesta.

Mientras tanto, Manfred había comunicado su intención a Frederic y propuso un matrimonio doble. El débil príncipe, que había quedado impresionado con los encantos de Matilda, escuchó con ganas la oferta. Olvidó su enemistad con Manfred, a quien le sería muy difícil desposeer por la fuerza, y pensando que sería improbable que su hija tuviera descendencia con el tirano, concluyó que su boda con Matilda sería la manera más fácil de obtener la sucesión al principado. Fingió oponerse a esta propuesta y, para mantener las apariencias, manifestó que no consentiría a menos de que Hippolita estuviera de acuerdo con el divorcio.

Manfred se encargaría de eso. Conducido por su éxito e impaciente por verse ya en la situación de poder tener herederos, se apresuró hacia el aposento de su esposa decidido a obligarla a consentir al divorcio. Se indignó al darse cuenta de que estaba en el convento. Su mala conciencia le sugería la probabilidad de que Isabella le hubiera informado sus intenciones. Llegó a pensar que su retiro al claustro significaba que se quedaría allí hasta que pudiera impedir el divorcio. Las sospechas que ya tenía sobre Jerome lo hicieron intuir que el fraile no solo se atravesaría en sus visiones, sino que había persuadido a Hippolita para que se refugiara en el convento. Impaciente por despejar esta incógnita y por impedir que lo derrotaran, Manfred corrió hacia el convento y llegó en el mismo momento en que el fraile ordenaba a la princesa jamás ceder al divorcio.

—Señora –dijo Manfred–, ¿qué asunto la trae hasta acá? ¿Por qué no esperó a que regresara de ver al marqués?

—Vine a implorar una bendición sobre tus designios –respondió Hippolita.

—Mis designios no necesitan de la intercesión de un fraile –dijo Manfred–. De todos los hombres, ¿es este viejo traidor el único con el que te place reunirte?

—¡Príncipe profano! –exclamó Jerome–. ¿Es el altar el lugar que escoge para insultar a sus servidores? Manfred, sus planes impíos son conocidos. Dios y esta dama virtuosa los saben. No, no frunza el ceño, príncipe. Rechazamos sus amenazas y los truenos del cielo ahogarán su ira. No se atreva a proceder en la intención maldita del divorcio, hasta que Iglesia dé a conocer su sentencia. ¡Lo hiero con una lanza y pronuncio un anatema sobre su cabeza!

—¡Osado rebelde! –respondió Manfred, esforzándose por esconder el pavor que le habían inspirado las palabras del fraile–. ¿Usted se atreve a amenazar a su príncipe legítimo?

—Usted no es un príncipe legítimo –exclamó Jerome–. Usted ni siquiera es príncipe. Vaya, discuta las exigencias que le hace Frederic y cuando eso termine…

—Ya terminó –respondió Manfred–. Frederic aceptó la mano de Matilda y está dispuesto a condonar sus exigencias, a menos de que yo no tenga descendencia masculina.

En el momento en el que dijo estas palabras, tres gotas de sangre cayeron de la nariz de la estatua de Alfonso. Manfred palideció y la princesa se arrodilló.

—¡Observen! –exclamó el fraile–. ¡Este indicio milagroso señala que la sangre de Alfonso nunca se mezclará con la de Manfred!

—Mi gentil señor –dijo Hippolita– sometámonos al cielo. No piense que su obediente esposa se revela contra su autoridad. No tengo otra voluntad que para mi señor y para la Iglesia. Apelemos a este venerado tribunal. No depende de nosotros romper los vínculos que nos unen. Si la Iglesia aprueba la disolución de nuestro matrimonio, que así sea. Me quedan pocos y muy dolorosos años de vida. ¿Dónde pueden transcurrir mejor que al pie de este altar, rezando por usted y por Matilda?

—No se quedará acá hasta ese momento –dijo Manfred–. Vuelva conmigo al castillo y allí tomaré las medidas adecuadas para el divorcio.

Pero este entrometido fraile no viene con nosotros, mi hospitalario techo nunca más alojará a un traidor… y a su vástago lo destierro de mis dominios. Que yo sepa, él no es un personaje sagrado, ni está bajo la protección de la Iglesia. Quien quiera que se case con Isabella, no será el hijo advenedizo del padre Falconara.

—Advenedizos –respondió el Fraile– quienes se apoderan del trono de un príncipe legítimo. Pero se marchitan como la hierba y nadie los recuerda.

Manfred le lanzó una mirada de desprecio al fraile y guió a Hippolita fuera de la iglesia. Sin embargo, en la puerta le susurró a uno de sus ayudantes que se quedara escondido cerca del convento y que le trajera noticias inmediatamente si alguien proveniente del castillo llegaba allí.

CAPÍTULO V

TRAS REFLEXIONAR sobre el comportamiento del fraile, Manfred se convencía cada vez más de que Jerome estaba al tanto del amorío entre Isabella y Theodore. Su nueva arrogancia, tan disonante con su humildad habitual, le inspiraban un profundo recelo. El príncipe sospechaba que el fraile contaba con el apoyo secreto de Frederic, cuya llegada había coincidido con la sorprendente nueva aparición de Theodore. Aún más, le turbaba el parecido del joven con el retrato de Alfonso, quien había muerto sin dejar descendencia. Sin embargo, Frederic había accedido a entregarle a Isabella. Estas contradicciones agitaban su mente con un sinnúmero de tormentas. Sólo veía dos maneras de liberarse de estas dificultades.

La primera era renunciar a sus dominios y entregárselos al marqués, pero el honor, la ambición y su creencia en antiguas profecías que indicaban la posibilidad de conservarlos a posteridad combatían este pensamiento. La otra era apresurar su matrimonio con Isabella.

Después de mucho rumiar estos pensamientos ansiosos mientras caminaba en silencio con Hippolita hacia el castillo, terminó por manifestarle a la princesa la razón de su desasosiego y recurrió a cada argumento seductor y plausible para hacer que accediera al divorcio o, al menos, su promesa de promoverlo. Hippolita necesitaba poca persuasión para complacerlo. Se esforzaba por convencerlo de que renunciara a sus dominios pero, al ver que sus llamados eran infructuosos, le aseguró que no se opondría a la separación mientras su conciencia se lo permitiera. Sin embargo, a menos que él alegara razones mejor fundamentadas que las que había manifestado hasta entonces, no se comprometería a solicitarlo activamente.

Aunque inadecuada, esta conformidad era suficiente para levantar las esperanzas de Manfred. Confiaba que su poder y riqueza fácilmente avanzarían la demanda en la corte de Roma, donde proponía enviar a Frederic para que expusiera el caso. Ese príncipe sentía tanta pasión por

Matilda, que Manfred esperaba obtener cuanto deseara por medio de entregarle o negarle los encantos de su hija, de acuerdo a como el marqués cooperara con sus planes. Incluso la ausencia de Frederic sería un punto ganado, hasta que pudiera tomar mejores medidas para su seguridad.

Despidió a Hippolita en su aposento y se encaminó al del marqués, pero cuando cruzaba el gran salón se encontró con Bianca. Sabía que era la doncella de confianza de las dos jóvenes damas. Inmediatamente se le ocurrió sondearla sobre Isabella y Theodore. La llamó a un lado del mirador de la sala y, halagándola con palabras bonitas y promesas, le preguntó si sabía algo de los afectos de Isabella.

—¿Yo, mi señor? ¡No, mi señor! ¡Sí, mi señor! La pobre señora está muy preocupada por las heridas de su padre, pero le dije que se mejorará. ¿No lo cree su alteza?

—No te pregunto qué piensa ella sobre su padre –respondió Manfred–. Tú conoces sus secretos. Ven, sé una buena niña y cuéntame si hay algún joven… ¡Ja!... tú me entiendes.

—¡Dios me ampare! ¿entender a su alteza? No, no lo entiendo. Le recomendé algunas hierbas medicinales y que guardara reposo…

—Que no estoy hablando sobre su padre –insistió el príncipe con impaciencia–. Sé que se recuperará.

—¡Bendito sea! Me regocija saber que así lo cree su alteza. Yo pienso que no es correcto dejar que mi joven señora sea infeliz. A pesar de que su señoría tiene una mirada lánguida y algo… recuerdo cuando el joven Ferdinand fue herido por los venecianos.

—¡Contesta lo que te pregunto! –interrumpió Manfred–. Ten, toma esta joya. Tal vez mejore tu concentración. Déjate de reverencias, mis favores no terminarán acá. Ven, cuéntame la verdad, ¿cómo se encuentra el corazón de Isabella?

—Bueno, su alteza tiene sus modos –dijo Bianca–, a decir verdad, ¿puede su alteza guardar un secreto? Si alguna vez sale de sus labios…

—No saldrá, no saldrá –prometió Manfred.

—Júrelo, su alteza, por todo lo que es sagrado. Si alguna vez se sabe que dije alguna palabra. Porque, la verdad sea cierta, no creo que la señora Isabella sintiera mucho afecto por mi joven señor, su hijo, aunque era el joven más dulce que he visto. Estoy segura de que si yo hubiera sido una princesa… ¡Dios mío! Debo ir a ayudar a la señora Matilda. Se debe estar preguntando qué ha pasado conmigo.

—Quédate –exclamó Manfred–, no has contestado mi pregunta. ¿Has llevado algún mensaje, alguna carta?

—¿Yo? ¡Dios santo! –exclamó Bianca– ¿llevar una carta? No se la llevaría ni a una reina. Espero que su alteza piense que, aunque soy pobre, soy honrada. ¿Alguna vez su alteza escuchó lo que el conde de Marsigli me ofreció cuando vino a enamorar a mi señora?

—No tengo el tiempo para escuchar esa historia –dijo Manfred–. No cuestiono tu honestidad, pero es tu deber no esconderme nada. ¿Hace cuánto se conocen Isabella y Theodore?

—¡Nada se le escapa a su alteza! –dijo Bianca–. Pero no estoy enterada de ese asunto. Sin duda Theodore es un joven correcto y, como dice mi señora Matilda, la viva imagen del buen Alfonso. ¿No se ha dado cuenta de esto, su alteza?

—Sí, sí… ¡No me tortures! –dijo Manfred– ¿Dónde se conocieron? ¿Cuándo?

—¿Quién? ¿mi señora Matilda y el joven Theodore? –preguntó Bianca.

—No, no Matilda. Isabella. ¿Cuándo fue la primera vez que Isabella conoció a este tal Theodore?

—Virgen santa, ¿cómo voy a saber? –preguntó Bianca.

—¡Tú debes saber! ¡Sé que lo sabes!

—Señor, ¿su alteza no estará celoso del joven Theodore?

—¿Celoso? No, no. ¿Por qué habría de estar celoso? A lo mejor quiero que estén juntos. Pero para eso necesito estar seguro de que Isabella no se opondría a esto…

—¿Oponerse? Jamás, eso se lo garantizo –respondió Bianca–. Él es tan guapo como jamás se ha visto en suelo cristiano. Todas estamos enamoradas de él, no hay una sola alma en el castillo que no se alegraría de tenerlo como nuestro príncipe… digo, cuando el cielo disponga del alma de su alteza.

—¿Es cierto que las cosas han ido tan lejos? ¡Oh! ¡Ese maldito fraile! –exclamó Manfred–. No debo perder tiempo. ¡Ve, Bianca! Atiende a Isabella, pero no digas una palabra de lo sucedido. Entérate qué siente hacia Theodore. Si traes buenas noticias, ese anillo tendrá un compañero. Espérame al pie de la escalera en caracol: voy a visitar al marqués y a mi regresó hablaré contigo.

Después de conversar sobre generalidades, Manfred le dijo a Frederic que tenía que hablarle de asuntos urgentes y le pidió que despidiera a sus

dos caballeros. Tan pronto como estuvieron a solas, empezó con taimado disimulo a hablarle sobre Matilda y, encontrando que estaba dispuesto a complacer sus deseos, le insinuó algunas dificultades que podrían enfrentarse en la celebración de su boda, a menos que…

En ese instante Bianca entró al cuarto con una mirada salvaje y gestos de máximo terror.

—¡Señor! ¡Mi señor! –exclamó–. ¡Estamos perdidos! ¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto!

—¿Quién ha vuelto? –preguntó Manfred, sorprendido.

—¡Oh, la mano! ¡La mano gigante! ¡La mano! –respondió Bianca–. Sosténgame, estoy fuera de mí. No dormiré esta noche en el castillo. ¿Qué será de mí? Vendré por mis cosas mañana. ¡Me hubiera contentando con casarme con Francesco! Esto me pasa por ambiciosa.

—¿Qué te ha aterrado, joven dama? –preguntó el marqués–. Aquí estás a salvo, no te alarmes.

—¡Oh! Su alteza es maravilloso y bondadoso –dijo Bianca– pero no me atrevería… Se lo ruego, permítame que me retire. Prefiero dejarlo todo que estar una hora más bajo este techo.

—¡Vete! –dijo Manfred–. ¿Te has vuelto loca? No nos interrumpas, estamos hablando de asuntos importantes. Mi señor, esta sirvienta es dada a los ataques. Ven conmigo, Bianca.

—¡Por todos los santos! ¡No! –exclamó Bianca–. Ha venido a advertirle a su alteza. ¿Por qué habría de aparecérseme a mí? Rezo mis oraciones en la mañana y en la noche. ¡Ay, si su alteza le hubiera creído a Diego! Esa es la misma mano que él vio con el pie en la habitación junto a la galería. El padre Jerome nos ha dicho a menudo que la profecía se cumpliría uno de estos días. «Bianca –me dijo–, cree en mis palabras».

—Desvarías –dijo Manfred con ira–. Vete y llévate esas tonterías para asustar a tus compañeros.

—¿Cómo, señor? –exclamó Bianca–, ¿usted cree que no he visto nada? Vaya usted mismo al pie de la gran escalera y véalo tan vivo como yo lo vi.

—Dinos, hermosa doncella, ¿qué es lo que has visto? –preguntó Frederic.

—¿Va a dar crédito, su alteza, al delirio de una tonta sirvienta que cree en las historias de fantasmas que ha escuchado? –preguntó Manfred al marqués.

—Esto parece ser algo más que una fantasía –replicó el marqués–, su miedo es muy fuerte e intenso como para ser obra de la imaginación. Dinos,

hermosa doncella, ¿qué es lo que te ha conmovido así?

—Gracias, mi señor –dijo Bianca–, creo que me veo muy pálida. Estaré mejor cuando me haya recuperado. Iba a la habitación de mi señora Isabella, como lo ordenó su alteza…

—No queremos oír detalles –interrumpió Manfred–, a menos que el marqués quiera saberlo. Continúa, pero sé breve.

—Es que su alteza me amedrenta –respondió Bianca–. Temo por mi cabello. Estoy segura que nunca en mi vida… Bueno, como les estaba contando, iba por orden de su alteza a la habitación de mi señora Isabella, quien duerme en la habitación del color turquesa, a la derecha de las escaleras… Entonces cuando llegué allá estaba contemplando el regalo de su alteza.

—¡Concédeme paciencia! –gritó Manfred–, ¿es que esta sirvienta nunca llegará al grano?, ¿qué le importa al Marqués que te haya dado una baratija como recompensa por tu leal ayuda a mi hija? Queremos saber qué viste.

—Se lo iba a decir a su alteza, si me lo permite –continuó Bianca–. Así que mientras estaba frotando el anillo, estoy segura que no había subido tres escalones, cuando escuché el sonido de una armadura. Por todos los santos, era el mismo ruido que Diego dijo que había escuchado cuando el gigante se le apareció en el salón junto a la galería.

—¿De qué gigante habla, mi señor? –preguntó el marqués–, ¿su castillo está embrujado por gigantes y espectros?

—¡Dios! ¿Cómo? ¿No ha escuchado la historia del gigante en la galería? –exclamó Bianca–. Me sorprende que su alteza no le haya contado. Quizá tampoco sepa que hay una profecía.

—Esta necedad es intolerable –interrumpió Manfred–. Despidámonos de esta tonta sirvienta, mi señor. Tenemos asuntos más importantes qué discutir.

—Por favor –dijo Frederic–, estas no son necedades. El enorme sable que encontré en el bosque, el yelmo, ¿son acaso visiones inventadas por el cerebro de esta pobre doncella?

—Así lo piensa Jaquez –dijo Bianca–. Él dice que antes de que pase esta luna veremos una revolución extraña. Por mi parte, no me sorprendería si pasara mañana. Porque, como lo venía diciendo, cuando escuché el ruido de la armadura estaba sudando frío. Levanté la vista y, si su alteza me cree, vi en la baranda de arriba de las escaleras una armadura tan grande como lo grande. Pensé que me había desmayado, pero corrí y no paré hasta llegar

acá o si no ya estaría fuera del castillo. Mi señora Matilda me dijo ayer en la mañana que su alteza Hippolita sabía algo.

—¡Eres una insolente! –exclamó Manfred–. Señor marqués, mucho me parece que esta escena ha sido armada para insultarme. Mis propios criados han sido sobornados para esparcir cuentos que hieran mi honor. Sostenga el reclamo que hace del principado con hombría o sepultemos nuestras diferencias, como lo propuse, con el matrimonio de nuestras hijas. No es digno de un príncipe como usted recurrir a sirvientes mercenarios.

—Desprecio tus acusaciones –dijo Frederic–. Hasta este momento nunca había visto a esta damisela y no le he regalado ninguna joya. Mi señor, su conciencia y su culpa lo acusan y arroja sospechas sobre mí. Guarde a su hija y no piense más en Isabella, pues las maldiciones que pesan sobre su casa me prohíben unirme a ella.

Alarmado por el tono decidido con el que Frederic decía estas palabras, Manfred se esforzó en calmarlo. Despachó a Bianca, le hizo varias promesas al marqués y elogió tanto la belleza de Matilda que Frederic cedió una vez más. Sin embargo, como su pasión era tan reciente, no alcanzaba a sobrepasar las dudas que le habían nacido. Había escuchado el discurso de Bianca lo suficiente para convencerse de que el cielo se había puesto en contra de Manfred. Los matrimonios propuestos aplazaban sus demandas y el principado de Otranto era una tentación muy grande como para que fuera contingente a lo que pasara con Matilda. Aún no iba a retirarse del todo del compromiso y, proponiéndose a ganar tiempo, le preguntó a Manfred si era verdad que Hippolita había accedido al divorcio. El príncipe, entusiasmado al ver que no había otro obstáculo y convencido de su influencia sobre su esposa, le aseguró al marqués que así era y que debería satisfacerlo escuchar esa verdad de su propia boca.

Mientras hablaban, se les avisó que el banquete estaba listo. Manfred condujo a Frederic al gran salón, donde fue recibido por Hippolita y las jóvenes princesas. Colocó al marqués junto a Matilda, y se sentó entre su esposa e Isabella. Hippolita se comportó tranquila y solemne, pero las jóvenes damas permanecieron calladas y melancólicas. Manfred, determinado a continuar su asunto con el marqués en lo que quedaba de la velada, alargó el festín hasta entrada la noche, fingiendo alegría desatada y atiborrando a Frederic con cálices llenos de vino. El marqués, más a la defensiva de lo que Manfred deseaba, rechazaba las copas bajo el pretexto de su reciente pérdida de sangre. El príncipe, para animar su propio espíritu

desordenado y aparentar poca preocupación, se complació bebiendo bastante pero sin llegar a la intoxicación de sus sentidos. La noche había avanzado y el banquete había concluido. Manfred quiso retirarse a solas con Frederic, pero el marqués alegó sentirse muy débil y necesitado de reposo y se retiró a su habitación de manera galante, diciéndole al príncipe que su hija iba a entretenerlo hasta que él pudiera atenderlo. Manfred aceptó la partida, y a pesar del disgusto de Isabella, la acompañó a su aposento. Matilda esperó a su madre para disfrutar la frescura de la noche en las murallas del castillo.

Tan pronto como el grupo se dispersó, Frederic abandonó su recámara y preguntó si Hippolita estaba sola. Uno de los criados, que no se había dado cuenta de que ella había salido le dijo que, por lo general, a esa hora ella se retiraba al oratorio y que seguramente allí la encontraría. La pasión del marqués había aumentado durante el ágape, pues no había dejado de contemplar a Matilda. Ahora insistía en encontrar a Hippolita en la disposición que su señor había prometido. Los presagios que lo habían alarmado se le olvidaron ante su deseo. Se deslizó suavemente y sin que nadie lo viera al aposento de Hippolita, y entró con la determinación de alentar su consentimiento al divorcio, después de darse cuenta de que Manfred estaba decidido a poseer a Isabella de cualquier manera, antes de entregarle a Matilda.

El marqués no se sorprendió con el silencio que reinaba en el aposento de la princesa. Concluyendo que, como le habían advertido, estaba el oratorio, siguió adelante. La puerta estaba entreabierta, la noche sombría y nublada. Abrió la puerta suavemente y vio a una persona arrodillada ante el altar. Mientras se acercaba, no le pareció que era una mujer, sino que era una figura alta vestida de lana la que le daba la espalda. Parecía absorta en la oración. El marqués estaba a punto de retirarse cuando la figura hizo el ademán de levantarse y permaneció unos segundos en meditación, sin darse cuenta de su presencia. Frederic esperaba que el santo diera un paso adelante y, queriendo excusar su intrusión, dijo:

—Reverendo padre, busco a Hippolita.

—¿Hippolita? –respondió la voz hueca–. ¿Vienes a este castillo a buscar a Hippolita?

La figura se dio la vuelta de manera muy lenta. Le mostró a Frederic las mandíbulas descarnadas y las cuencas vacías de una calavera envueltas en el traje de un ermitaño.

—¡Que me protejan los ángeles del señor! –exclamó Frederic, retrocediendo.

—¡Hazte merecedor de esa protección! –dijo el espectro.

Frederic, cayendo de rodillas, le rogó que tuviera compasión de él.

—¿No me recuerdas? –preguntó la aparición–. ¡Recuerda el bosque de Joppa!

—¿Eres tú aquel santo ermitaño? –preguntó Frederic, temblando–. ¿Qué puedo hacer para que tengas paz eterna?

—¿Fuiste liberado de cautiverio para buscar deleites carnales? –preguntó el espectro–. ¿Te has olvidado del sable enterrado y de los mandatos del cielo que estaban allí grabados?

—No los he olvidado –respondió Frederic–, pero dime, espíritu bendito, ¿por qué son una tarea para mí? ¿Qué me queda por hacer?

—¡Olvidarte de Matilda! –dijo el espectro y se esfumó.

La sangre de Frederic se heló en sus venas. Por algunos minutos se quedó inmóvil. Luego cayó postrado sobre el altar y rogó la intercesión de todos los santos por su perdón. Las lágrimas lo inundaron en este arrebato y la imagen de la hermosa Matilda se alzó sobre sus pensamientos a pesar suyo. Se tumbó en el suelo debatiéndose entre la pasión y la penitencia. Antes de poder recuperarse de la agonía de su espíritu, la princesa Hippolita entró sola al oratorio sosteniendo una vela en la mano. Al ver a un hombre inmóvil en el suelo, creyéndolo muerto, dio un grito. Su miedo hizo que Frederic se incorporara. Se levantó de repente, con el rostro cubierto por las lágrimas, dispuesto a huir, pero Hippolita lo detuvo y le ordenó con voz compasiva que explicara la causa de su aflicción y por qué azar extraño lo había encontrado allí de esa forma.

—¡Ah, princesa virtuosa! –dijo el marqués, lleno de dolor. Luego guardó silencio.

—¡Por el amor al cielo, mi señor! –dijo Hippolita–. Revéleme la causa de este arrebato. ¿Qué son estos sonidos pesarosos, este llamado alarmante a mi nombre? ¿Qué más le depara el cielo a la desdichada Hippolita? ¡Sigue sin decir nada! Por todos los ángeles, se lo ruego, noble príncipe –continuó mientras caía a sus pies– revele el significado de lo que yace en tu corazón. Sé lo que está sintiendo; siente las agudas punzadas de la pena que me inflige. ¡Hable por piedad! ¿Lo que sabe tiene algo que ver con mi hija?

—No puedo hablar –exclamó Frederic, separándose de ella–. ¡Oh, Matilda!

Frederic dejó de manera abrupta a la princesa y se apresuró a su aposento. En la puerta fue abordado por Manfred, quien sonrojado por el vino y el amor había venido a buscarlo para proponerle que mataran algunas horas de la noche con música y festejo. Ofendido por una invitación tan disonante al estado de ánimo de su alma, lo empujó de manera brusca a un lado y entró a su habitación, le cerró la puerta con fuerza en la cara y echó cerrojos. El arrogante príncipe se enfureció ante este comportamiento sin explicación y se retiró en un estado mental capaz de los peores excesos. Mientras cruzaba el patio, encontró al criado que había puesto en el convento para espiar a Jerome y a Theodore. Este hombre, casi sin aliento por la prisa con la que había venido, le informó a su señor que Theodore y una dama del castillo estaban en este instante en una reunión privada en la tumba de Alfonso en la iglesia de San Nicolás. Había seguido a Theodore hasta allá, pero la oscuridad de la noche había evitado que reconociera quién era la mujer.

Manfred, cuyo espíritu estaba exacerbado y a quien Isabella había apartado de sí con rapidez, no dudó que la impaciencia que la princesa había expresado se debía a que iría a encontrarse con Theodore. Provocado por esta conjetura y enfurecido con el padre de Isabella, se apuró en secreto hacia la gran iglesia. Se deslizó cautelosamente por los pasillos, guiado por la débil luz de luna que brillaba a través de las ventanas hasta la tumba de Alfonso, donde escuchó los murmullos indistintos de quienes buscaba. Los primeros sonidos que pudo distinguir fueron:

—¿Depende de mi? ¡Ay, Manfred nunca permitirá nuestra unión!

—¡No, esto lo impedirá! –exclamó el tirano, sacando su daga y clavándola por encima del hombro en el pecho de la persona que hablaba.

—¡Ay, estoy herida! –exclamó Matilda, desplomándose–. ¡Cielo santo, recibe mi alma!

—¡Monstruo inhumano y salvaje! ¿Qué ha hecho? –gritó Theodore, abalanzándose sobre él y tomando la daga.

—¡Detén tu mano impía! –exclamó Matilda–. ¡Es mi padre!

Manfred, como despertando de un trance, se golpeó en el pecho, torció sus manos y trató de recuperar la daga de Theodore para darse muerte a sí mismo. Pero Theodore, quien controlaba la tribulación de su pena para poder ayudar a Matilda, había provocado con sus gritos la llegada de algunos monjes que habían venido a su auxilio. Mientras parte de ellos se esforzaba en concertar al afligido Theodore para detener la sangre de la

princesa moribunda, el resto impedía que Manfred lanzara sus violentas manos sobre sí mismo.

Resignada pacientemente a su destino, Matilda miraba con gratitud amorosa a Theodore. Mientras reunía el aliento que le permitiera hablar, rogó a sus ayudantes que consolaran a su padre. Para este momento Jerome, quien había escuchado las fatales noticias, se acercó a la iglesia. Su mirada parecía reprochar a Theodore, pero dirigiéndose a Manfred dijo:

—¡Contempla, tirano, la calamidad que ha caído sobre tu cabeza impía! La sangre de Alfonso clamaba venganza al cielo, y el cielo ha permitido que su altar se manchara con un asesinato en el que derramaste tu propia sangre a los pies del sepulcro del príncipe.

—¡Hombre cruel! –exclamó Matilda–, estás agravando el dolor de un padre. Que el cielo bendiga a mi padre y lo perdone como yo lo he perdonado. Mi señor, mi gentil señor, ¿perdonas a tu hija? En realidad no vine acá a encontrarme con Theodore, sino a rezar sobre esta tumba a donde mi madre me envió para interceder por nosotros. Querido padre, bendice a tu hija y di que la perdonas.

—¿Perdonarte? ¡Soy un monstruo homicida! –exclamó Manfred–. ¿Pueden los asesinos perdonar? Te confundí con Isabella, pero el cielo dirigió mi mano sanguinaria contra el corazón de mi hija. ¡Oh, Matilda! No puedo ni hablar… ¿Puedes tú perdonar la ceguera de mi rabia?

—Puedo y lo hago. ¡Que el cielo lo confirme! –dijo Matilda–. Pero mientras tengo fuerzas para pedirlo… ¡Oh, mi madre! ¿Qué sentirá? ¿La consolarás, mi señor? ¿No la harás a un lado? ¡Ella te ama! ¡Oh, me desmayo! Llévenme al castillo. ¿Me puede alcanzar el aliento para que ella me cierre los ojos?

Theodore y los monjes le rogaron que se dejara conducir al convento, pero la princesa insistió tanto que fue llevada hasta el castillo. La pusieron sobre una camilla y la trasladaron hacia allá como lo pidió. Theodore, sostenía su cabeza con el brazo y se inclinaba sobre ella, soportando la agonía del amor desesperado y se esforzaba por infundirle las esperanzas de vida. Jerome, por otro lado, la consolaba con sermones sobre el cielo y sostenía un crucifijo ante ella, que la princesa bañaba con lágrimas inocentes, preparándose para su paso hacia la vida eterna. Manfred, hundido en el dolor más profundo, seguía la camilla desolado.

Antes de que llegaran al castillo, Hippolita, informada de la horrible catástrofe, había salido a encontrarse con su hija. Pero cuando vio la

afligida procesión, su pena fue tan inmensa que la privó de sentido y cayó desmayada. Isabella y Frederic, que la ayudaban, estaban también abrumados por el dolor. Matilda era la única que parecía no darse cuenta de su situación, pues todos sus pensamientos estaban volcados hacia el cariño que sentía por su madre. Ordenó parar la camilla y, tan pronto como Hippolita volvió en sí, llamó a su padre. Él se acercó, incapaz de hablar. Matilda tomó su mano y la de su madre y las juntó con las suyas apretándolas sobre el corazón. Manfred no pudo soportar este conmovedor acto de piedad. Se tiró al suelo y maldijo el día que había nacido. Isabella, temiendo que estos arrebatos fueran más de lo que Matilda podía soportar, ordenó que Manfred fuera llevado a su aposento y que Matilda fuera dirigida a la habitación más cercana. Hippolita, a duras penas más viva que su hija, no prestaba atención sino a ella. Pero cuando con una tierna solicitud Isabella la invitó a retirarse mientras los médicos examinaban la herida de Matilda, gritó:

—¡Salir de acá! ¡Nunca! He vivido por ella y moriré con ella.

Matilda abrió los ojos al oír la voz de su madre, pero los volvió a cerrar sin decir nada. Su pulso débil y la frialdad húmeda de su mano disipaban toda esperanza de que se recuperara. Theodore siguió a los cirujanos a la habitación y los escuchó pronunciar la fatal sentencia con un arrebato frenético.

—Como ella no pudo ser mía en vida –exclamó–, al menos lo será en la muerte. ¡Padre! ¡Jerome! ¿unirás nuestras manos? –pidió al fraile quien, junto con el marqués, había seguido a los cirujanos.

—¿Qué significa este impulso descuidado? –dijo Jerome–. No es momento para bodas.

—Lo es –exclamó Theodore– ¡Ay! ¡No hay otro!

—Jovencito, eres demasiado insensato –dijo Frederic–. ¿Crees que estamos en esta hora fatal para escuchar tus arrebatos de cariño? ¿Qué intenciones tienes con la princesa?

—Las que tiene un príncipe –dijo Theodore– que es soberano de Otranto. Este reverendo hombre, mi padre, me ha informado quien soy yo.

—Deliras –dijo el marqués–. No hay príncipe de Otranto diferente a mí, ahora que Manfred por su crimen sacrílego ha perdido todo derecho.

—Mi señor –dijo Jerome, tomando un aire imperioso–, lo que él dice es verdad. No era mi intención que el secreto se divulgara tan pronto, pero el destino nos apura para que pueda hacer su trabajo. Lo que su

apasionamiento ha revelado, mi lengua lo confirma. Sepa, príncipe, que cuando Alfonso se embarcó hacia Tierra Santa…

—No es tiempo de explicaciones –exclamó Theodore–. Padre, ven y úneme a la princesa, ¡será mía! Te obedeceré en lo demás. ¡Mi vida! ¡Mi adorada Matilda! –continuó Theodore, apresurándose hacia la recámara donde estaba la joven–, ¿serás mía? ¿No bendecirás tu…?

Isabella le hizo señas para que se quedara callado, pues la princesa se acercaba a su final.

—¿Cómo? ¿Está muerta? –exclamó Theodore–. ¿Es posible?

La violencia de sus gritos hicieron que Matilda volviera en sí. Abrió los ojos y buscó a su madre.

—¡Vida de mi alma, acá estoy! –exclamó Hippolita–. No pienses que voy a abandonarte.

—¡Oh, eres muy buena! –dijo Matilda–, pero no llores por mí, madre. Voy adonde no habita la pena. Isabella, tú que me has amado, ¿amarás también a esta querida mujer? ¡Me desmayo!

—¡Oh! ¡Mi hija! ¡Mi hija! –dijo Hippolita, inundada en lágrimas–, ¿no puedo retenerte por un momento?

—No es posible –dijo Matilda– encomiéndame al cielo. ¿Dónde está mi padre? Perdónalo, madre querida. Perdónalo por mi muerte, fue un error. ¡Oh! Lo había olvidado, juré no volver a ver a Theodore y eso ha atraído la calamidad, pero no fue intencional. ¿Puedes perdonarme, querida madre?

—¡No hieras mi alma afligida! –dijo Hippolita–, nunca podrás ofenderme. ¡Ay! Se desmaya. ¡Auxilio! ¡Auxilio!

—Diría algo más –dijo Matilda, luchando–, pero no es posible… Isabella, Theodore… en mi nombre… ¡Oh!

Y murió.

Isabella y sus doncellas separaron a Hippolita del cuerpo, pero Theodore amenazó con destruir a quien intentara alejarlo de él. Dio mil besos sobre las manos frías como el barro y pronunció todas las frases que el amor desesperanzado le dictaba.

Isabella acompañó a la afligida Hippolita a su aposento pero, en medio del patio, las damas se encontraron con Manfred quien, distraído por sus propios pensamientos y ansioso de poder ver una vez más a su hija, avanzaba hacia la recámara donde ella se encontraba. A la luz de la luna, leyó en los rostros infelices de las mujeres que había sucedido lo que temía.

—¿Cómo? ¿Ha muerto? –exclamó con salvaje confusión.

En ese momento un trueno sacudió el castillo hasta sus cimientos, la tierra se movió y el resonó la estridencia de la armadura sobrenatural. Frederic y Jerome pensaron que había llegado el juicio final. Jerome, obligando a Theodore a seguirlos, se apresuró al patio. El momento en el que Theodore apareció, las murallas del castillo se desplomaron detrás de Manfred con una potente fuerza y la figura de Alfonso, agrandada hasta la inmensidad, apareció en el centro de las ruinas.

—¡Contemplen a Theodore, el verdadero heredero de Alfonso! –dijo la aparición.

Después de pronunciar estas palabras, acompañadas por el retumbar del trueno, ascendió majestuosamente hacia el cielo en donde se abrieron las nubes para dejar ver la figura de San Nicolás que recibía la sombra de Alfonso. Pronto desaparecieron de los ojos mortales en un resplandor de gloria.

Los espectadores se postraron en tierra, reconociendo la voluntad divina. La primera en romper el silencio fue Hippolita.

—Mi señor –dijo al infeliz Manfred–, contemple la vanidad de la grandeza humana. ¡Conrad se ha ido! ¡Matilda ya no está con nosotros! En Theodore vemos al verdadero príncipe de Otranto. No sé por cual milagro, pero ya es suficiente para nosotros. ¡Nuestra sentencia ha sido pronunciada! ¿Por qué no dedicamos las pocas horas deplorables que nos quedan de vida a aplacar la ira del cielo? El cielo nos ha expulsado y no podemos escapar. ¿Qué mejor lugar para nosotros que las sagradas celdas que nos ofrecen para que nos retiremos?

—¡Mujer inocente e infeliz! ¡Infeliz a causa de mis crímenes! –respondió Manfred–. Mi corazón al fin se abre a tus devotas advertencias. ¡Oh! ¡Ojalá pudiera impartir justicia sobre mí mismo! Apilar la vergüenza sobre mi propia cabeza es lo único que puedo hacer para ofrecerle satisfacción al cielo que he ofendido. Mi historia ha atraído este juicio. Deja que mi confesión nos expíe, ¡pero ah!, ¿qué puede expiar la usurpación y el asesinato de un hijo? ¿Un hijo asesinado en un lugar sagrado? ¡Escuchen señores, y que este registro sangriento sea una advertencia para futuros tiranos! Como todos sabemos, Alfonso murió en Tierra Santa. No me interrumpan, dirían que no llegó a su fin de manera justa… es verdad… debo apurar este trago amargo que debo tomar hasta el final. Ricardo, mi abuelo, era su chambelán y en vano traté de correr un velo sobre los crímenes de mi ancestro. Alfonso murió envenenado y un falso testamento

declaró a Ricardo como su heredero. Sus crímenes lo persiguieron hasta que perdimos a Conrad y a Matilda. ¡He sido yo quien ha pagado el precio de la usurpación! Una tormenta lo sorprendió. Embrujado por su culpa juró a San Nicolás fundar una iglesia y dos conventos si él lograba regresar vivo a Otranto. El sacrificio fue aceptado: el santo se le apareció en un sueño y le prometió a Ricardo que sus herederos reinarían en Otranto hasta que el propietario legítimo creciera tanto que pudiera habitar el castillo, siempre y cuando hubiera un descendiente varón de la estirpe de Ricardo que pudiera disfrutarlo. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ni hombre ni mujer! Sólo yo quedé como resto de esta raza desdichada. Los hechos dolorosos de estos tres días explican todo lo demás ¿Cómo esté joven puede ser el heredero de Alfonso? No lo sé, pero no lo dudo. ¡Estos son sus dominios y yo renuncio a ellos! Sin embargo, no sabía que Alfonso tenía un heredero. No cuestiono la voluntad del cielo. La pobreza y la oración llenarán este vacío doloroso hasta que Manfred sea citado para reunirse con Ricardo.

—Me corresponde a mí añadir lo que falta –dijo Jerome–. Cuando Alfonso navegó hacia Tierra Santa fue arrojado a la costa de Sicilia por una tormenta. Fue separado de la otra embarcación, que llevaba a Ricardo y a su séquito, como su señoría debe haberlo oído.

—Eso es cierto —dijo Manfred—. Y el título que me das es más de lo que un paria puede reclamar. ¡Bueno, que así sea! Procede.

Jerome se sonrojó y continuó:

—Durante tres meses, Alfonso fue obligado a permanece en Sicilia a causa de los vientos adversos. Ahí se enamoró de una hermosa virgen llamaba Victoria. Él era demasiado piadoso para tentarla a placeres prohibidos. Se casaron, pero sus amores iban en contravía con el juramento sagrado de armas que había tomado y decidió ocultar sus nupcias hasta después de regresar de la Cruzada, momento en el que la buscaría para que fuera reconocida como su legítima esposa. La dejó embarazada. Durante su ausencia ella dio a luz a una niña y no había acabado de sentir los dolores de la maternidad cuando escuchó el rumor fatal de la muerte de su señor y de la sucesión de Ricardo. ¿Qué podía hacer una mujer desamparada y sin amigos? ¿Valdría su testimonio? Aún así, mi señor, tengo un documento auténtico.

—No es necesario –dijo Manfred–, el horror de estos días y la aparición que todos hemos visto corroboran tus palabras mejor que mil pergaminos. La muerte de Matilda y mi expulsión…

—Compóngase, mi señor –dijo Hippolita–, este hombre santo no pretende avivar sus penas.

Jerome prosiguió:

—No voy a detenerme en lo superfluo. La hija que dio a luz Victoria en su madurez fue entregada en matrimonio a mí. Victoria murió y su secreto quedó guardado en mi pecho. Lo que ha pasado con Theodore explica lo demás.

El fraile se detuvo. El desconsolado grupo se retiró a lo que quedaba del castillo. La mañana siguiente, Manfred firmó su abdicación del principado con la aprobación de Hippolita y cada uno tomó los hábitos en los conventos vecinos. Frederic ofreció su hija al nuevo príncipe e Hippolita lo aprobó, movida por el cariño que sentía hacia la princesa. Pero la pena de Theodore era muy reciente como para admitir la idea de otro amor. No fue sino después de muchas conversaciones con Isabella sobre su amada Matilda que se convenció de que no podría conocer la felicidad si no era en la compañía de alguien con quien pudiera compartir para siempre la melancolía que se había posado sobre su alma.